Arthur Conan Doyle

Estudio en Escarlata



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Estudio en escarlata

Arthur Conan Doyle

Publicado: 1887
Fuente: archive.org
Traducción: Arturo Costa Álvarez («La mancha de sangre»)
Edición original: Buenos Aires, Biblioteca de La Nación, 1909

Índice

1. Estudio en escarlata
    1. Nota de la edición
    2. Estudio en escarlata
        1. Nota preliminar
        2. Primera parte
        3. Segunda parte

Guide

1. Estudio en escarlata

Estudio en escarlata

Nota de la edición

Estudio en escarlata (*A Study in Scarlet*, 1887) es la primera novela de Sherlock Holmes. Esta edición digital reproduce la traducción publicada con el título *La mancha de sangre* en la Biblioteca de «La Nación» (Buenos Aires, 1909), que el libro no firma y que los catálogos atribuyen a Arturo Costa Álvarez (1870–1929). Se incluye la nota preliminar sin firma de aquella edición.

Se ha modernizado la ortografía (acentuación y signos de puntuación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, que conserva formas como «Juan Ferrier» o «Lucía», y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

Estudio en escarlata

Nota preliminar

¿Es realmente francés el arte de Gaboriau? Sea o no así, ha florecido siempre en Inglaterra, sin preocuparse ni de las formas nuevas, ni de las modas literarias, para mayor felicidad de los lectores amigos de las emociones fuertes y de los libros que uno no puede soltar cuando ha recorrido ya las primeras páginas.

Conan Doyle, uno de los autores contemporáneos más apreciados en estos momentos, se dedica a proporcionar al público esas emociones fuertes, y ha conquistado, como por asalto, la reputación de maestro en ese género. Puede decirse que, cuando cae en manos de uno algún libro de este autor, no puede menos de devorarlo de una sola sentada. *La mancha de sangre* es la historia, escrita con un arte consumado, de un *detective* aficionado, que, en las barbas de los profesionales y para gran mortificación de ellos, llega a reconstruir todo el proceso de un crimen misterioso perpetrado en el corazón de Londres, y a apoderarse, en presencia del lector, por decirlo así, del criminal intangible.

Pocas veces se ha escrito una obra mejor concebida, en cuanto a la disposición de sus detalles, ni más apasionada. El interés va acrecentándose en ella, de página en página y hasta el momento en que llega a su más alto grado de intensidad, momento que no podría prolongarse, seguramente, sin que la

cuerda emocional del lector se reventara. Conan Doyle, con un tipo perfecto, arranca al lector a toda la sombría historia de los bajos fondos de Londres, para precipitarlo en los Estados Unidos en medio de las misteriosas llanuras del Norte, entre los mormones, donde lo hace remontar hasta la fuente del crimen, cuyas etapas sucesivas va haciéndole ver una por una, con un interés dramático igual, por lo menos, al que ha despertado la primera parte del volumen.

Y no hay que imaginarse, por cierto, que el arte de Conan Doyle es de los que suministran al lector emociones malsanas. Vivifica, por el contrario; presenta a la humanidad bajo una fiebre de energía y de actividad intensas, y no se puede menos de sentir, por el que practica un arte semejante, un reconocimiento que imponen la distracción y las satisfacciones que proporcionan las obras de ese género.

Primera parte

Extracto de las memorias de John H. Watson, M. D., ex cirujano del ejército

I. El señor Sherlock Holmes

En 1878 me gradué de doctor en medicina en la Universidad de Londres, y pasé a Netley para ejercer la práctica prescripta a los cirujanos del ejército. Después de completar allí mis conocimientos, fui nombrado segundo cirujano del 5.º de fusileros de Northumberland. Este regimiento estaba entonces de guarnición en la India, y antes de que yo pudiera ingresar en

él, había estallado la segunda guerra del Afghanistán. Cuando desembarqué en Bombay supe que mi regimiento había sido enviado a los pasos de las montañas y estaba ya en pleno país enemigo. Salí en su alcance con otros oficiales que se encontraban en la misma situación que yo, y conseguimos llegar sanos y salvos a Candahar, donde encontré a mi regimiento, e inmediatamente me hice cargo de mi puesto.

La campaña fue fructuosa en honores y ascensos para muchos, pero, para mí, no tuvo más que desgracias y calamidades. Trasladado de mi brigada a los Berksires, tomé parte en la fatal batalla de Maiwand, donde fui herido en el hombro por una bala de fusil, que me sacó una astilla del hueso y pasó rozando la arteria subclaviana. Allí habría caído entre las manos de los feroces ghazis, a no ser por la abnegación y valor de que dio pruebas Murray, mi ordenanza, poniéndome sobre un caballo y sacándome en salvo hasta las líneas británicas.

Atormentado por el dolor y debilitado por tantas penalidades como había sufrido, fui enviado, con una gran caravana de heridos, al hospital central de Peshawar, donde pronto mejoré, hasta el punto de poder pasearme por los corredores. Comenzaba ya a prolongar mis paseos hasta el terrado, cuando me vi acometido por esa maldición de los territorios indios que se llama la fiebre entérica. Pasé varios meses entre la vida y la muerte, y cuando, por fin, volví en mí y entré en convalecencia, estaba tan extenuado, que la Comisión de Medicina decidió mi envío a Europa sin pérdida de un solo día. En el acto salí en el *Orontes*, que conducía tropas, y al cabo de un mes desembarcaba en el muelle de Portsmouth, con mi salud irremediablemente arruinada, pero, al mismo tiempo, con el permiso del paternal Gobierno para emplear los próximos nueve meses en mejorarla.

Sin un solo pariente en Inglaterra, me encontraba tan libre como el aire, o tan libre como se puede ser con una renta de dos pesos y veintiséis centavos por día. En tales condiciones, era natural que mi persona gravitara hacia Londres, ese gran sumidero que atrae invenciblemente a todos los desocupados

y vagabundos del Imperio. Estuve alojado durante algún tiempo en un hotel del Strand, llevando una existencia incómoda y estrecha, y gastando cuanto tenía, con mucha mayor largueza de lo que podía permitirme. El estado de mi hacienda llegó por esta causa a ser tan alarmante, que un día consideré necesario abandonar la metrópoli e irme a vegetar en algún pueblo de campo o cambiar completamente mi género de vida. Decidiéndome por esto último, comencé por preocuparme de abandonar y establecer mi morada en un domicilio menos presuntuoso y menos caro,

El mismo día que llegué a esta conclusión, me encontraba parado en la puerta del Bar Criterion, cuando sentí una palmada en el hombro, y al volver la cara, vi a mi lado al joven Stamford, que había sido mi ayudante en la clínica de Bar. La vista de un rostro amigo entre la inmensa muchedumbre de Londres es un gran placer para el hombre que se siente aislado. Entre Stamford y yo no existía una estrecha amistad; sin embargo, le hice una entusiasta acogida, y él pareció a su vez estar muy contento de verme. En el entusiasmo de mi gozo lo invité a tomar el lunch en el Holborn, y en el acto nos dirigimos allá en un *hansom*.

—¿Dónde diablos ha estado usted metido, Watson? —me preguntó Stamford, mientras el carruaje rodaba por las calles llenas de gente—. Está usted flaco como una caña y negro como un coco —agregó, sin disimular su asombro.

Le hice un breve relato de mis aventuras, y apenas había concluido, llegábamos a nuestro destino.

—¡Pobre diablo! —exclamó con acento de conmiseración, al conocer mis infortunios—. Y ahora ¿qué piensa usted hacer?

—Ando en busca de un alojamiento —le dije—, tratando de resolver el problema de si es posible conseguir buen hospedaje por un precio moderado.

—¡Cosa extraña! —observó mi compañero—. Usted es la segunda persona que me dice lo mismo hoy.

—¿Y quién fue la primera? —le pregunté.

—Un joven que trabaja en el laboratorio químico del hospital. Esta mañana se quejaba de no encontrar a alguien que tomase a medias con él un lindo departamento que ha visto, y que es muy caro para él solo.

—¡Qué curioso! —exclamé—. Pues si es así, yo soy su hombre. Preferible es para mí tener un compañero que vivir solo.

El joven Stamford me dirigió, por encima de su vaso de vino, una mirada bastante rara.

—Usted no conoce todavía a Sherlock Holmes —me dijo—, y pudiera ser que no le agradase su permanente compañía.

—¿Por qué? ¿Hay algo en su contra?

—¡Oh! No he dicho que exista algo en su contra. Es un poco raro en sus ideas, muy entusiasta en ciertas ramas de la ciencia; pero por todo lo que sé de él, es un mozo bastante decente.

—¿Supongo que sea algún estudiante de medicina?

—No, e ignoro sus proyectos. Lo creo bastante preparado en anatomía y un químico de primera clase; pero me parece que hasta ahora no ha seguido ningún curso de medicina. Sus estudios son muy diversos y excéntricos; pero, así y todo, ha llegado a poseer una cantidad de conocimientos capaz de asombrar a sus profesores.

—¿Le ha preguntado usted alguna vez qué carrera estudia?

—No, porque no es hombre a quien se pueda hacer decir lo que no quiere, por más que, cuando la fantasía le da por eso, se muestra bastante comunicativo.

—Desearía conocerlo —repuse yo—. Si he de vivir en compañía de alguien, prefiero que este sea hombre de costumbres tranquilas y estudioso. Todavía no me siento bastante fuerte para soportar demasiado ruido ni agitación. En Afghanistán he

acumulado bastante de lo uno y de lo otro para el resto de mi natural existencia. ¿Y cómo podría encontrarme con él?

—Ahora está, con seguridad, en el laboratorio. A veces pasa semanas sin aparecer por allí, y otras trabaja día y noche sin descansar. Si usted quiere, podemos tomar un carruaje después del lunch, e ir en su busca.

—Con mucho gusto —contesté; y la conversación varió de tema.

Stamford me dio, en el camino del Holborn al hospital, algunos datos más del caballero que íbamos a buscar para que fuese mi compañero de alojamiento.

—No me eche usted la culpa si después no congenia usted con él —me advirtió—. Yo no sé más de su persona que lo que he podido observar y oírle en nuestros casuales encuentros en el laboratorio. Usted es quien ha querido ir a verlo: de modo que no tendría usted razón en hacerme responsable a mí.

—Si no congeniamos, nada más fácil que separarnos —le contesté—. Y creo observar, Stamford —agregué, mirando fijamente a mi compañero—, que usted debe tener alguna razón para insistir en lavarse las manos en este asunto. ¿Es tan temible el carácter de ese mozo, o qué otra cosa hay? No sea usted reservado conmigo.

—No es fácil expresar lo inexpresable —me contestó Stamford, riéndose—. Holmes es demasiado científico para mis gustos… tiene demasiada sangre fría. Llego hasta imaginármelo propinando a un amigo el peor de los alcaloides vegetales, no por maldad ¿entiende usted?, sino únicamente por espíritu de investigación, para darse cuenta cabal de los efectos de la droga; y le hago justicia diciendo que lo creo capaz de propinarse a sí mismo el alcaloide con igual desenvoltura. Se ve que tiene pasión por el conocimiento exacto y definido de las cosas.

—Y tiene razón.

—Sí; pero esa pasión puede llevarlo muy lejos. Cuando se llega al punto de golpear los cadáveres con un palo en la sala de disecciones, la investigación toma más bien una forma caprichosa.

—¡Golpear los cadáveres!

—Sí: para ver cómo y de qué gravedad pueden ser las equimosis producidas después de la muerte. Eso se lo he visto con mis propios ojos.

—¿Y dice usted que, sin embargo, no es estudiante de medicina?

—No. ¡Sabe Dios cuál es el objeto de sus estudios! Pero ya llegamos, y ahora va usted a juzgar por sí mismo al hombre.

En ese momento doblamos por un angosto callejón y pasamos por una pequeña puerta lateral, por la que se entraba a uno de los pabellones del gran hospital. El terreno me era familiar, y no necesité que me guiaran para subir la escalera de piedra y seguir por el largo corredor de blanqueadas paredes y puertas oscuras. Casi al final había un pasadizo de techo abovedado, por el que se llegaba al laboratorio.

El cuarto era espacioso, y los andamios de las paredes estaban llenos de botellas y frascos. Numerosas mesas, bajas y anchas, contenían una cantidad de retortas, tubos y pequeñas lámparas de Bunsen, en las que ardían y se agitaban llamas azuladas. En todo el laboratorio no había más que un estudiante, inclinado sobre una lejana tabla y absorto en su trabajo. Al oír nuestros pasos volvió la cabeza, y soltó una exclamación de gozo. «¡Ya lo encontré! ¡Ya lo encontré!» gritaba, corriendo hacia mi compañero, con un tubo de cristal en la mano. «He hallado un reactivo que se precipita con la hemoglobina y nada más que con ella.» Si hubiera descubierto una mina de oro, sus facciones no habrían expresado mayor placer.

—El doctor Watson; el señor Sherlock Holmes —dijo Stamford, presentándonos.

—¿Cómo está usted? —me dijo Holmes con acento amistoso y apretándome la mano con una fuerza que yo no le suponía —. Veo que usted ha estado en Afghanistán.

—¿Por qué maravilla puede usted saberlo? —le pregunté con asombro.

—Eso es lo de menos —me contestó con una ligera sonrisa de satisfacción—. La cuestión es ahora la hemoglobina. ¡No dudo de que usted se da cuenta del valor de mi descubrimiento!

—Creo que para la química es interesante —le contesté—, pero en la práctica…

—¡Vaya, hombre! ¡Si es el descubrimiento médico-legal más práctico que se haya hecho en muchos años! ¿No se fija usted en que con él tenemos ya un medio infalible de analizar las manchas de sangre? ¡Venga usted a ver! —Y tomándome por la manga, me arrastró impacientemente hasta la tabla en que había estado trabajando—. Ahora un poco de sangre fresca —dijo, y se clavó en un dedo un largo alfiler para dejar caer en una vasija de vidrio la gota—. Esta pequeña cantidad de sangre la mezclo con un litro de agua, la cual, como usted verá, conserva su apariencia de agua pura. La proporción de la sangre en el agua no puede ser aquí mayor de uno por un millón; y, sin embargo, estoy seguro de obtener la reacción característica.

Mientras hablaba, echó en la vasija algunos cristales blancos y después varias gotas de un fluido transparente. El líquido se puso en un instante de un color caoba oscuro, y un polvo castaño se precipitó al fondo del recipiente.

—¡Ja, ja! —exclamó Holmes, dando palmadas, contento como un niño que acaba de recibir un nuevo juguete—. ¿Qué dicen ustedes de esto?

—Parece que la operación es muy delicada —observé yo.

—¡Magnífica! ¡Magnífica! La antigua prueba por medio del guayacán era morosa e incierta, así como lo es también el

examen microscópico de los corpúsculos de la sangre, pues este resulta ineficaz si las manchas no son muy frescas.

Mi método es tan bueno para las manchas nuevas como para las antiguas. Si lo hubieran inventado antes, centenares de hombres que se pasean por el mundo, habrían pagado ya sus crímenes.

—¡Hola! —murmuré.

—La comprobación de un crimen depende con frecuencia de este punto. Se sospecha que un hombre lo ha cometido, tal vez meses después de realizado, se examina su ropa blanca, sus trajes, y se descubren manchas oscuras en ellos. ¿Son manchas de sangre o de lodo o de herrumbre o de fruta, o de qué son? La cuestión ha sido causa de desesperación para más de un perito; ¿y por qué? Porque no había medio alguno de comprobación segura. Ahora que tenemos el método de Sherlock Holmes, las dificultades han desaparecido.

Los ojos le brillaban, y al concluir se puso la mano en el pecho y saludó con un movimiento de cabeza, como dirigiéndose a alguna aplaudidora multitud conjurada por su imaginación.

—Merece muchas felicitaciones —le dije en extremo sorprendido con su entusiasmo.

—El año pasado ocurrió en Francfort el caso de von Biscoff; no hay duda de que este habría sido ahorcado, si mi sistema hubiese existido ya. Después vienen el de Mason, en Bradford, el conocidísimo de Müller, y el de Lefévre, de Montpellier, y el de Samson en Nueva Orleans. Podría mencionar veinte casos en que mi método habría sido decisivo.

—Usted parece un calendario ambulante del crimen —le dijo Stamford, riéndose—. ¿Por qué no funda usted un periódico que trate del asunto? Podría ponerle por título: *Noticias retrospectivas de policía*.

—Sería lectura muy interesante, esté usted seguro —le contestó Holmes, pegándose un pedacito de tafetán sobre la pi-

cadura que se había hecho en el dedo—. Tengo que tener mucho cuidado —continuó, volviéndose hacia mí con una sonrisa—, porque siempre estoy manejando venenos —y alzó la mano, casi cubierta de pequeños trozos de tafetán y manchada por los ácidos.

—Hemos venido a hablarle a usted de un asunto —le dijo Stamford, sentándose en un banquito de tres patas y empujando con el pie otro en mi dirección—. El señor está en busca de alojamiento, y como usted se quejaba de no encontrar alguien con quien ir a medias, pensé en traerlo y presentárselo.

Sherlock Holmes se puso muy contento ante la idea de compartir conmigo su departamento.

—He echado el ojo a uno de la calle Baker —me dijo—, y a los dos nos convendría mucho. ¿Supongo que a usted no le incomoda el olor del tabaco fuerte?

—Yo fumo siempre del de a bordo —le contesté.

—Me parece muy bien. Acostumbro tener substancias químicas en casa y hacer experimentos. ¿Le incomodaría eso?

—De ninguna manera.

—Veamos… ¿Qué otros defectos tengo? A veces me entra el mal humor y paso días enteros sin abrir la boca. Cuando me ponga así, no me haga usted caso. Déjeme usted y no me diga una palabra hasta que me pase. Y usted, ¿qué tiene que confesarme? Nada hay mejor para dos sujetos que van a vivir juntos, que comunicarse antes cuantos defectos tengan.

No pude menos de reírme al oír este principio de interrogatorio.

—Tengo espíritu de contradicción —le dije—, y el ruido no me conviene, porque me hace mal a los nervios; me levanto de la cama a horas increíbles, y soy muy perezoso. Cuando estoy bien de salud, tengo infinidad de otros vicios; pero por ahora estos son los principales.

—¿Incluye usted el violín en la categoría de los ruidos molestos? —me preguntó Sherlock Holmes con ansiedad.

—Eso depende del que lo toque —le contesté—. Un violín bien tocado es manjar de los dioses; pero mal tocado…

—¡Oh! Entonces estamos bien —exclamó mi futuro compañero, soltando la risa—. Me parece que podemos dar el asunto por arreglado; es decir, si el departamento le gusta a usted.

—¿Cuándo iremos a verlo?

—Venga usted a buscarme aquí mañana a las doce, para que vayamos juntos y lo arreglemos todo —me contestó.

—Muy bien; a las doce en punto —le dije, estrechándole la mano.

Salimos del laboratorio, y él volvió a sus investigaciones químicas. Nosotros regresamos a pie a mi hotel.

—Y ahora que me acuerdo —pregunté bruscamente a Stamford, parándome y volviéndome hacia él—. ¿Cómo diantres puede saber que yo he estado en Afghanistán?

Una enigmática sonrisa asomó a los labios de mi compañero.

—Esa es precisamente su peculiaridad —me dijo—. No son pocas las personas que desearían saber cómo puede descubrir las cosas.

—¡Oh! ¿Un misterio, entonces? —exclamé, restregándome las manos—. ¡Qué interesante, y cuánto le agradezco a usted que nos haya puesto en contacto! El objeto más digno de estudio que todos, es el hombre, como usted sabe.

—Pues estúdielo usted a él —me contestó Stamford, despidiéndose—, y ya verá usted con qué problema tan intrincado se encuentra. Apostaría a que él llegará a conocer más de usted que usted de él. Hasta la vista.

—Hasta la vista —repetí yo—, y entré en mi hotel, interesado hasta el extremo por el hombre que acababa de conocer y

que iba a ser mi compañero.

II. La ciencia y la deducción

Al día siguiente nos reunimos, conforme habíamos convenido, y visitamos el departamento de que Holmes me había hablado, y se hallaba situado en el número 221 B de la calle Baker.

Consistía el alojamiento en un par de dormitorios y un salón espacioso y aireado, con muebles muy cómodos e inundado de luz que entraba por dos grandes ventanas. Tan codiciable era y tan barato nos resultó el precio repartido entre los dos, que en el acto cerramos el contrato y entramos en posesión del lugar. Esa misma noche me mudé del hotel y al día siguiente se me presentaba Sherlock Holmes con varios baúles y maletas.

Los dos primeros días los pasamos muy ocupados en deshacer nuestro equipaje y acomodarlo todo, hecho lo cual, principiamos a acomodarnos a nosotros mismos.

No era Sherlock Holmes hombre con quien fuera difícil acostumbrarse a vivir. Reposado en sus maneras, era también muy metódico en sus costumbres. Rara vez se acostaba después de las diez de la noche, y cuando yo me levantaba, ya él había almorzado y estaba en la calle. Unos días los pasaba en el laboratorio químico, otros en la sala de disección, y a veces en largos paseos a pie, que dirigía hacia las partes más bajas de la ciudad. Nada había que superase a su constancia cuando se consagraba a algún trabajo; pero, de vez en cuando, lo acometía una reacción, y entonces se le veía días tras días recostado de la mañana a la noche en el sofá del salón, casi sin pronunciar palabra ni mover músculo de la cara. En esas ocasiones tenía en los ojos una expresión tal de vaguedad y ausencia, que yo le habría sospechado aficiones a algún narcóti-

co, a no ser por la sobriedad y circunspección de su vida entera, que alejaban semejante idea.

Pasaron algunas semanas, y la curiosidad que despertaba en mí su manera de ser, fue aumentando y haciéndose más viva. Su persona misma, su apariencia, eran suficientes para llamar la atención del observador más descuidado. Su estatura pasaba de seis pies, y como era tan delgado, todavía parece más alto. Su mirada era penetrante y viva, excepto en los intervalos de sopor a que ya he aludido; y su delgada y aguileña nariz imprimía a todo el rostro un sello de presteza y decisión. En su barba, prominente y cuadrada, se veía el signo de la energía. Tenía las manos invariablemente manchadas de tinta y quemadas por los ácidos, pero poseía una gran delicadeza de tacto, lo que con frecuencia observé cuando manipulaba sus frágiles y filosóficos instrumentos.

El lector me calificará de papanatas cuando le confiese cómo estimulaba mi curiosidad este hombre y con cuánta frecuencia traté de penetrar al través de la reserva con que ocultaba todo lo que le concernía. Pero, antes de juzgarme de esa manera, se debe pensar en que mi vida no tenía objeto ninguno en aquella época, ni mi atención nada que le preocupase. El estado de mi salud no me permitía salir a la calle sino cuando el tiempo era excepcionalmente bueno, y ningún amigo me quedaba que pudiera visitarme y romper la monotonía de mi existencia diaria. En tales circunstancias, hube de entregarme con placer al estudio del pequeño misterio que rodeaba a mi compañero, y pasé la mayor parte de mi tiempo procurando descubrirlo.

Holmes no estudiaba medicina: un día que se lo pregunté, me confirmó la opinión de Stamford sobre el particular. Tampoco parecía haber se guido ningún curso exacto que pudiera hacerlo apto para una ciencia determinada o le abriera otra vía de acceso al mundo de los conocimientos adquiridos. Pero, su consagración a ciertos estudios era notable, y dentro de los límites excéntricos que él suponía haberse trazado, su saber era tan extraordinariamente amplio y minucioso, que yo me

quedaba, con frecuencia, asombrado ante sus observaciones. Nunca hombre alguno habría trabajado lo que él en adquirir tantos y profundos conocimientos sin un propósito definido. Rara vez el lector poco interesado en lo que lee se manifiesta escrupuloso por conocer su exactitud, y no hay hombre que cargue su imaginación con asuntos de menor cuantía sin tener buenas razones para hacerlo.

Su ignorancia en algunas cosas era tan notable como su conocimiento de otras. De literatura contemporánea, de filosofía, de política, sabía poco menos que nada. Un día que cité a Thomas Carlyle, me preguntó con la mayor ingenuidad, quién podría ser ese y qué cosa habría hecho. Pero mi sorpresa llegó al colmo cuando descubrí incidentalmente que ignoraba todo lo relativo a la teoría de Copérnico y a la composición del sistema solar. Me parecía un hecho tan extraordinario que en este siglo XIX existiera un ser humano y civilizado ignorante de que la tierra daba vueltas alrededor del sol, que apenas podía creerlo.

—Parece que usted se asombra —me dijo Holmes, sonriéndose al ver mi expresión de sorpresa—. Pues ahora que lo sé, voy a hacer todo lo posible por olvidarlo.

—¡Para olvidarlo!

—Mire usted; en mi opinión, el cerebro de un hombre es algo como una caja de herramientas, dentro de la cual no se deben poner más que los utensilios necesarios. Un aturdido mete en ella cuanto palo encuentra, de manera que los instrumentos que podrían servirle, se mezclan y confunden con los otros y a veces quedan debajo de ellos hasta el punto de no poder encontrarlos con facilidad. Pero, el obrero avisado se cuida mucho de escoger lo que pone en su cerebro-caja. No dará cabida en él más que a las herramientas que le sean útiles para el desempeño de su oficio, en la mayor cantidad posible, eso sí, y colocándolos en el orden más perfecto. Es un error creer que un cuarto tan pequeño como ese tiene paredes elásticas y puede ensancharse sin medida. Por eso sucede que

llega un día en que cada nueva noción hace olvidar un conocimiento adquirido. Por consiguiente, es punto de la mayor importancia no acumular hechos inútiles sobre los que nos son de utilidad.

—¡Pero el sistema solar! —protesté yo.

—¿Para qué diablos me sirve a mí? —me interrumpió Holmes impacientándose—. Usted dice que damos vueltas alrededor del sol. Si en vez de eso nos paseáramos alrededor de la luna, el cambio no influiría ni por valor de un centavo sobre mí ni en mis trabajos.

Estuve a punto de preguntarle cuales eran sus trabajos; pero algo que noté en su persona, me hizo comprender que la pregunta habría sido inoportuna.

No le dije nada, pero me puse a pensar en lo que acababa de decirme, y traté de sacar de ello alguna deducción. Decía que no tenía por qué adquirir conocimientos que no se relacionasen con sus propósitos; luego todos los conocimientos que poseía le eran útiles. Enumeré mentalmente los diversos puntos en que me había demostrado hallarse excepcionalmente bien informado, y hasta tomé un lápiz y los anoté en un papel.

Cuando concluí de formular mi documento, no pude menos de sonreír. Decía así:

SHERLOCK HOLMES—SUS ALCANCES

1. Conocimientos de literatura.—Ninguno.
2. » » filosofía.—Ninguno.
3. » » astronomía.—Ninguno.
4. » » política.—Débiles.
5. » » botánica.—Irregulares. Muy bien en belladona, opio y venenos en general. No sabe nada de horticultura práctica.
6. Conocimiento de geología.—Práctica, pero limitada. Distingue, con una ojeada, una tierra de la otra. Después de sus paseos me ha enseñado manchas en sus pantalones, y

me ha dicho, por su color y consistencia, de qué parte de Londres provenían.
7. Conocimientos de química.—Profundos.
8. Conocimientos de anatomía.—Buenos, pero sistemáticos.
9. Conocimiento de la literatura sensacional. Inmenso. Parece que sabe cada detalle de todos los horrores perpetrados en el siglo.
10. Toca bien el violín.
11. Es ducho en el manejo del bastón y de la espada. Pugilista.
12. Posee bastante conocimiento práctico de las leyes británicas.

Veo que he aludido a su dominio del violín. Tocaba admirablemente, pero con excentricidad, como era él en todas sus cosas. Yo conocía bien sus aptitudes para las piezas difíciles, pues un día, a mi ruego, tocó algo de Mendelsohn y de otros compositores favoritos; pero, excepto en esas circunstancias, nunca buscaba aires conocidos ni se le oía música propiamente dicha. Algunas noches, recostado contra el espaldar de su sillón, cerraba los ojos y pasaba negligentemente los dedos por las cuerdas del violín que ponía atravesado sobre sus piernas. A veces, las cuerdas despedían acordes sonoros y melancólicos, y otros fantásticos y alegres, revelando con claridad unas y otras veces, los pensamientos que lo dominaban; pero yo no podría decir si la música ayudaba a las ideas o si era simplemente el resultado de su fantasía. Yo me habría rebelado más de una vez contra aquellos exasperantes solos, a no haber sido porque, generalmente, terminaban con una rápida serie de mis aires favoritos, débil compensación de la prueba que mi paciencia había sufrido.

Durante los primeros seis u ocho días no fue nadie a buscarnos y ya comenzaba yo a creer que mi compañero tenía tan pocas relaciones como yo, cuando de improviso vi que las tenía, numerosas y repartidas entre las clases más variadas de la sociedad. Una de las primeras visitas fue la de un hombrecito avispado, que tenía una cara de rata y unos ojos oscuros:

se llamaba Mr. Lestrade, y en la misma semana fue a casa tres o cuatro veces. Otra mañana se presentó una joven elegantemente vestida, cuya visita duró más de media hora. En la tarde del mismo día llegaba en busca de Holmes un individuo sucio, de cabellos grises, que tenía el aspecto de uno de esos judíos, corredores ambulantes; parecía muy sobreexcitado. Inmediatamente después de él entró una mujer de alguna edad y mal vestida. En otra ocasión, la entrevista fue con un viejo de cabellos blancos, y en la siguiente con un camarero de ferrocarril, a juzgar por su uniforme.

Cada vez que se presentaba en casa alguna de esas personas, Sherlock Holmes me pedía le dejara el uso exclusivo del salón, y yo me retiraba a mi dormitorio. Nunca dejaba de pedirme excusas por la molestia. —Necesito el salón para un asunto —me decía—: estas personas son clientes míos.

Esos eran momentos propicios para preguntarle cuál era su profesión; pero mi delicadeza me ha impedido siempre obligar a una persona a hacerme confidencias. Yo me imaginaba que Holmes tendría algún poderoso motivo para no hacer alusión al caso; pero él mismo disipó un día mis dudas, yendo, espontánea y directamente al asunto.

Una mañana —tengo motivos para creer que el 4 de marzo — me levanté de la cama más temprano que de costumbre, y vi que Sherlock Holmes no había concluido aún de desayunarse. La patrona de la casa se había acostumbrado tanto a mis perezosos hábitos, que todavía no había puesto mi cubierto en la mesa, ni siquiera me había preparado el café. Con la irracional petulancia propia de la especie humana, toqué la campanilla y previne brevemente que estaba esperando mi desayuno. Tomé después una revista de sobre la mesa, y traté de matar el tiempo con la lectura, mientras mi compañero mascaba lentamente su tostada.

Uno de los artículos de la revista estaba marcado con lápiz y, naturalmente, yo me puse a leerlo.

El epígrafe del artículo era bastante presuntuoso: «El libro de la vida»; y el autor intentaba demostrar cuánto puede aprender un hombre observador por medio de un minucioso y sistemático examen de todo cuanto encuentra a su paso.

La demostración me pareció una extraña mezcla de habilidad e insensatez. La argumentación era ajustada e intensa, pero sus deducciones resultaban demasiado paradójicas y exageradas. El escritor pretendía poder descubrir los más íntimos pensamientos de un hombre en cualquier instantánea expresión del rostro, en la tensión de un músculo, o en una simple ojeada. Según él, para el hombre ejercitado en la observación y en el análisis no había engaño posible. Sus conclusiones eran tan infalibles como las más terminantes proposiciones de Euclides. Las personas no iniciadas debían considerarlo como un nigromante, a juzgar por los resultados a que llegaba.

> De una gota de agua —decía el artículo— podría el lógico inferir la posibilidad de un Atlántico o de un Niágara, sin haberlos visto jamás ni oído hablar de ellos. La vida entera es una cadena cuya naturaleza puede ser conocida con solo ver uno de sus eslabones. Como todas las demás ciencias y las artes, la ciencia de la deducción y del análisis puede ser adquirida por medio de un estudio prolongado y paciente, y la vida de ningún mortal es suficientemente larga para permitirle llegar al mayor grado de perfección en ese estudio.
>
> Antes de dedicar su atención a los aspectos morales y mentales de asuntos más dificultosos, el investigador debe comenzar por dominar el mayor número posible de problemas elementales. Aprenda, al encontrarse con otro individuo, a conocer en una sola mirada, su historia y su oficio u ocupación. Por pueril que parezca este ejercicio, el hecho es que aguza las facultades de observación y enseña a fijarse bien en el lugar donde se debe ver, y en el propósito con que se debe observar. Las uñas de las ma-

nos, las rodilleras de los pantalones, los botines, las mangas del saco, las callosidades del pulgar o del índice, la expresión del rostro; los puños de la camisa, son cosas que revelan perfectamente el carácter de un hombre; y es casi inconcebible que todas ellas en conjunto sean ineficaces para que el observador se forme una idea completa del individuo.

—¡Qué inefable galimatías! —exclamé tirando la revista sobre la mesa—. ¡En la vida he leído tanto disparate!

—¿Qué es? —me preguntó Sherlock Holmes.

—Este artículo —le contesté, señalándole con la cucharilla, al mismo tiempo que me sentaba a desayunarme—. Como está marcado, veo que usted lo ha leído ya. No niego que está escrito con habilidad; pero su lectura me ha irritado. El autor de esas teorías es sin duda algún ocioso que se pasa los días tendido en su sofá y luego viene a sacar del estudio de sí mismo todas esas paradojas tan bien expresadas. Pero quien escribe eso no puede ser un hombre práctico. Yo quisiera verlo empaquetado en un vagón de tercera clase del ferrocarril subterráneo, para preguntarle allí cuales son las profesiones de sus compañeros de viaje. Apostaría mil contra uno a que no podría conocerlas.

—Y perdería usted su dinero —me observó tranquilamente Sherlock Holmes—. En cuanto al artículo, yo soy su autor.

—¡Usted!

—Sí. Ambas son mis especialidades, la observación y la deducción: y las teorías que a usted le parecen tan quiméricas, son, en realidad, extremadamente prácticas, tan prácticas que con ellas me gano la vida.

—¿De qué manera? —le pregunté involuntariamente.

—Pues va usted a saber que yo tengo un oficio exclusivamente mío y creo ser en el mundo el único que lo profesa: soy *detective* consultor, pero yo no sé si usted entenderá lo que

esto significa. Aquí, en Londres, hay numerosos *detectives* del Gobierno y particulares, todos los cuales vienen a buscarme cuando se encuentran perdidos, para que yo los ponga en la buena pista. Me exponen todos sus datos, y generalmente estoy en aptitudes de encaminarlos por la buena vía, gracias a mi conocimiento de la historia del crimen. Entre los delincuentes hay un extraordinario parecido, pertenecen a una misma familia; y si usted posee todas las señas y pormenores de un millar de ellos, puede tener la seguridad de descubrir en el momento necesario, al número mil uno. Lestrade es un *detective* bastante conocido por su habilidad, pero no hace mucho se vio en apuros con motivo de un asunto de falsificación, y eso fue lo que lo trajo acá.

—¿Y las otras personas?

—La mayor parte vienen enviadas por agencias privadas. Son gente atribulada, que desea ser guiada y aconsejada. Yo escucho sus relatos, ellos escuchan mis comentarios, y después embolso la paga.

—¿Quiere usted decir con eso —le pregunté— que sin salir de su cuarto puede usted desembrollar un enredo cuando otras personas no lo consiguen, siendo ellas quienes han visto todos los detalles del asunto?

—Eso es; y para ello me favorece algo así como una intuición especial. De vez en cuando sucede que el caso es más complejo que los otros, y entonces tengo que ir a ver las cosas con mis ojos. Le advertiré a usted que poseo una competente suma de conocimientos especiales que aplico a cada problema y me facilitan maravillosamente la tarea. Las reglas de deducción que expongo en ese artículo, que en tan alto grado ha provocado las burlas de usted, son de gran valor para mis trabajos. La observación es en mí una segunda naturaleza. Me parece que, cuando nos vimos por primera vez, y yo le dije que usted había estado en Afghanistán, se sorprendió usted mucho.

—Seguro que se lo habían dicho a usted antes.

—De ninguna manera. Yo vi que usted había estado en Afghanistán. El curso de las ideas es tan rápido en mi cerebro, por efecto de la costumbre, que, cuando llegué a esa conclusión, no tuve siquiera conciencia de los pasos intermedios. Y, sin embargo, aquellos pasos existían. El curso de las ideas era este:

He aquí a un caballero: tipo de médico, pero de aspecto militar.

Por consiguiente, cirujano del ejército. Acaba de llegar de los trópicos, pues tiene la cara muy morena, y ese no es el tinte de su cutis, como lo demuestra el color blanco de sus muñecas. Ha sufrido trabajos y enfermedades; su demacrado rostro lo revela con claridad. Tiene una herida reciente en el brazo derecho, pues este no se conserva en su posición natural. ¿En qué parte de los trópicos podría haber sufrido un cirujano del ejército inglés tantas penalidades y ser herido en el brazo? Claro que en Afghanistán.

Esta serie completa de pensamientos no duró ni un segundo, y me permitió decir que usted venía de Afghanistán, y asombrarlo a usted con mi observación.

—Tal como usted lo explica, resulta la cosa más simple —le contesté sonriéndome—. Ahora me hace usted acordar del *Dupin*, de Edgar Allan Poe. Yo no tenía idea de que individuos de esa clase existieran, a no ser en los cuentos.

Sherlock Holmes se levantó y encendió su pipa.

—No dudo de que usted me dirige un elogio al compararme con Dupin —me contestó—, pero en mi opinión, Dupin es una persona muy inferior. Su procedimiento de sorprender los pensamientos de sus amigos con una brusca observación después de un cuarto de hora de silencio, es demasiado ostensible y superficial. No digo que careciera de un cierto don de análisis; pero de ningún modo era el fenómeno que Poe se había imaginado.

—¿Ha leído usted las obras de Gaboriau? —le pregunté—. ¿Satisface Lecoq la idea que usted tiene del *detective*?

Una sonrisa sardónica contrajo los labios de Sherlock Holmes.

—Lecoq era un miserable imitador —dijo con acento colérico— y no poseía más que una cualidad recomendable: su tenacidad. Esa novela me enfermó de fastidio. La cuestión era únicamente identificar a un preso desconocido, cosa que yo habría hecho en veinticuatro horas, pero a Lecoq le costó como seis meses. La historia entera constituye un manual para enseñar a los *detectives* lo que tienen que evitar cuando no quieren concluir una pesquisa.

Yo me sentí ofendido al ver tratados con tan pocas consideraciones a dos personajes que habían sido objeto de mi admiración. Me acerqué a la ventana, y me puse a mirar a la calle. «Este joven puede ser muy inteligente —me decía mentalmente—; pero también es muy vano.»

—Ya no hay crímenes ni criminales —continuó Holmes, sentenciosamente—. ¿Para qué sirve la inteligencia en nuestra profesión? En cuanto a mí, sé que tengo suficiente talento para hacer famoso mi nombre. No existe ni ha existido otro hombre que dedicase a la pesquisa del crimen una suma tan grande de estudio e inteligencia como yo. ¿Y cuál es el resultado? Que ya no hay crímenes que investigar, o cuando más, que me encuentro con alguna fechoría vulgar, con causas tan transparentes, que hasta un empleado de Scotland Yard podría descubrirlos.

Su vanidoso lenguaje seguía mortificándome, y pensé que lo mejor sería cambiar de tema.

—¿Qué buscará ese individuo? —pregunté, señalando a un hombre alto, pobremente vestido, que pasaba por la acera de enfrente, mirando con atención los números de las casas. Llevaba en la mano un voluminoso sobre, sin duda, una carta que le habían encargado de entregar.

—¿Se refiere usted a ese sargento de marina retirado?

—¡Qué impavidez! —me dije mentalmente—. Sabe que no me es posible comprobar lo que dice…

Acababa de hacerme esta reflexión, cuando el hombre vio el número de nuestra casa y atravesó corriendo la calle. Oímos un rudo golpe en la puerta, una profunda voz en el vestíbulo, y fuertes pisadas que subían la escalera.

—Para el señor Sherlock Holmes —dijo entrando en el cuarto y entregando la carta a mi amigo.

La oportunidad era buena para echarle en cara su vanidad; por cierto que no se lo había imaginado al hacer su presuntuosa observación.

—¿Quiere usted decirme, mozo —dije con benévolo acento al individuo—, cuál es su ocupación?

—Mandadero, señor —me contestó con rudeza—. El uniforme está componiéndose.

—Y antes, ¿qué ha sido usted? —repliqué, dirigiendo a mi compañero una mirada ligeramente maliciosa.

—Sargento, señor, en la infantería ligera de la real marina, señor. ¿No hay contestación? Bueno, señor.

Saludó militarmente, giró sobre ambos talones y salió del cuarto.

III. El misterio de la calle Lauriston

Confieso que esta nueva prueba de la naturaleza práctica de las teorías de mi compañero me impresionó enormemente. Mi respeto por sus facultades para el análisis creció mucho, pero todavía me quedaba una ligera sospecha de que el episodio había sido combinado de antemano con el objeto de maravi-

llarme, aunque no alcanzaba a comprender cuál habría sido su objeto al engañarme.

Cuando volví la vista hacia él, acababa de leer la carta, y su mirada vaga y sin brillo demostraba una gran abstracción mental.

—¿Cómo diablos ha podido usted deducirlo? —le pregunté.

—¿Deducir qué? —dijo él secamente.

—¡Cómo! Que el hombre era un sargento de marina retirado.

—Ahora no tengo tiempo para pequeñeces —me replicó con brusquedad; y en seguida, con una sonrisa—: Perdone usted mi grosería. Estaba reflexionando, y usted cortó el hilo de mis ideas. Pero ¡quién sabe si ha sido mejor! ¿Quiere decir que usted no podía darse cuenta de que era un sargento de marina?

—No; ya lo creo.

—Pues conocerlo era más fácil de lo que es ahora para mí explicar cómo lo conocí. Si a usted le pidieran que explicara por qué dos y dos son cuatro, le sería algo difícil dar la explicación, y, sin embargo, usted está seguro del hecho. Desde aquí alcancé a ver que el hombre que pasaba por la otra acera tenía tatuada una ancla en el reverso de la mano. Eso olía a mar. Pero tenía aspecto militar y usaba patillas: soldado de marina. Luego se le notaba cierta conciencia de su importancia, y maneras de comando: se fijaría usted en su modo de erguir la cabeza y de llevar el bastón. Por último, era hombre de edad, de aspecto respetable y tranquilo, un conjunto de circunstancias, en fin, me hizo comprender que había sido sargento.

—¡Maravilloso!

—Lo más sencillo—replicó Holmes; pero en la expresión de sus ojos vi que mi admiración y sorpresa le complacían.

Luego prosiguió:

—Acabo de decir a usted que ya no hay criminales; pues bien, parece que me equivocaba. ¡Mire usted!

Y arrojó sobre la mesa la carta que el mandadero le había traído.

—¿Qué?—exclamé al leer las primeras líneas de la carta:—¡Esto es horrible!

—Parece salir de lo común—observó él tranquilamente.—¿Quiere usted leérmelo en voz alta?

Esta es la carta que yo leí en alta voz, como me lo pedía:

Mi querido señor Sherlock Holmes:

Durante la noche ha ocurrido un feo suceso en el número 3 de la calle de Lauriston, enfrente de la avenida Brixton. El vigilante de facción vio luz en la casa a eso de las dos de la mañana, y, como sabía que estaba desocupada, sospechó que hubiera algo extraño. Encontró abierta la puerta; en la primera habitación, que está enteramente vacía, encontró el cadáver de un caballero bien vestido. En sus bolsillos se encontraron tarjetas con este nombre: «Enoch J. Drebber; Cleveland, Ohio, Estados Unidos.» No había sido robado, ni se ha encontrado nada que indique cómo fue muerto. En el cuarto hay sangre, pero el cadáver no presenta ninguna herida.

Nosotros no hemos podido todavía adivinar cómo pudo el hombre entrar en la casa, y el asunto entero es un enigma. Si usted puede ir a cualquier hora antes de las doce, allá me encontrará usted. Todo lo he dejado *in statu quo* hasta que usted me diga si va o no. Si no puede usted ir, yo le enviaré más pormenores, y le estimaré como una prueba de gran amabilidad me favorezca con su opinión.

Sinceramente suyo—*Tobías Gregson.*

—Gregson es el más vivo de todos los *detectives* de Scotland Yard—observó mi amigo:—él y Lestrade son la excepción

en ese grupo inservible. Ambos son tenaces y activos, pero llenos de prejuicios, demasiado llenos. Y luego, se hacen mutuamente la guerra. Tienen celos el uno del otro lo mismo que si fueran dos mujeres hermosas. Si ambos intervienen en este asunto, vamos a reírnos mucho.

A mí me asombraba la calma con que Holmes tomaba el asunto.

—Pero no hay un momento que perder—exclamé.—¿Quiere usted que haga llamar un carruaje?

—Todavía no estoy seguro de si iré o no. Soy el más incurable de los perezosos; quiero decir, cuando la pereza me acomete, porque si no, también puedo mostrarme activo.

—¡Cómo! ¡Pero si esta es, justamente, la oportunidad que esperaba con toda ansiedad!

—Querido amigo: ¿Qué tengo yo que hacer en este asunto? Supongamos que lo ponga todo en claro: entonces, esté usted seguro, Gregson, Lestrade y C.ª serán quienes beneficien el resultado. Este es el inconveniente de no ser personaje oficial.

—Pero Gregson, le suplica a usted que le ayude.

—Sí; sabe que soy superior a él, y a mí me lo dice sin inconveniente; pero antes que decírselo a una tercera persona, se cortaría la lengua. Sin embargo, podríamos ir por allá a echar una ojeada. Investigaré según mi método, y aunque no sea más que para reírme de ellos. Vale la pena de verlos en funciones. Vamos.

Se puso su sobretodo, y luego se irguió de tal manera, que comprendí que tras de su acceso de apatía lo había acometido uno de gran energía.

—Tome usted su sombrero—me dijo.

—¿Usted quiere que yo también vaya?

—Sí; a no ser que tenga usted otra cosa que hacer.

Un minuto después, el coche en que íbamos, corría furiosamente en dirección de la avenida Brixton.

La mañana estaba nublada y había mucha niebla. De los techos pendía un velo de color mugriento, que parecía el reflejo del lodo de las calles. Mi compañero estaba muy contento; charlaba de violines de Cremona y de la diferencia que había entre un Stradivarius y un Amati. Yo me callaba, pues el tiempo nublado y el triste asunto que motivaba nuestra excursión, deprimía mi ánimo.

—No parece que usted pensara mucho en el asunto—le dije por último, interrumpiendo sus disquisiciones musicales.

—Todavía no tengo datos—me contestó.—Es un error capital, teorizar antes de poseer todas las pruebas, porque eso extravía el criterio.

—Pronto va usted a tener los datos—le dije señalando con el dedo.—Esta es la avenida Brixton, y aquella es la casa, si no me equivoco.

—Esa es. Pare, cochero, pare.

Todavía estábamos a unas cien yardas de la casa, pero Holmes insistió en que bajáramos y desde allí seguimos a pie.

La casa número 3 de la calle Lauriston, tenía un triste y feísimo aspecto. Era una de cuatro que quedaban un poco atrás de la línea de las otras: dos estaban ocupadas, y dos vacías. Sus tres ventanas cerradas y melancólicas, parecían expresar la desolación y la pena: aquí y allá, un cartón con el letrero «se alquila,» cubría como una catarata los desnudos vidrios.

Un jardincito que solo contenía algunos grupos de enfermizas plantas, separaba cada una de las cuatro casas de la calle. Un amarillento camino, consistente, al parecer, en una mezcla de arena y pedregullo, atravesaba el jardín desde la calle hasta la puerta. Todo estaba empapado por la lluvia caída durante la noche. Rodeaba el jardín una pared de ladrillos, por cuya parte superior corría una defensa de hierro. Contra esa pared encontramos recostado a un fornido vigilante, en torno del cual,

algunos curiosos estiraban el cuello y abrían los ojos, con la vana esperanza de percibir algún vestigio de lo que ocurría dentro de la casa.

Yo me había imaginado que Sherlock Holmes se apresuraría a entrar para entregarse en seguida al estudio del misterio; pero luego vi que nada estaba más lejos de su intención. Con una indiferencia que, dadas las circunstancias, me parecía tocar los límites de la afectación, se puso a observar el pavimento, mirándolo con inexpresivos ojos, y después a mirar el firmamento, y las casas del otro lado, y la barra de hierro que corría por lo alto de la pared.

Terminado su examen, echó a andar lentamente por el camino, o mejor dicho, por el borde de césped que se extendía a uno de los lados, sin quitar los ojos del suelo. Dos veces se detuvo, y en una de ellas le vi sonreírse, y le oí murmurar una exclamación de satisfacción. En el suelo mojado y blando, se veían muchos rastros de pisadas, pero como los agentes de policía habían pasado y repasado en ambas direcciones, yo no podía imaginarme de qué manera conseguía mi compañero descubrir algo en medio de esa confusión. Sin embargo, la convicción que había llegado a tener de la rapidez de sus facultades perceptivas, hicieron que no me quedara duda de que allí donde yo no veía nada, él descubría muchas cosas.

En la puerta de la casa nos salió al encuentro un hombre alto, pálido y muy rubio, que tenía en la mano un libro de apuntes: al ver a mi compañero, se precipitó hacia él y le estrechó las manos con efusión.

—Ha sido usted muy amable en venir—le dijo.—Todo lo he dejado intacto hasta que llegase usted.

—Con excepción de esto—le contestó mi amigo, señalando el caminito.—Ni una manada de búfalos habría hecho tanto estrago. Pero no me cabe duda, Gregson, de que si usted lo ha permitido, es porque antes había llegado a alguna conclusión.

—Tengo tanto que hacer dentro de la casa—dijo el *detective*, evasivamente.—Mi colega Lestrade está aquí y yo confiaba en que él se ocuparía de esto.

Holmes me dirigió una rápida mirada y alzó con ironía las cejas.

—Con dos hombres como usted y Lestrade en el terreno—le replicó,—a un tercero no le queda mucho que hacer.

Gregson se frotó las manos con satisfacción.

—Creo que hemos hecho cuanto podía hacerse—contestó;—pero el caso es muy raro, y lo he llamado a usted porque conozco su afición a estas cosas.

—¿Usted vino en carruaje?—le preguntó Holmes.

—No, señor.

—¿Ni Lestrade tampoco?

—No, señor.

—Pues entonces, vamos a ver el cuarto.

Y con esta inconsecuente observación entró en la casa, seguido por Gregson, en cuyas facciones se retrataba el asombro.

Un corto pasadizo, entablado y lleno de polvo, conducía a la cocina y a la despensa. A la izquierda había una puerta y otra a la derecha. Era evidente que la primera había estado cerrada durante algunas semanas. La otra era la del comedor, es decir, la habitación donde había ocurrido el misterioso crimen. Holmes penetró en él, y yo lo seguí con el corazón oprimido por ese irresistible sentimiento que la muerte inspira. El cuarto era espacioso, cuadrado, y parecía mucho más grande por la falta de muebles. Un vulgar papel floreado adornaba las paredes, pero la humedad lo había manchado en algunas partes, y en otras los pedazos colgaban, dejando ver la amarillenta costra de yeso. Enfrente de la puerta había una presuntuosa chimenea imitación de mármol, y pegado en uno de los extremos de

esta, un cabo de vela de cera roja. Los desnudos vidrios de la ventana estaban tan sucios, que la luz que entraba por ella era escasa e incierta, y daba a todo un tinte gris, más intenso a causa de la pesada capa de polvo que cubría la habitación entera.

Todos esos pormenores los observé después. Por el momento, mi atención se concentraba únicamente en el cuerpo rígido y quieto que yacía en el suelo, fijos en el techo los incoloros ojos.

El cadáver era el de un hombre de cuarenta y tres a cuarenta y cuatro años, de mediana estatura, ancho de espaldas, cabellos espesos y rizados, barba corta y dura. Estaba vestido con un saco y chaleco de gruesa tela, pantalón claro y cuello y puños inmaculados. A su lado, en el suelo, había sido puesto su sombrero de pelo, perfectamente peinado y cepillado. Tenía los puños apretados y los brazos abiertos, mientras las piernas contraídas, parecían indicar que la lucha con la muerte había sido reñida. El rígido rostro tenía una expresión de horror y hasta diría que de odio tan intenso como nunca lo había visto en humanas facciones. Esa maligna y terrible contorsión, la frente deprimida, la nariz chata y las prominentes mandíbulas, daban al muerto una apariencia simiesca, más notable aún por la postura en que se hallaba. Durante mi vida he visto la muerte en muchas formas, pero nunca me ha parecido más horrorosa que ese día, en aquella oscura y triste habitación situada en una de las principales arterias suburbanas de Londres.

Lestrade nos esperaba en la puerta, y nos saludó amablemente a Holmes y a mí.

—Este caso hará ruido, señor—fue su primera observación. —Deja atrás a todos los que he visto en mi vida, y yo no soy ya ningún pollo.

—¿No hay indicios?—le preguntó Gregson.

—Ninguno—contestó de mal humor Lestrade.

Sherlock Holmes se acercó al cadáver, y arrodillándose, lo examinó atentamente.

—¿Están ustedes seguros de que no tiene ninguna herida?—preguntó señalando numerosas gotas y manchas de sangre en el suelo.

—¡Seguros!—exclamaron los dos detectives.

—Por consiguiente, esta sangre pertenece a otra persona, probablemente al asesino, si asesinato ha habido. Esto me recuerda las circunstancias de la muerte de Van Jansen, en Utrecht, en el año 34. ¿Se acuerda usted del caso, Gregson?

—No, señor.

—Léalo usted, pues, realmente, le conviene conocerlo. Nada hay nuevo debajo del sol. Todo lo que se hace hoy ha sido hecho antes.

Y mientras hablaba, sus largos dedos iban de aquí para allí y por todas partes, tocando, oprimiendo, desabotonando, examinando, y en sus ojos aparecía la misma expresión de vaciedad, que yo les había notado otras veces. El examen era tan precipitado, que costaba trabajo fijarse en su extrema minuciosidad. Lo último que Holmes hizo fue apartar los labios del muerto, y mirar las suelas de los botines.

—¿No ha sido movido de la posición en que se encontró?—preguntó después.

—Nada más que lo necesario para examinarlo nosotros.

—Ahora pueden llevárselo al mortuorio—dijo Holmes.—Todo lo que había que verse se lo hemos visto ya.

Gregson tenía a la mano un vigilante y cuatro cargadores. Los llamó, y el cadáver fue llevado afuera; pero en el momento de levantarlo, cayó y rodó por el suelo un anillo de oro. Lestrade lo recogió y lo miró con ojos triunfantes.

—Aquí ha habido una mujer—exclamó Lestrade.—Es un aro de matrimonio, de mujer.

Y poniéndolo en la palma de su mano, nos lo enseñó. Los tres nos acercamos a ver. No cabía duda de que aquella ruedecita de oro había adornado el dedo de una novia.

—Esto complica la cuestión—dijo Gregson;—¡y sabe el Cielo si ya estaba complicada!

—¿Está usted seguro de que no la simplifica?—le preguntó Holmes.—Nada ganamos con mirar tanto el anillo. ¿Qué ha encontrado usted en los bolsillos?

—Allí está todo—contestó Gregson, señalando un montón de objetos en uno de los primeros escalones.—Un reloj de oro, número 97.163; del fabricante Barrand, de Londres. Cadena de oro, clase Alberto, muy pesada y sólida. Anillo de oro con divisa masónica. Prendedor de oro; una cabeza de bulldog con ojos de rubí. Cartera de cuero de Rusia, que contiene tarjetas de Enoch J. Drebber, de Cleveland, nombre que corresponde con las iniciales, E. J. D., con que está marcada la ropa interior. No tenía portamonedas. El dinero que llevaba suelto suma treinta y siete pesos veinte centavos. Una edición de bolsillo del *Decamerón de Boccacio*, con el nombre de Joseph Stangerson, escrito en el frontispicio. Dos cartas, una dirigida a E. J. Drebber, y otra a Joseph Stangerson.

—¿A qué dirección?

—Al American Exchange, Strand, para que las guarden hasta que vayan a reclamarlas. Ambas son de la Compañía de Navegación Guion y se refieren a las salidas de sus vapores de Liverpool. Se ve claro que el desventurado estaba en vísperas de volver a Nueva York.

—¿Ha hecho usted averiguaciones respecto a ese Stangerson?

—En el acto, señor—contestó Gregson.—He mandado avisos a todos los diarios, y uno de mis hombres ha ido al American Exchange, pero todavía no ha vuelto.

—¿Ha telegrafiado usted a Cleveland?

—Esta mañana.

—¿Cómo ha redactado usted sus preguntas?

—Doy los detalles del hecho, y digo que agradeceríamos cualquier dato que se nos proporcionara.

—¿No ha pedido usted informaciones sobre algún punto que le pareciera esencial?

—He preguntado quién es Stangerson.

—¿Nada más? ¿No hay circunstancia alguna de que parezca depender especialmente el caso? ¿Va usted a telegrafiar otra vez?

—Ya le he dicho a usted cuanto tenía que decirle—concluyó Gregson en tono ofendido.

Sherlock Holmes hizo un gesto y parecía que iba a hacer alguna observación, cuando Lestrade, que se había quedado en el cuarto mientras nosotros teníamos esta conversación en el vestíbulo, apareció en la escena, restregándose las manos de manera pomposa y que denotaba gran satisfacción.

—Señor Gregson—le dijo,—acabo de hacer un descubrimiento de la mayor importancia y que habría pasado inadvertido, a no ser por el minucioso examen que me puse a hacer en las paredes cuando ustedes salieron.

Los ojos del hombrecito echaban chispas. Se hallaba, evidentemente, en un estado de contenido orgullo por haber ganado un punto a su colega.

—¡Vengan ustedes!—continuó, corriendo al cuarto, cuya atmósfera era más respirable desde que se habían llevado el cadáver.—¡Y ahora, párense aquí!

Raspó un fósforo en la suela de su botín y luego lo acercó a la pared.

—¡Miren!—exclamó, con acento de victoria.

Ya he dicho que el papel se había desprendido de la pared en algunos sitios. En ese rincón faltaba un gran pedazo, la grosera capa de yeso aparecía desnuda. En medio de ese espacio estaba escrita con sangre esta palabra: RACHE.

—¿Qué dicen ustedes de eso?—gritó el *detective*, con el ademán del dueño de un animal raro que lo exhibe en público.—Nadie lo había visto, porque estaba en el rincón más oscuro del cuarto, y a ninguno se le ocurrió mirar en esa dirección. El asesino o la asesino ha escrito eso con su propia sangre. ¡Miren el rastro que ha dejado al correr hasta el suelo! Por lo pronto, tenemos que excluir la idea del suicidio. ¿Por qué habrá escrito la palabra en aquel rincón y no en otro? Yo voy a decírselo a ustedes. Fíjense en el cabo de vela que está pegado en la chimenea. En el momento del crimen estaba encendido, y este rincón debía ser, por consiguiente, el más claro y no el más oscuro.

—¿Y qué hemos avanzado, ahora que usted ha descubierto eso?—le preguntó Gregson con acento despreciativo.

—¿Qué hemos avanzado? ¡Cómo! Hemos avanzado que la persona que escribió eso iba a poner el nombre femenino de Rachel, pero no pudo concluir porque algo se lo impidió. Recuerden usted mis palabras: cuando se aclare el asunto, se verá que una mujer llamada Rachel, estaba mezclada en él. Usted puede reírse si quiere, señor Sherlock Holmes; usted será muy inteligente y vivo, pero el perro más viejo resulta al fin y al cabo ser el mejor.

—¡Pido a ustedes mil perdones!—le contestó mi compañero, que, con una risotada repentina y estrepitosa, había hecho encolerizar al hombrecito.—Reconozco que usted ha sido el primero en hacer el descubrimiento y debo reconocer también que esas letras parecen, en realidad, haber sido escritas por el otro participante en el misterio de anoche. Todavía no había tenido tiempo de examinar el cuarto, pero, con el permiso de usted, lo voy a hacer ahora.

Diciendo esto, sacó del bolsillo una luna de aumento, redonda y de gran tamaño, y una cinta de medir; y, provisto de esos instrumentos, recorrió silenciosamente la habitación, unas veces deteniéndose, otras arrodillándose, y hasta echándose largo a largo, la cara pegada contra el suelo.

Tan embebido estaba en su ocupación, que parecía haber olvidado nuestra presencia, pues no cesaba de hablar entre dientes, conversando consigo mismo, en el fuego nutrido de las exclamaciones, murmullos, silbidos y gritos ahogados que sugerían aliento y confianza.

Yo lo contemplaba, y no podía dejar de pensar en que se parecía al perro de sangre pura y bien ejercitado en la caza, cuando se halla en plena persecución de la presa, y va y viene olfateando con vehemencia hasta dar con el rastro.

Más de veinte minutos duró su investigación. Midió con el mayor cuidado y exactitud la distancia que había entre unas señales que yo no alcanzaba a ver. A ratos, daba golpes en las paredes, sin que yo adivinara para qué. Recogió del suelo, en un rincón, un montoncito de polvo gris, y lo puso en un sobre, que se guardó. Por último, examinó con su lente la palabra escrita en la pared, pasando de una letra a otra con la más minuciosa exactitud. Hecho esto, pareció estar ya satisfecho, pues volvió a guardarse en el bolsillo la medida y el anteojo.

—Se dice que el genio tiene infinita capacidad para hacer olvidar cualquier dolor—observó, hablando por fin en alta voz y sonriéndose.—La definición es mala, pero puede aplicarse a la labor del *detective*.

Gregson y Lestrade habían seguido las maniobras de su colega de afición llenos de curiosidad y de contenida cólera. Era evidente que ni uno ni otro se daban cuenta de este hecho, en que yo me había fijado desde el principio: todos los actos de Sherlock Holmes, hasta los más pequeños, se dirigían a algún fin definido y práctico.

—¿Y qué opina usted, señor?—le preguntaron ambos.

—Les robaría a ustedes el mérito de la pesquisa si tuviera la pretensión de ayudarles—observó mi amigo.—Ustedes van por tan buen camino, que sería una lástima si alguien interviniera en la pesquisa.

En sus palabras había un tinte de sarcasmo.

—Si ustedes quieren indicarme cuál es el curso de sus investigaciones—continuó,—tendré mucho gusto en ayudarles. Mientras tanto, desearía hablar con el vigilante que descubrió el cadáver. ¿Pueden ustedes darme su nombre y dirección?

Lestrade abrió su libro de apuntes.

—John Rance—dijo.—Hoy está franco. Lo encontrarán ustedes en el número 46 de Andley's Court, cerca del parque Kennington.

Holmes apuntó la dirección.

—Vamos, doctor—me dijo.—Tenemos que ir en su busca.

Y luego, volviéndose a los dos *detectives*:

—Voy a decirles a ustedes algo que puede serles útil. Ha habido homicidio, y el matador es un hombre. Este mide más de seis pies de alto; está en la flor de la edad; sus pies son pequeños para su estatura; anoche tenía puesto un calzado fuerte y de punta ancha, y fumaba un cigarro Trichinópolis: él y su víctima vinieron hasta aquí en un carruaje tirado por un caballo, y este tenía tres herraduras viejas y una nueva en la pata delantera derecha. Es muy probable que el asesino tenga buenos colores en la cara: usa las uñas de la mano derecha muy largas. Estos datos no son muchos, pero pueden servirles a ustedes.

Lestrade y Gregson se miraron mutuamente, y sonrieron con incredulidad.

—Si ha habido asesinato, ¿por qué medio ha sido ejecutado este?—preguntó el primero.

—Veneno—contestó lacónicamente Sherlock Holmes; y echó a andar.

Cuando ya estaba en la puerta, se volvió y:

—Una palabra más, Lestrade—agregó:—*Rache* es *Venganza* en alemán; de modo que no debe usted perder tiempo en buscar a la señorita Rachel.

Y después de lanzar esta flecha de Parto, salió de la casa, dejando a sus dos rivales con la boca abierta.

IV. Lo que tenía que referir John Rance

Era la una cuando salimos de la calle Lauriston.

Sherlock Holmes me llevó a una oficina de telégrafos, y despachó un largo telegrama. En seguida llamó un carruaje y dio al cochero la dirección que le había comunicado Lestrade.

—Nada hay como las pruebas de primera mano—me dijo en el camino.—Mi opinión sobre el hecho ya está formada, pero siempre es bueno averiguar todo cuanto se puede.

—Usted me asombra, Holmes—le dije.—No es posible que esté usted tan seguro, como aparenta estarlo, de esa enorme cantidad de datos que ha dado a los otros.

—No crea usted que haya lugar a la menor duda—me contestó.—Lo primero que observé cuando llegamos, fue que un carruaje había hecho dos surcos con sus ruedas enfrente de la curva. La lluvia de anoche fue la primera desde hace una semana, de donde resulta que para que esas ruedas dejaran huellas tan profundas, era necesario que pasaran por allí anoche mismo. También eran visibles las señales dejadas por los cascos del caballo, una de las cuales estaba impresa con claridad mucho mayor que las otras tres, es prueba que una de las herraduras era nueva. Ahora bien, un carruaje pasó por allí

después que la lluvia comenzó, y nadie lo ha visto en la mañana, según me ha dicho Gregson, lo que quiere decir que vino de noche: la consecuencia lógica es que las dos personas fueron en carruaje.

—La explicación me parece conveniente—dije.—Pero, ¿y lo referente a la estatura del hombre?

—La estatura de una persona puede calcularse por los pasos, y el cálculo es exacto nueve veces de diez: se trata sencillamente de una operación matemática, pero este no es el momento de molestarlo a usted con cifras. Los pasos del individuo estaban marcados en el piso del jardín y en el suelo polvoriento del cuarto. Además, he tenido un medio de comprobar la exactitud de mi cálculo: cuando un hombre escribe en la pared traza instintivamente las letras a la altura de sus ojos, y la palabra *Rache* está precisamente a una distancia del suelo un poco mayor de seis pies. Hasta un niño habría podido hacer estas observaciones.

—¿Y su edad?

—Si un hombre puede dar pasos de cuatro pies y medio sin el menor esfuerzo, claro está que todavía no ha llegado a la vejez. Esa era la distancia que separaba las huellas de sus pies en el caminito del jardín: por un lado las de los botines finos del muerto, y por otro las de puntas cuadradas del otro. En nada de esto hay misterio. Lo único que yo hago es aplicar a la vida ordinaria algunos de los preceptos de observación y deducción que establezco en mi artículo. ¿Hay otra cosa que le llame a usted la atención?

—Las uñas largas y el Trichinópolis.

—La palabra *Rache* fue escrita en la pared por un dedo mojado en sangre; y con mi lente he podido ver que la costra de la pared había sido ligeramente arañada al escribir las letras, lo que no habría sucedido si las uñas hubieran sido cortas.

Lo que usted me vio recoger en el suelo fue un poco de ceniza suelta, de color oscuro, tal como solo puede producirla

un Trichinópolis. Tengo hecho especial estudio de las cenizas de cigarros, y hasta he escrito una monografía sobre el particular. Me precio de conocer con solo una mirada la ceniza de cualquier marca de tabaco o cigarro. La diferencia entre el *detective* hábil y los Gregson y Lestrade consiste precisamente en estos detalles.

—¿Y los buenos colores de la cara?

—¡Ah! Eso fue más bien un tiro de audacia, aunque no me cabe duda de haber acertado. No me pregunte usted eso mientras el asunto se encuentre en su estado actual.

Yo me pasé la mano por la frente.

—La cabeza me da vueltas—dije.—Mientras más piensa uno en esto, más misterioso lo halla. ¿Cómo fueron a dar esos dos hombres—si eran dos hombres—a una casa vacía? ¿Qué se ha hecho del cochero que los condujo? ¿Cómo puede un hombre obligar a otro a tomar veneno? ¿De dónde salió la sangre? ¿Cuál fue el fin del asesinato, desde que no hubo robo? ¿Cómo fue a dar allí ese anillo de mujer? Sobre todo, ¿por qué escribió el asesino la palabra alemana *Rache* antes de marcharse? Confieso que no alcanzo a ver la posibilidad de conciliar todos esos hechos.

Mi compañero aprobó con una sonrisa.

—Sume usted sucintamente y en forma las dificultades de la situación—me dijo.—Todavía hay muchas cosas en la oscuridad, para que yo sepa ya a qué atenerme en cuanto a los hechos principales. La inscripción descubierta por el pobre Lestrade fue simplemente un lazo tendido a la policía para inducirla a seguir una falsa pista, haciéndola pensar en socialismo y sociedades secretas. El que la escribió no es alemán. Se habrá fijado usted en que la A está hecha a la alemana; pero un verdadero alemán escribe invariablemente en caracteres latinos; de donde se deduce que este es un torpe imitador que no supo llevar su propósito de desviar la investigación en una dirección equivocada. Después de esto, no voy a decirle a usted

mucho más del asunto, doctor. Usted sabe que los prestidigitadores pierden todo su prestigio cuando revelan sus procedimientos, y yo le he explicado a usted mis medios de investigación, en suficiente medida para que se dé cuenta de que, al fin y al cabo, soy un hombre como los demás.

—Eso no—le contesté.—Usted ha llegado a elevar la investigación policial casi hasta el grado de una ciencia exacta, y jamás podrá nadie en el mundo hacerla avanzar un paso más.

Mi compañero se ruborizó de placer al oír mis palabras, pronunciadas con acento sincero. Ya me había fijado yo en que era tan sensible a los elogios que se le hacían respecto a su arte como una niña bonita cuando se le habla de su belleza.

—Voy a decirle a usted otra cosa—me dijo.—Los botines finos y los zapatos de punta cuadrada fueron a la casa en el mismo coche y atravesaron el jardín en la más íntima amistad, probablemente del brazo.

Una vez que estuvieron dentro, anduvieron de un extremo a otro del cuarto, o más bien dicho, los botines finos se quedaron parados, mientras las dos puntas cuadradas se paseaban. Todo eso lo he visto en el polvo que cubría el piso del cuarto, así como también he visto que, a medida que las puntas cuadradas iban y venían, su agitación iba en aumento. En el largo de los pasos lo he conocido. Hablaban y hablaban, y se iban poniendo más y más furiosos. Por fin, ocurrió la tragedia. Ya sabe usted tanto como yo, pues lo demás son meras conjeturas. Sin embargo, creo que tenemos una base suficiente para operar. Ahora debemos darnos prisa, porque esta tarde quiero ir al *Concert Hall* a oír cantar a Norman Neruda.

Durante esta conversación, nuestro coche avanzaba rápidamente por entre una interminable serie de callejuelas y callejones de todas clases. En el más estrecho y oscuro de estos se detuvo, de improviso, el carruaje.

—Ese es Andley's Court—dijo el cochero, señalando un estrecho corredor por entre varias casas de ladrillo.—Yo los esperaré aquí.

Andley's Court no era un lugar muy simpático. Del estrecho callejón pasamos a un cuadrilátero embaldosado y formado por sórdidas construcciones. Seguimos nuestro camino por entre varios grupos de sucios muchachos y tendales de ropa descolorida, hasta llegar al número 46, cuya puerta estaba decorada con una pequeña placa de cobre con el nombre de Rance, grabado.

Preguntamos por el vigilante, y nos dijeron que estaba acostado; haciéndonos después entrar a esperarlo en una salita situada en la delantera de la casa.

El dueño de casa se presentó al cabo de un momento, visiblemente enojado de que fuésemos a turbar su descanso.

—Ya he dado parte en la oficina—nos contestó.

Holmes sacó dos pesos y medio de su bolsillo, y se puso a jugar distraídamente con ellos.

—Nosotros habíamos pensado que nos sería agradable escuchar el relato de los propios labios de usted—le dijo.

—Mucho gusto tendré en decirles a ustedes cuanto sé—rectificó el vigilante, clavando los ojos en las monedas.

—Pues cuéntenos usted todo lo que ha visto y en la forma que más le guste.

Rance tomó asiento en el sofá de cerda, y arrugó pensativamente las cejas, como si estuviera determinado a no omitir pormenor alguno en su narración.

—Voy a contarles todo desde el principio—dijo.—Mis horas son de diez de la noche a las seis de la mañana. A las once, hubo una pelea en el Venado Blanco, pero después la noche pasó tranquila en mi puesto. A la una empezó a llover, y me encontré con Harry Murcher, del puesto de Holland Grove, y nos pusimos a conversar en la esquina de la calle Henrietta.

Después, serían las dos o poco más, pensé en dar una recorrida por la avenida Brixton para ver si ocurría algo. La noche era muy oscura y el suelo estaba fangoso como el diablo. No encontré ni una alma, digo, a pie, porque coches sí, uno o dos pasaron ligero. Yo seguía mi camino, pensando en el fondo de mi alma que me vendría muy a pelo un cuarto de ginebra caliente, cuando de repente me llamó la atención un rayo de luz en esa ventana. Yo sabía que dos de las casas de la calle de Lauriston estaban desocupadas, por causa de su dueño, que no quiere ensanchar las cloacas, y por eso se murió de fiebre tifoidea el último que vivió en una de ellas. Naturalmente; me chocó ver una luz en la ventana, y en el acto sospeché que algo malo pasaba en la casa. Cuando llegué a la puerta…

—Se detuvo usted y regresó a la verja del jardín—le interrumpió mi compañero.—¿Por qué?…

Rance dio un violento salto en su asiento, y clavó los ojos en el rostro de Sherlock Holmes. En sus facciones se pintaba el mayor asombro.

—¿Qué? ¡Es cierto, sí, señor, pero solo Dios sabe cómo ha podido usted averiguarlo! Pues cuando llegué a la puerta, vi que todo estaba tan silencioso y el lugar era tan solitario, que pensé que mejor sería hacerme acompañar por alguien. Sepan ustedes que yo no tengo miedo de nada que sea de este lado de la tumba; pero en ese momento se me ocurrió que tal vez el muerto de fiebre tifoidea había regresado y estaba inspeccionando las cloacas que le causaron la muerte. Ese pensamiento me hizo cambiar de idea, y volví a la verja para tratar de ver la linterna de Murcher; pero ni señales suyas ni de nadie alcancé a ver.

—¿No había nadie en la calle?

—Ni una alma viviente, señor, ni siquiera un perro. Entonces hice ánimo, volví a la casa, y empujé la puerta, que estaba entornada. No oí el menor ruido, y me dirigí al cuarto en que había luz. En la chimenea ardía un cabo de vela, de una vela de cera roja, y a su luz vi…

—Sí; ya sé lo que usted vio. Sé también que recorrió usted varias veces el cuarto, y se arrodilló junto al cadáver, y después fue hasta la puerta de la cocina y trató de abrirla, y luego…

John Rance se paró de un salto, con el espanto y la sospecha en los ojos.

—¿Dónde estaba usted para ver todo eso?—exclamó.—Me parece que usted sabe más de lo que debía saber del asunto.

Holmes se echó a reír, y echó su tarjeta sobre la mesa para que la viera el vigilante.

—No vaya usted a arrestarme como autor del asesinato—le dijo.—Yo no soy el lobo sino uno de los perros. El señor Gregson y el señor Lestrade responden de mí. Siga usted, siga. ¿Qué hizo usted después?

Rance volvió a sentarse, pero sin abandonar su expresión de asombro.

—Volví a la verja y toqué el pito. A la llamada acudieron Murcher y dos más.

—¿No había nadie en la calle en ese momento?

—Nadie, a lo menos nadie que pudiera servir para nada.

—¿Qué quiere usted decir?

Las facciones del vigilante se dilataron con un gesto expresivo.

—Muchos borrachos he visto en mi vida—dijo;—pero nunca he visto uno que hubiera bebido tanto. Cuando salí a la verja lo encontré recostado contra los barrotes y cantando hasta romperse los pulmones una cosa así como la bandera novelera de Colombina, o algo por el estilo. No podía ni pararse, y hubo que ayudarlo para que no se cayera.

—¿Y cómo era ese hombre?—preguntó Sherlock Holmes.

La digresión parecía irritar a John Rance.

—Un borracho como hay pocos—contestó.—Si no hubiera estado tan tomado, habría ido a dar a la estación de policía…

—¿No se fijó usted en su cara, en su traje?—le interrumpió Holmes, impacientándose.

—Ya lo creo que me fijé, puesto que tuve que sostenerlo, y Murcher me ayudó. Era un tipo largo, cara colorada, barba redonda…

—Bueno, basta. ¿Y qué fue de él?

—Harto teníamos que hacer para ocuparnos del borracho—replicó el vigilante, en tono resentido.—Después de todo, apostaría a que, al fin y al cabo, llegó a su casa sin mucho trabajo.

—¿Cómo estaba vestido?

—Con un sobretodo oscuro.

—¿Tenía un látigo en la mano?

—¿Un látigo? No.

—Debió haberlo dejado en alguna parte—murmuró mi compañero.—¿No vio usted ni oyó algún carruaje por allí?

—No.

—Aquí tiene usted estos dos pesos y medio—concluyó Holmes, parándose y poniéndose el sombrero.—Temo mucho, Rance, que no pase usted de donde está en su oficio. Esa cabeza no le sirve más que de adorno. Anoche ha podido usted ganarse los galones de sargento. Ese hombre que ayudó a pararse es el mismo que posee la clave de este misterio, el mismo en cuya busca andamos nosotros ahora. Hoy es tarde para discutir el asunto, pero ya sabe usted lo que le he dicho. Vamos, doctor.

Y salimos a tomar el carruaje, dejando a nuestro informante, incrédulo, pero visiblemente apenado.

—¡Pedazo de estúpido!—exclamó Holmes colérico una vez que estuvo dentro del coche.—¡Pensar en que ha tenido en sus manos una incomparable oportunidad y la ha dejado escapar!

—¡Yo todavía no veo claro! Ya sé que las señas del hombre corresponden con la idea que usted tiene del autor del crimen; pero ¿para qué había de volver este a la casa después de salir de ella? Los criminales no proceden así.

—El anillo, hombre, el anillo; eso fue lo que lo hizo volver. Y en el caso de que no tuviéramos otro medio de apoderarnos de él, siempre nos quedaría el anillo. Yo lo agarraré, doctor; le apuesto dos contra uno que lo agarraré. A usted tengo que darle las gracias por esta oportunidad; pues a no ser por usted, no habría ido a la casa del crimen, y habría dejado escapar el caso más brillante de estudio que jamás se me podía presentar. ¡Un estudio en sangre! ¿Por qué no usar un poco de la jerga de mi arte? La línea roja del asesinato corre por la descolorida carne de la vida, y nuestro deber es descubrirla, y aislarla, y hacerla pública del principio al fin. Y ahora, a tomar lunch y luego a oír a Norman Neruda. ¡Qué ejecución y qué sentimiento tiene! ¿Cuál es ese trozo de Chopin que toca tan brillantemente? Tralala-lira-lira-lá.

Y aquel perro de presa aficionado a la música se recostó en el asiento del carruaje y se puso a gorjear como un pájaro, mientras yo meditaba sobre las diferentes fases del pensamiento humano.

V. El aviso en los diarios nos trae una visita

El trabajo y las emociones de la mañana habían sido demasiado fuertes para mi debilitada salud, y por la tarde me sentí muy cansado.

Cuando Holmes se fue al concierto, me recosté en el sofá y procuré dormir un par de horas; pero la tentativa fue inútil. Mi mente estaba en extremo sobreexcitada por tantos acontecimientos, y en mi cerebro se aglomeraban las más extrañas fantasías. Cada vez que cerraba los ojos veía ante mí el cuerpo torcido y rígido del asesinado. Tan siniestra era la impresión que me había producido aquella cara, que me era imposible sentir otra cosa que gratitud hacia aquel que había hecho desaparecer del mundo a su dueño. Si jamás rostro humano expresó el vicio del tipo más maligno, ese fue el de Enoch J. Drebber, de Cleveland. Pero no por eso dejaba de reconocer que la justicia tenía que cumplirse y que la depravación de la víctima no era circunstancia atenuante a los ojos de la ley.

Mientras más pensaba yo en esto, más extraordinaria me parecía la hipótesis de mi compañero, de que la muerte había sido producida por el veneno. Recordaba haberlo visto apartar los labios del cadáver y no dudaba de que algo había visto dentro de la boca que diera nacimiento a esa idea. Además, si no era el veneno, ¿qué podía haber causado la muerte de ese hombre, desde que el cuerpo no presentaba heridas ni señales de estrangulación? Pero por otra parte, ¿de quién era la sangre que había dejado esa mancha tan grande en el suelo? En el cuarto no se notaba el menor vestigio de lucha, ni la víctima tenía arma alguna que pudiera haberle servido para herir a su antagonista. Y yo comprendía que, mientras todos estos puntos quedasen sin solucionar, ni Holmes ni yo podríamos dormir tranquilos, por más que su calma y confianza me convencieran de que ya se había formado una teoría que explicaba los hechos uno por uno. Cuál podría ser esa teoría era cosa con que yo no acertaba todavía.

Holmes volvió a casa muy tarde, tan tarde que comprendí que el concierto no era lo único que lo había detenido. Cuando llegó, la comida estaba ya en la mesa.

—¡Ha estado magnífico!—me dijo ocupando su asiento.—¿Recuerda usted lo que dice Darwin de la música? Que la facultad de producirla y apreciarla existía en la raza humana

mucho antes de que esta poseyera el don de la palabra. Por eso, tal vez, somos todos tan susceptibles de su influencia.

En el fondo de nuestras almas hay vagas reminiscencias de los remotos siglos en que el mundo estaba en su infancia.

—La idea es bastante atrevida—observé yo.

—Nuestras ideas deben ser tan atrevidas como la Naturaleza es franca, siempre que alcancen a interpretar la Naturaleza—me contestó.—Pero ¿qué ocurre? No me parece usted hoy el mismo. El asunto de la avenida Brixton lo ha trastornado.

—Para decir la verdad, usted tiene razón. Después de mi campaña en Afghanistán debería tener la piel más dura. En Maiwand he visto a mis camaradas cortados en pedazos, pero ni eso me ha hecho perder la presencia de espíritu.

—Ya entiendo. Lo que hay ahora es que el misterio estimula su imaginación; donde no hay imaginación el horror no existe. ¿Ha leído usted los diarios de la tarde?

—No.

—Dan cuenta del asunto, con bastante extensión, pero no mencionan el hecho de que, al ser levantado el cadáver, cayó al suelo un anillo, y me alegro de que sea así.

—¿Por qué?

—Mire usted este aviso—me contestó.—Esta mañana, inmediatamente después que tuvimos conocimiento de lo ocurrido, lo envié a todos los diarios de la ciudad.

Me tiró el periódico por encima de la mesa y yo miré la columna que me indicaba. Era el primer aviso en la columna: «Objetos hallados».

> Esta mañana ha sido encontrado un anillo de oro, de matrimonio, en la avenida Brixton, en medio de la calle, entre la taberna del Venado Blanco y Holland Grove. Dirigirse al doctor Watson, 221 B calle Baker, esta noche entre ocho y nueve.

—Perdóneme usted que haya tomado su nombre—me dijo, —pues si hubiera puesto el mío, no habría faltado un *detective* que, calculando mis intenciones, quisiera mezclarse en el asunto.

—Está muy bien—le contesté,—pero suponiendo que alguien venga, yo no tengo el anillo.

—¡Ah, sí! Aquí lo tiene usted—me replicó, entregándome una sortija de oro.—Este hará sus veces. Es casi un facsímil.

—¿Y quién supone usted que acudirá atraído por el aviso?

—¡Cómo! El individuo del sobretodo oscuro, nuestro rubicundo amigo de los botines cuadrados; y si no viene él mismo, mandará a algún cómplice suyo.

—¿No le parecerá que corre un peligro muy grande?

—De ninguna manera. Si mi opinión sobre el asunto es correcta (y tengo toda clase de razones para creer que lo es), el hombre preferirá afrontar cualquier riesgo a perder el anillo. Según la manera cómo yo he reconstruido la escena, el anillo se le cayó en un momento en que, inclinado sobre el cadáver de Drebber, lo miraba con tanta atención, que no se fijó en la pérdida. Antes de llegar a su casa la notó, y en el acto volvió precipitadamente, pero ya encontró a la policía en posesión del terreno, por culpa exclusivamente suya, por su distracción, al dejar encendida la vela. Sorprendido, tuvo que fingirse ebrio para desviar las sospechas que podría haber despertado su presencia en la verja. Ahora, póngase usted en su lugar. Reflexionando sobre lo ocurrido, ha de haberle parecido posible que el anillo se le cayera en la calle cuando salió de la casa. ¿Y qué ha hecho entonces? Buscar ansiosamente los diarios de la tarde, con la esperanza de ver si su anillo estaba entre los objetos encontrados. Han debido encandilársele los ojos a la vista de mi aviso. ¡Qué placer tan grande! ¿Qué razón hay para que tema un lazo? La idea de que el hallazgo del anillo tenga relación con el asesinato no cabe en sus previsiones.

Ya verá usted cómo viene. Seguro que va a venir. No pasará una hora sin que lo vea usted aquí.

—¿Y, entonces?—le pregunté.

—¡Oh! Puede dejármelo a mi cargo. ¿Tiene usted alguna arma?

—Conservo mi revólver de campaña y algunas cápsulas.

—Pues límpielo usted y cárguelo. Nuestro hombre debe estar dispuesto a todo, y aunque mi propósito es tomarlo desprevenido, lo mejor es que estemos preparados para cualquier emergencia.

Fui a mi dormitorio y seguí su consejo, y cuando volví con el revólver al salón, el mantel había sido quitado ya, y Holmes estaba entregado a su ocupación favorita de rascar el violín.

—La cosa toma cuerpo—me dijo al verme entrar.—Acabo de recibir la respuesta al telegrama que despaché para América. Mi opinión sobre el caso era exacta.

—¿Y esa opinión es?—le pregunté ansiosamente.

—Este violín estaría mejor poniéndole cuerdas nuevas—fue su respuesta.—Guárdese usted su revólver en el bolsillo. Cuando el sujeto venga, háblele como si nada supiéramos, y déjeme a mí lo demás. No vaya usted a alarmarlo mirándolo muy fijamente o haciendo algo por el estilo.

—Ya son las ocho—dije, mirando mi reloj.

—Sí, y no pasarán muchos minutos antes de que llegue. Abra usted un poco la puerta, así. Ahora ponga usted la llave por adentro. Gracias. Mire usted este librito tan viejo y tan raro que pesqué ayer en una librería ambulante: *De Jure inter Gentes*, publicado en latín en Lieja, en los Países Bajos, el año 1642. La cabeza de Carlos I estaba todavía firme sobre sus hombros en el momento de salir a luz este pequeño volumen.

—¿Quién es el editor?

—Philippe de Croy. ¿Quién va a ser? En la carátula está escrito: «Ex libris Gulielmi Whyte,» en tinta ya casi borrada. Supongo que este era algún abogado pragmatical del siglo XVII. Su letra tiene cierto aspecto legal. Creo que aquí viene nuestro hombre.

La campanilla sonó con fuerza en ese momento. Sherlock Holmes se levantó sin hacer ruido, y puso su silla en dirección a la puerta. Oímos los pasos de la criada en el vestíbulo, y el chirrido del cerrojo al descorrerlo.

—¿Vive aquí el doctor Watson?—preguntó una voz clara, pero dura.

La respuesta de la criada no llegó hasta nosotros, pero la puerta se cerró y alguien comenzó a subir la escalera. Los pasos eran inciertos y pesados, y mi compañero, al oírlos, no pudo ocultar su sorpresa. Fueron acercándose los pasos por el corredor, y alguien dio un golpecito en la puerta.

—¡Entre!—grité yo.

En vez del violento individuo que nosotros esperábamos, se deslizó en el cuarto una vieja muy vieja y arrugada. Parecía como deslumbrada por la luz de la habitación, y después de hacernos una cortesía, se quedó parada, mirándonos con ojos cansados y revolviendo en el bolsillo sus dedos nerviosos y huesudos.

No miré a mi compañero, y la expresión de desconsuelo que vi retratada en todas sus facciones era tan grande, que apenas pude contener la risa.

La arpía sacó un diario de la tarde y puso el dedo sobre nuestro aviso.

—Esto es lo que me ha hecho venir a molestarlo a usted, buen señor—dijo haciendo otra cortesía.—Un aro de matrimonio en la avenida Brixton. Es de mi hija Sally, que se casó hace apenas un año, y su marido es camarero en un vapor de la Unión; y ¡qué diría si al volver a casa la encontrara sin su anillo! No me atrevo siquiera a pensarlo, porque a veces le da por

ser muy malo, sobre todo cuando bebe. Va usted a ver. Mi hija fue anoche al Circo con…

—¿Es este el anillo?—le pregunté.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó la vieja.—Sally va a ser feliz esta noche. Este mismo es.

—¿Y cuál es la dirección de usted?—le pregunté tomando un lápiz.

—Calle Duncan, núm. 13, Houndsditch. Está muy lejos de aquí.

—La avenida Brixton no es camino para ir de Houndsditch a ningún circo—dijo Holmes en tono breve.

La vieja se volvió y clavó en él sus ojitos ribeteados de rojo.

—El señor me ha preguntado *mi* dirección—observó.—Mi hija Sally vive en casa amueblada, en la plaza Mayfiel, núm. 3, Peckham.

—¿Y usted se llama?

—Yo me llamo Sawyer, y el apellido del marido de Sally es Dennis: se llama Tom Dennis y es un joven vivo, y muy limpio también mientras está a bordo; y la compañía lo prefiere a todos los otros camareros. Pero cuando baja a tierra, entre las mujeres y el licor…

—Tome usted su anillo, señora Sawyer—la interrumpí, obedeciendo a un gesto de mi compañero.—Estoy convencido de que pertenece a la hija de usted y tengo gusto de restituirlo a su legítimo dueño.

La vieja se guardó el aro en el bolsillo, y después de hacer mil protestas de gratitud y bendecirme por mi bondad, salió del cuarto y comenzó a bajar las escaleras.

Sherlock Holmes se paró de un salto y corrió a su cuarto, volviendo al instante, envuelto en un largo sobretodo y con una bufanda en el cuello.

—Me voy detrás de ella—dijo precipitadamente.—Debe ser cómplice del otro, y siguiéndola voy a dar con él. Espéreme usted aquí.

La puerta de la casa acababa de cerrarse detrás de la vieja, cuando ya Sherlock Holmes estaba abajo de la escalera. Miré por la ventana, y los vi por la acera de enfrente, ella andando con débil paso, y él siguiéndola a alguna distancia.

—O su teoría es falsa, de principio a fin—me puse a pensar, —o en esta excursión va a llegar al corazón mismo del misterio.

Holmes no tenía necesidad de haberme encargado que lo esperase, pues mi estado era tal, que el sueño no existía para mí hasta saber el resultado de la persecución.

Cuando mi amigo salió detrás de la vieja acababan de dar las nueve, y yo no tenía idea de lo que podría tardar en volver; pero no me moví de mi sillón, y seguí fumando mi pipa y hojeando la *Vie de Bohème*, de Henri Murger.

Dieron las diez, y las pisadas de la criada me indicaron que esta iba a acostarse. Las once, y los pasos más graves de la patrona sonaron delante de mi puerta, en la misma dirección.

Las doce iban a ser ya cuando oí el ruido de la llave en la cerradura. En el mismo instante en que Holmes se presentó en el salón, le conocí en la cara que no había conseguido su objeto. La risa y la pena parecían luchar en su interior hasta que la primera triunfó por fin, y mi amigo rompió a reír ruidosamente.

—No les contaría a los de Scotland Yard lo que me ha pasado, ni por todo el oro del mundo—exclamó, dejándose caer en su sillón.—Me he burlado tanto de ellos, que si consiguieran agarrarme una vez, nunca acabarían de reírse de mí. Yo, sí, puedo reírme de ellos, porque sé que siempre, a la corta o a la larga, los dejo atrás.

—Pero, ¿qué hay?—le pregunté.

—¡Oh! No crea usted que voy a ocultarle la historia porque es en contra mía. La simpática criatura se había apenas alejado de aquí unos cuantos pasos, cuando empezó a dar señales de tener los pies muy doloridos. De pronto, se detuvo y llamó un coche. Yo me había arreglado de una manera de ponerme bien cerca de ella para oír bien la dirección; pero la precaución fue inútil, pues la vieja gritó como para que la oyeran desde la otra acera: «Vamos a la calle Duncan, núm. 13, Houndsditch.»—Esto comienza a parecer cierto—pensé,—y cuando la vi entrar en el coche, yo me colgué de la puerta trasera de este; un buen *detective* debe ser experto en este arte.

Seguimos y seguimos, sin que el cochero acortara el paso hasta que llegamos a la calle indicada. Yo salté al suelo un poco antes del número 13, y seguí a pie, haciéndome el distraído. El carruaje se detuvo, el cochero bajó de un salto del pescante, abrió la portezuela, y… nadie salió. Cuando yo llegué, el cochero manoteaba con frenesí delante de su vehículo vacío y soltaba por la boca la más horrorosa colección de maldiciones y suciedades que en mi vida he oído.

La viejecita no había dejado el menor rastro de su persona, y temo que pase algún tiempo de que el automedonte perciba la remuneración de su trabajo. Pregunté en el núm. 13 y supe que allí vivía un honrado empapelador llamado Kenvich, y que nunca habían oído, él ni nadie de la casa, pronunciar el nombre de Sawyer o Dennis.

—¿Quiere usted decir—exclamé yo asombrado,—que aquella vieja temblorosa y enclenque pudo tirarse afuera del coche cuando este iba corriendo, sin que usted ni el cochero la vieran?

—¡Váyase la vieja al diablo!—replicó Holmes con cólera.—Usted y yo hemos sido las verdaderas viejas al dejarnos engañar por un farsante. La vieja era un hombre, y bastante joven y ágil, y, además, un buen actor. El disfraz era inimitable. Cuando vio que yo lo seguía, se valió de un medio hábil para burlar mi persecución. Esto prueba que el sujeto que nosotros bus-

camos, no se encuentra tan aislado como yo me imaginaba, pues tiene amigos dispuestos a arriesgar algo por él. Y ahora, doctor, siga usted mi consejo. Váyase a dormir, porque está muy cansado.

De veras que lo estaba; así fue que obedecí la orden, dejando a Holmes sentado delante del fuego. Varias veces, en las altas horas de la noche oí los melancólicos y leves acordes del violín, y comprendí que mi amigo seguía cavilando sobre el problema que se había propuesto resolver.

VI. Tomás Gregson demuestra lo que es capaz de hacer

Los periódicos del día siguiente estaban llenos del «Misterio de Brixton», título que daban al asunto. Cada uno contenía un largo relato del hecho, y algunos le agregaban comentarios. Leyéndolos, encontré algunos pormenores que me eran desconocidos. Todavía conservo en mi álbum de recortes algunos que tomé ese día. Voy a condensarlos aquí:

El *Daily Telegraph* decía que rara vez se podría encontrar en la historia del crimen una tragedia que representase fases más extrañas. El nombre alemán de la víctima, la ausencia de motivos visibles y la siniestra inscripción de la pared, indicaban que los criminales eran refugiados políticos y revolucionarios. Los socialistas tenían muchos afiliados en América, y no cabía duda de que el asesinado había sido castigado como infractor de sus leyes no escritas. Después de recordar pedantescamente a los *Femgerichte*,[1] el agua tofana, a los carbonarios, a la Marquesa de Brinvilliers, la teoría darwiniana, los principios de Malthus y los asesinatos de Ratcliff, concluía el articulista amonestando al Gobierno y recomendándole una vigilancia más estrecha sobre los extranjeros.

El *Standard* se extendía sobre el hecho de que los más odiosos crímenes e infracciones de la ley ocurrían por lo general

durante la administración del partido liberal. Su origen estaba en la inquietud de ánimo de las masas y en el consiguiente debilitamiento de todo principio de autoridad. La víctima era un caballero norteamericano, residente en la metrópoli desde algunas semanas antes. Se había alojado en la casa de huéspedes de madame Charpentier, en Torquay Terrace, barrio de Chambervell. Estaba acompañado por su secretario, el señor Joseph Stangerson. Ambos se despidieron de la señora Charpentier el martes 14, y se dirigieron a la estación Euston, diciendo que iban a tomar el expreso para Liverpool. Se les había visto juntos en el andén de la estación, y, después, nada se había sabido de ellos, hasta el hallazgo del cadáver de Drebber en una casa vacía de la avenida Brixton, a algunas millas de la estación de Euston. Cómo fue a dar allí y encontró la muerte, eran cuestiones todavía envueltas en el misterio. Nada se sabía del paradero de Stangerson.

> Hemos tenido el gusto de saber—concluía el articulista,—que los señores Lestrade y Gregson, de Scotland Yard tienen a su cargo el asunto, y desde ahora estamos seguros de que los dos reputados *detectives* sabrán en breve arrojar luz sobre este misterio.

Para el *Daily News* era indudable que se trataba de un crimen político. El despotismo de los Gobiernos del continente y su aversión al liberalismo, habían arrojado a nuestras playas a un gran número de personas que podrían haber sido excelentes ciudadanos sin los resentimientos que guardaban por las injusticias de que eran objeto. Un Código de honor muy estricto regía entre esos hombres, y cualquier infracción era castigada con la muerte. Parecía indispensable encontrar al secretario Stangerson, para que diera datos sobre las costumbres de la víctima. Un gran paso se había dado en el descubrimiento de la dirección de la casa en que Drebber había estado viviendo, gracias a la perspicacia y actividad del señor Gregson, de Scotland Yard.

Mi amigo y yo leímos todo esto mientras nos desayunábamos, y él se divirtió mucho con la lectura.

—Ya le había dicho a usted que Gregson y Lestrade no dejarían de ser felicitados, sucediera lo que sucediera.

—Eso depende del giro que tomen los acontecimientos.

—¡Oh! No tenga usted cuidado, que ese no es un inconveniente. Si el hombre cae, caerá a consecuencia de sus pesquisas; y si no cae, será a despecho de sus pesquisas. Hagan lo que hagan, no les faltarán admiradores. *Un sot trouve toujours un plus sot qui l'admire.*

—¿Qué diablos es eso?—exclamé oyendo el ruido de numerosas pisadas en el vestíbulo y en la escalera, acompañado de claras expresiones del disgusto que experimentaba la patrona de la casa.

—Es la división de la fuerza de *detectives* perteneciente a la calle Baker—me contestó con gravedad mi compañero; y en ese mismo instante se precipitaban en el cuarto media docena de pilluelos de los más sucios y harapientos que jamás habían visto mis ojos.

—¡Atención!—gritó Holmes, en breve tono,—y los seis inmundos pilletes se alinearon y quedaron inmóviles como estatuas.—Wiggins debe venir solo en adelante a dar parte de lo ocurrido y ustedes se quedarán en la calle. ¿Han encontrado, Wiggins?

—No señor, nada—contestó uno de los seis.

—Difícilmente lo esperaba. Sigan buscando hasta que encuentren. Aquí tienen su salario—y a cada uno le dio veinte centavos.—Ahora, largo de aquí, y tráiganse la próxima vez un informe mejor.

Les hizo un ademán con la mano, y los seis se echaron escaleras abajo como seis ratas. Sus atipladas voces se alejaban por las calles un momento después.

—Mejores servicios puede prestar uno de esos pequeños mendigos que media docena de agentes de policía—observó Holmes.—La simple vista de alguien que tenga trazas de funcionario, sella los labios de la gente, mientras que los muchachos van por todas partes y lo oyen todo. Y cada uno de estos es fino como una aguja; lo único que necesitan es organización.

—¿Los está usted utilizando para el asunto de Brixton?

—Sí. Hay un punto que deseo aclarar, y esto es solo cuestión de tiempo. ¡Hola! Vamos a oír alguna nueva historia, con sus ribetes de venganza. Allí viene Gregson por la calle, con la bondad escrita en cada una de sus facciones. Seguro que viene acá… Sí, ya se paró… ¡Aquí está!

Tocaron violentamente la campanilla y el rubio *detective* subía un momento después los escalones de tres en tres y hacía irrupción en la sala.

—¡Querido amigo!—exclamó, sacudiendo la mano de Holmes, que no participó del entusiasmo.—¡Felicíteme usted! He puesto el asunto tan en claro como el día, desde el principio hasta el fin.

Me pareció que una sombra de ansiedad nublaba por un segundo el expresivo rostro de mi compañero.

—¿Quiere usted decir que ha encontrado la verdadera pista? —le preguntó.

—¿La verdadera pista? ¡No, señor! ¡Tenemos ya al hombre bajo llave y cerrojo!

—¿Y cómo se llama?

—Arturo Charpentier, subteniente en la marina de Su Majestad—exclamó pomposamente Gregson, restregándose las abultadas manos e inflando el pecho.

Sherlock Holmes soltó un suspiro de alivio y sonrió.

—Siéntese usted y pruebe uno de estos cigarros—dijo.—Mucho deseamos mi compañero y yo saber cómo ha conseguido usted tanto. ¿Toma usted un poco de whisky con agua?

—Con mucho gusto—contestó el *detective*.—La tremenda actividad que he tenido que desplegar desde ayer me ha aniquilado. Actividad mental ¿sabe usted? más que corporal. Usted se dará cuenta de esto, señor Sherlock Holmes, porque ambos somos «trabajadores con el cerebro».

—Usted me honra demasiado—dijo Holmes gravemente.—Cuéntenos usted la manera cómo ha llegado a tan satisfactorio resultado.

El *detective* se sentó en el sillón y chupó con placer su cigarro. De improviso, en el paroxismo del gozo, se dio una palmada en el muslo.

—Lo divertido—exclamó—es que ese tonto de Lestrade, que se cree muy vivo, se ha lanzado detrás de una pista falsa. Está empeñado en perseguir al secretario Stangerson, que tiene tanto que ver en el crimen como un niño que no ha nacido todavía. En este momento ya debe haberle echado el guante.

Esta idea era tan grata para Gregson, que casi dio lugar a que la risa le ahogara.

—¿Y cómo dio usted con la clave?

—¡Ah! Voy a decírselo a usted. Por supuesto, doctor Watson, que esto quedará estrictamente entre nosotros. La primera dificultad con que teníamos que luchar, era la manera de procurarse los antecedentes del muerto en América. Algunas personas habrían esperado la respuesta a sus avisos en los diarios, o a que alguien se presentase espontáneamente a dar informes; pero esa no es la manera de trabajar de Tobías Gregson. ¿Recuerda usted el sombrero que estaba al lado del cadáver?

—Sí—dijo Holmes;—fabricante: John Underwood e hijos, 129, avenida Camberwell.

Gregson lo miró con inquietud.

—No tenía idea de que usted se hubiera fijado en la dirección—contestó.—¿Ha estado usted en la sombrerería?

—No.

—¡Ah!—exclamó Gregson con alegría.—No hay que desperdiciar jamás una sola oportunidad, por pequeña que esta sea.

—Nada es pequeño para un gran cerebro—observó sentenciosamente Holmes.

—Bueno. Fui a ver a Underwood y le pregunté si había vendido un sombrero de tal tamaño y de tales señas, y después de consultar sus libros me dijo que sí; lo había enviado al señor Drebber, residente en la casa de huéspedes de Charpentier, en Torquay Terrace. De esa manera obtuve la dirección.

—¡Hábil, muy hábil!—murmuró Sherlock Holmes.

—En seguida me fui a ver a madame Charpentier—contestó el *detective*.—Estaba muy pálida y desconsolada. La acompañaba su hija, una muchacha de belleza poco común, que tenía enrojecidos los ojos; cuando yo le dirigí la palabra los labios le temblaban. Nada de eso se me escapó; en el instante comencé a sentir el olor de la rata. Usted sabe, señor Holmes, lo que se siente cuando se encuentra el rastro; una especie de sacudimiento nervioso.

¿Han sabido ustedes algo de la misteriosa muerte de un caballero que estuvo alojado aquí, el señor Enoch J. Drebber, de Cleveland?—les pregunté.

La madre afirmó con un movimiento de cabeza. Parecía imposibilitada de hablar. La hija rompió a llorar. Yo me convencí más y más de que aquella gente sabía algo del asunto.

—¿A qué hora salió el señor Drebber de aquí para la estación?—seguí preguntando.

—A las ocho—contestó, poniéndose la mano en la garganta, como para dominar su agitación.—Su secretario, el

señor Stangerson, nos dijo que había dos trenes, uno a las 9,15 y otro a las 11, y que iban a tomar el primero.

—¿Y desde ese momento no los ha vuelto usted a ver?

Un terrible cambio se produjo en el rostro de la señora al hacer yo esta nueva pregunta. Se puso lívida, y pasaron varios segundos antes de que pudiera pronunciar la palabra «sí», que fue emitida en tono ahogado y nada natural.

Siguió un corto silencio, al cabo del cual habló la hija con voz clara y tranquila:

—Nada bueno puede resultar de la mentira, madre. Seamos francas con el señor. Sí; nosotras hemos visto al señor Drebber después.

—¡Dios te perdone!—gimió madame Charpentier, alzando las manos y dejándose caer en una silla.—Acabas de asesinar a tu hermano.

—Si Arturo estuviera aquí, habría dicho la verdad antes que nosotras—contestó con firmeza la joven.

—Ahora, lo mejor es que me lo digan ustedes todo—repuse yo.—Nada hay peor que las medias revelaciones. Y, además, ustedes no saben hasta qué punto estoy yo al corriente de lo ocurrido.

—¡Caiga esto sobre tu cabeza, Alicia!—exclamó la madre; y luego, volviéndose hacia mí:—Voy a decirle a usted la verdad completa, señor. No se imagine usted que la agitación que me causa la suerte de mi hijo, provenga del temor que pueda abrigar de que esté comprometido en un crimen tan horrible. Mi hijo es inocente, señor; pero, sin embargo, temo que aparezca sospechoso a los ojos de usted y de los demás. Bien sé yo que es imposible que mi hijo sea criminal. Su carácter, su profesión, sus antecedentes, le impedirían cometer un delito.

—La mejor defensa que puede usted hacer de él, es referirme exactamente los hechos—le contesté.—De que

usted diga solo la verdad depende todo; y si su hijo es inocente, tanto mejor.

—Alicia, conviene que nos dejes solos—dijo la señora; y su hija se retiró.—Ahora, señor, le diré a usted con franqueza que yo no tenía la menor intención de confesar nada; pero mi hija me ha obligado a hablar, y una vez decidida a romper el silencio, no omitiré el menor detalle.

—Es lo que conviene a usted—le dije.

—El señor Drebber ha vivido aquí cerca de tres semanas. Vino del continente, donde había estado viajando con su secretario, el señor Stangerson. Los baúles tenían pegada una etiqueta «Copenhague», que me hizo comprender que esa ciudad fue la última en que se detuvieron al venir a Londres. Stangerson es un caballero serio y de costumbres moderadas; pero siento mucho decir que su patrón era otra cosa.

Vicioso y brutal en sus maneras, desde la noche de su llegada se embriagó hasta más no poder. Era imposible verlo en su razón después de mediodía. A las criadas las trataba con una libertad y grosería repugnantes, y lo peor fue que pronto asumió la misma actitud hacia mi hija: más de una vez le habló en términos que, felizmente, su inocencia le impedía entender. Una vez la tomó en sus brazos y la besó, y por este abuso lo reconvino su mismo secretario.

—Pero, ¿por qué soportaba usted eso?—le pregunté.—Supongo que usted tenía el derecho de deshacerse de sus inquilinos en cualquier momento.

—La señora Charpentier se ruborizó al oír mi pregunta.

—¡Ojalá me hubiera decidido a despedirlo el mismo día que entró en esta casa!—me contestó.—Pero la atención era muy grande. Me pagaban cinco pesos cada uno, setenta pesos a la semana, ahora, en la estación muerta. Soy viuda, y la entrada de mi hijo en la marina me ha costado

mucho. Me daba pena perder ese dinero, y hacía lo posible por evitarlo. Sin embargo, llegó el momento en que no pude menos que notificar a Drebber que se marchaba. Esta fue la causa de su partida.

—¿Cómo?

—¡Ah! Cuando lo vi alejarse en el coche, se me quitó un peso de encima del corazón. Mi hijo está ahora con licencia y vive en casa, pero no había querido decirle lo que pasaba, porque su carácter es muy violento y quiere mucho a su hermana. Cuando hube cerrado la puerta detrás de ellos, me pareció despertar de una pesadilla. Pero ¡ay! todavía no había pasado una hora, cuando tocaba la campanilla, y me anunciaron que el señor Drebber había vuelto. Estaba más ebrio que nunca. Entró a la fuerza en el cuarto donde nos encontrábamos mi hija y yo, y dijo algo incoherente respecto a su llegada tarde a la estación. En seguida dirigió la palabra a Alicia, y sin preocuparse de mi presencia, le propuso que se fuera con él.—«Usted tiene edad para hacer lo que quiera—le dijo,—y no hay ley que pueda impedírselo. Tengo dinero de sobra. No le haga usted caso a esta vieja, y véngase conmigo ahora mismo. Vivirá usted como una princesa.»—La pobre Alicia se asustó tanto, que se levantó y quiso correr, pero él la tomó por un brazo y trató de sacarla de la habitación. Yo comencé a gritar, y el ruido atrajo a mi hijo Arturo. Lo que pasó entonces no lo sé, pues estaba demasiado asustada para alzar la cabeza. Oí voces, interjecciones, y el ruido de una lucha cuerpo a cuerpo. Cuando me decidí, por fin, a mirar, vi a Arturo parado en la puerta, riéndose y con un bastón en la mano.—«No creo que este sujeto venga a molestarnos otra vez—dijo.—Pero voy a seguirlo, para ver lo que hace.»—Tomó su sombrero y salió a la calle. A la mañana siguiente leíamos la noticia de la misteriosa muerte del señor Drebber.

Este relato salió de la boca de la señora Charpentier entre muchos sollozos y pausas; a veces hablaba en voz tan

baja, que me era difícil oír sus palabras. Yo iba tomando apuntes, taquigráficamente, de lo que decía, para que no hubiera lugar a error.

—El asunto es, en extremo, interesante—dijo Sherlock Holmes; y al mismo tiempo bostezó.

—¿Y, después?

Cuando la señora Charpentier cesó de hablar—continuó el *detective*,—comprendí que la cuestión entera dependía de un solo punto; y mirando a la señora de cierta manera que siempre me ha producido buen resultado al interrogar a una mujer, le pregunté a qué hora había regresado su hijo a la casa.

—No sé—me contestó.

—¿No sabe usted?

—No, porque tiene una llave de la puerta para que no haya necesidad de esperarlo.

—¿Usted se acostó antes de que llegara?

—Sí.

—¿A qué hora se acostó usted?

—Como a las once.

—De manera que su hijo estuvo fuera por lo menos dos horas.

—Sí.

—¿Tal vez cuatro o cinco?

—Sí.

—¿Y qué hizo durante ese tiempo?

—No lo sé—me contestó la señora, poniéndose densamente pálida.

—Por supuesto que después no me quedaba más que una cosa que hacer. Averiguar dónde podría encontrar al teniente Charpentier; tomé dos hombres de la policía, fui y lo arresté. Cuando le toqué en el hombro y le notifiqué que debía seguir con nosotros sin resistencia, me contestó, frío como el bronce:—«Supongo que ustedes me arrestan por la muerte de ese bandido de Drebber.»—Nosotros no le habíamos mencionado el asunto, de modo que su alusión era lo más sospechosa.

—Muy sospechosa—dijo Holmes.

—Todavía llevaba el grueso bastón que tenía cuando salió detrás de Drebber. Era un grueso garrote.

—¿De modo que cuál es la teoría de usted?

—Pues mi teoría es que Charpentier siguió a Drebber hasta la avenida de Brixton, y allí tuvieron un nuevo altercado, en el curso del cual Drebber recibió un garrotazo, probablemente en la boca del estómago, que lo mató sin dejar señales. Como llovía tanto, no había por allí nadie que presenciara la escena, y Charpentier arrastró el cadáver hasta la casa vacía. En cuanto a la vela, la sangre, la inscripción de la pared y el anillo, pueden ser otras tantas argucias para poner a la policía sobre una pista falsa.

—¡Muy bien!—confirmó Holmes, en tono alentador.—La verdad es, Gregson, que usted progresa. Todavía podemos hacer de usted algo útil.

—Me precio de haber manejado el asunto con bastante inteligencia—contestó con orgullo el *detective*, y prosiguió su relato:

> El joven ha declarado que después de haber seguido a Drebber durante un rato, este se fijó en él y entonces tomó un carruaje. De regreso a su casa, se encontró con un camarada de a bordo, y estuvieron paseándose juntos. Le preguntamos dónde vivía ese camarada, y no supo decírnoslo. En mi opinión, todos los pormenores de mi pesquisa se ajustan bien. Lo que me divierte es pensar en

Lestrade, que corre tras de un rastro falso. ¡Lo que llegue a sacar!... Pero ¡por Cristo! aquí está él mismo.

Era efectivamente Lestrade que, mientras Gregson hablaba, había subido la escalera, y en ese instante se presentaba en la puerta. Desde la primera mirada vimos que la seguridad y aplomo inseparables de su persona habían desaparecido. En su rostro se leía la turbación, y sus ropas, habitualmente irreprochables, estaban en desorden.

El objeto de su visita era, sin duda, consultar a solas a Sherlock Holmes, pues la presencia de su colega parecía contrariarlo. Se quedó parado en el centro de la habitación, dando vueltas nerviosamente a su sombrero y sin saber qué hacer.

—Es el caso más extraordinario—dijo por fin,—el asunto más incomprensible.

—¡Ah! ¿Le parece a usted?—gritó Gregson en triunfo.—Yo sabía ya que llegaría usted a esa conclusión. ¿Ha encontrado usted al secretario Stangerson?

—El secretario Joseph Stangerson—respondió Lestrade con grave acento,—ha sido asesinado esta mañana, más o menos a las seis, en el Hotel Halliday.

VII. Luz en la oscuridad

La noticia que Lestrade nos daba, era tan asombrosa e inesperada, que los tres nos sentimos aterrados. Gregson saltó de su sillón y volteó la copa con el resto del whisky con agua. Yo miré silenciosamente a Sherlock Holmes: tenía los labios apretados y los ojos casi ocultos bajo las arrugadas cejas.

—¡También Stangerson!—murmuró.—El asunto se complica.

—Ya estaba harto complicado—gruñó Lestrade, sentándose. —Pero me parece que he caído en una especie de consejo de guerra.

—¿Está usted… está usted seguro de lo que nos dice?—balbució Gregson.

—Vengo directamente del lugar del crimen—contestó Lestrade.—Yo he sido el primero en descubrir lo ocurrido.

—Gregson nos contaba su opinión sobre el asunto—observó Holmes.—¿Tiene usted inconveniente en decirnos lo que ha visto y ha hecho?

—Ninguno—contestó Lestrade.—Confieso que yo era de opinión de que Stangerson estaba complicado en la muerte de Drebber, y este nuevo descubrimiento me ha probado el completo engaño que padecía. Dominado por esa creencia, me puse a averiguar lo que había sido del secretario. En la estación Euston los habían visto a los dos juntos, como a las ocho y media de la noche del 3, y a las dos de la mañana aparecía el cadáver de Drebber en la avenida Brixton; la cuestión era, pues, saber lo que Stangerson había hecho desde las ocho y media hasta las dos, y adónde había ido por último a dar. Telegrafié a Liverpool sus señas, encargué se vigilaran los vapores que salían para América. En seguida fui recorriendo todos los hoteles y casas de huéspedes cercanas a Euston. Mi idea era que al separarse Drebber y su compañero por cualquier causa, el segundo debía naturalmente haber tomado alojamiento por esa noche en los alrededores, para poder estar temprano en la estación.

—Más probable era que se dieran cita en algún lugar—observó Holmes.

—Y así fue. Toda la noche la pasé en averiguaciones, y sin resultado alguno. Esta mañana volví desde muy temprano a mi tarea, y a las ocho llegaba al Hotel Halliday, en la calle Little George. A mi pregunta de si el señor Stangerson estaba alojado allí, me contestaron en el acto afirmativamente.

—Usted es sin duda el caballero que el señor Stangerson espera—me dijeron.—Hace dos días que está esperando a un señor.

—¿Y dónde está en este momento?—pregunté.

—Arriba. Está en cama. Anoche advirtió que lo despertasen a las nueve.

Era indudable que mi repentina aparición en el cuarto lo iba a impresionar fuertemente y a obligarle a decir algo que lo denunciase. El criado se ofreció a enseñarme la puerta del cuarto, que estaba en el segundo piso, al fin de un estrecho corredor.

Llegamos arriba. El sirviente me designó la puerta y ya iba a bajar otra vez, cuando vi algo que me hizo estremecer, a pesar de mis veinte años de servicios en la policía. Por debajo de la puerta salía un delgado chorro de sangre, que había atravesado el ancho del corredor e ido a formar una pequeña laguna al pie de la otra pared. Di un grito, y al oírlo acudió el criado. Al ver la sangre le faltó poco para desmayarse. La puerta estaba cerrada por adentro, pero los dos le apoyamos el hombro y la cerradura cedió.

La ventana del cuarto estaba abierta, y delante de ella yacía en desorden el cadáver de un hombre vestido con traje de dormir.

Estaba muerto, bien muerto, e indudablemente desde hacía varias horas, pues los miembros se hallaban rígidos y fríos. Lo volvimos para verle la cara, y el sirviente reconoció en el acto al mismo caballero que había tomado el cuarto con el nombre de Joseph Stangerson. La muerte había sido producida por una profunda herida hecha con un cuchillo en el costado izquierdo y que llegaba hasta el corazón. ¿Y qué creen ustedes que había encima del muerto?

El presentimiento de algo horroroso me crispó los nervios, aun antes de que Sherlock Holmes pudiera contestar.

—La palabra RACHE escrita con sangre—dijo este.

—Exactamente—afirmó Lestrade con voz ahogada; y todos permanecieron en silencio durante algunos momentos.

Los actos del desconocido asesino tenían algo de metódico e incomprensible, que hacía más horripilantes sus crímenes. Jamás en el campo de batalla sentí el pavor que me acometió en ese instante.

—Hay una persona que ha visto al criminal—continuó Lestrade.—Un lechero que entraba en el hotel, vio, al pasar por un callejón que conduce a la parte posterior del edificio, que una escala, ordinariamente echada contra el suelo en aquel sitio, había sido levantada y apoyada en una ventana del segundo piso, y que esta estaba abierta de par en par. Cuando ya había pasado, volvió la cabeza y vio que un hombre bajaba por la escalera. Su calma e indiferencia hicieron que el lechero lo tomara por un carpintero o albañil que arreglaba algo. Lo único que se le ocurrió al lechero, fue que la hora era demasiado temprana para trabajar.

La impresión que le ha quedado, es que el hombre era alto, tenía la cara muy colorada, y llevaba un largo gabán de color oscuro. Después de cometer el asesinato, debió permanecer algún rato en la habitación, pues en la jofaina encontramos el agua enrojecida en que se había lavado las manos, y en las sábanas las señales que había dejado al limpiar el cuchillo.

Al oír las señas del asesino, miré a Holmes; tan acordes estaban con las que él había calculado. Pero su cara no expresaba en ese momento ni orgullo ni satisfacción.

—¿Encontró usted algo en el cuarto, algo que pudiera indicar quién es el asesino?—preguntó.

—Nada. En el bolsillo de Stangerson estaba el portamonedas de Drebber, pero parece que esto era habitual, pues él siempre pagaba los gastos. Había cuatrocientos pesos. Nada había sido tocado, y cualesquiera que sean los móviles de estos dos extraordinarios crímenes, se puede asegurar que el robo no es

uno de ellos. El único papel que encontramos en los bolsillos de la víctima, fue un telegrama fechado en Cleveland hace como un mes y que decía: «J. H. está en Europa.» El telegrama no tenía firma.

—¿Y nada más encontró usted?—preguntó de nuevo Holmes.

—Nada de importancia. Sobre la cama había una novela que Stangerson leyó probablemente hasta que se durmió, y en una silla, al lado de la cama, estaba la pipa que había fumado después de acostarse. En la mesa había un vaso de agua, y en el antepecho de la ventana una cajita de las que venden con pomadas en las boticas: dentro de ella había dos píldoras.

Sherlock Holmes saltó de su silla con una exclamación de gozo.

—¡El último eslabón!—gritó entusiasmado.—¡Ya está completa mi teoría!

Los dos *detectives* lo miraron asombrados.

—Ahora tengo en mis manos—dijo,—con acento confiado, todos los hilos de esta enredada madeja. Todavía me faltan, naturalmente, algunos detalles; pero, estoy tan cierto de que conozco todos los hechos desde el momento en que Drebber se separó de Stangerson en la estación hasta el descubrimiento del cadáver de este último, como si los hubiera visto con mis ojos. Y voy a darles a ustedes una prueba de que no me engaño. ¿Podría usted conseguir estas píldoras?

—Aquí las tengo—contestó Lestrade, sacando del bolsillo una cajita blanca.—Recogí esta carta, el portamonedas y el telegrama, con el objeto de llevarlos a la estación de policía; pero, es una casualidad que hubiera traído las píldoras junto con el dinero y el documento, pues no les doy importancia ninguna.

—Démelas usted—dijo Holmes.—Doctor (volviéndose hacia mí), ¿estas píldoras son conocidas?

Nada tenían de tales. Eran pequeñas, redondas, de color gris perla, casi transparentes a la luz.

—Por su ligereza y transparencia me figuro que son solubles en el agua—observé.

—Ha acertado usted—contestó Holmes;—y ahora ¿quiere usted hacerme el favor de ir abajo y traerme a ese pobre diablo de perrito que está enfermo desde hace tanto tiempo y que la patrona pedía a usted ayer mismo que lo despachase al otro mundo?

Bajé la escalera, tomé el perro en mis brazos, y lo subí al cuarto. La respiración dificultosa y la apagada mirada del animalito indicaban que su fin no estaba lejano. No podía ser menos, pues en su blanco hocico se leía que el término medio ordinario de la existencia canina había pasado ya.

Puse el perro sobre la alfombra, y volví a sentarme.

—Ahora voy a cortar en dos una de estas píldoras—dijo Holmes, y sacando su cortaplumas ejecutó lo que decía.—Pongamos una mitad en la caja, pues puede servirnos más tarde, y la otra echémosla en este vaso, con una cucharadita de agua. Vean ustedes que nuestro amigo el doctor tenía razón: la píldora se disuelve con rapidez.

—Eso será muy interesante—respondió Lestrade en el tono ofendido de alguien que cree que se burlan de él.—Pero yo no veo qué puede tener que ver todo esto con la muerte del señor Stangerson.

—¡Paciencia, amigo, paciencia! A su tiempo notará usted que tiene que ver, y mucho. Ahora voy a poner un poco de leche para que la bebida sea agradable y para que el perro la trague sin perder tiempo.

Diciendo esto, vertió el contenido del vaso en un platillo, y puso este delante del perro, que lo tomó apresuradamente y hasta la última gota.

La seguridad que manifestaba Sherlock Holmes nos había convencido a los tres: todos permanecimos en silencio, observando atentamente el animal y esperando que la bebida le produjera un efecto rápido.

Pero no fue así. El perro seguía echado en la alfombra; muy encogido, respirando con mucho trabajo, pero ni mejor ni peor que antes.

Holmes había sacado su reloj, y a medida que los minutos pasaban sin ningún resultado, en su rostro iba apareciendo una creciente expresión de pesar y desencanto. Apretaba los labios, repicaba con los dedos sobre la mesa, y presentaba todos los síntomas de la mayor impaciencia. Su emoción era tan grande, que yo no pude menos que participar de su pena mientras que los dos *detectives* sonreían burlonamente, contentísimos del fracaso de mi compañero.

—No puede ser una coincidencia—exclamó por fin, levantándose violentamente, y poniéndose a pasear de extremo a extremo del cuarto.

—Es imposible que no se trate más que de una mera coincidencia. Las mismas píldoras que yo sospechaba habían causado la muerte de Drebber, aparecen ahora en la de Stangerson. Y sin embargo, no matan. ¿Qué puede significar esto? Yo no admito que la cadena entera de mis razonamientos resulte falsa. ¡Imposible! ¡Pero este inmundo perro no se muere!... ¡Ah! ¡Ya sé, ya sé!

Y dando un verdadero alarido de gozo, se precipitó sobre la cajita, cortó la otra píldora en dos, disolvió una de las mitades, puso la leche, y presentó la bebida al perro.

El animal parecía apenas haber tocado con la lengua el brebaje, cuando todos sus miembros se sacudieron en violenta convulsión, y en seguida se quedó tan inerte y rígido como si hubiera sido herido por el rayo.

Sherlock Holmes respiró con fuerza y se enjugó el sudor de la frente.

—Debía haber tenido más fe—dijo;—ya estoy en edad de saber que, cuando un hecho parece contrario a una larga serie de deducciones, el tropiezo prueba invariablemente que ese hecho es susceptible de otra interpretación. De las dos píldoras que había en la caja, la una contenía un mortal veneno, y la otra era enteramente inofensiva. Yo debí haberlo pensado desde antes de ver la caja.

Esto me pareció tan fuera de razón, que difícil me fue convencerme de que Holmes estaba en su cabal juicio. Pero, el cadáver del perro estaba allí para probar que la conjetura era exacta; y entonces me pareció que las nubes iban disipándose en mi mente, y comencé a tener una ligera y vaga percepción de la verdad.

—Todo esto les parece a ustedes extraño—continuó Holmes,—porque desde el principio se les escapó la importancia del único indicio de valor que se ofrecía a su vista. Yo tuve la suerte de fijarme en él y todo lo que ha ocurrido desde entonces, ha servido para confirmar mi original suposición y, naturalmente, sus consecuencias lógicas. De ahí que aquello que a ustedes los ha confundido y les ha hecho ver más y más oscuro el asunto, venía a aclararlo para mí y a dar fuerza a mis conclusiones. Es un error confundir lo extraño con el misterio. El crimen más común es con frecuencia el más misterioso, porque no presenta aspectos nuevos o especiales de que puedan sacarse conclusiones. Este asesinato habría sido infinitamente más difícil de investigar, si el cadáver hubiera sido encontrado en medio de la calle, sin las circunstancias sensacionales y excitantes que lo hacen tan notable. Estas extrañas circunstancias, lejos de hacer más difícil el caso, tienen, en realidad, la cualidad de facilitar su estudio.

El señor Gregson, que había escuchado el discurso con gran impaciencia, no pudo seguir conteniéndose.

—Mire usted, señor Sherlock Holmes—repuso.—Nosotros no tenemos inconveniente en reconocer la inteligencia de usted, y que usted procede según sus propios métodos: pero, así y

todo, lo que ahora necesitamos es algo más que prédicas y meras teorías. Se trata de aprehender a un hombre. Yo le he dicho a usted lo que pensaba, y parece que me equivocaba, pues el joven Charpentier no ha podido participar en el segundo crimen. Lestrade corría detrás de Stangerson, y también parece haberse equivocado. Usted ha echado sus redes por aquí y por allí, y demuestra saber más que nosotros dos; pero ha llegado el momento de que nos creamos con derecho para preguntarle hasta qué punto está impuesto usted de la verdad. ¿Podría usted darnos el nombre del asesino?

—Y yo no puedo dejar de decir que Gregson tiene razón, señor—observó Lestrade.—Uno y otro hemos tratado de descubrir la verdad, uno y otro hemos fracasado. Desde mi llegada aquí le he oído a usted más de una vez decir que ya tenía todas las pruebas necesarias para el caso. No es posible que usted quiera ocultárnoslas por más tiempo.

—Cualquier retardo en arrestar al asesino—observé yo,—puede darle tiempo a que cometa otra atrocidad.

Instado así por todos, Holmes parecía irresoluto. Seguía paseándose de un extremo a otro del cuarto, con la cabeza caída sobre el pecho y el entrecejo arrugado, como de costumbre, cuando estaba entregado a la meditación.

—No, no habrá ningún nuevo asesinato—dijo por fin, deteniéndose bruscamente y mirándonos a los tres.—Pueden ustedes desechar ese temor.

Me han preguntado ustedes si conozco el nombre del asesino. Sí, lo conozco; pero el simple hecho de conocerlo es insignificante, comparado con el poder de capturarlo, cosa que espero realizar muy pronto. Tengo confianza absoluta en llegar hasta el fin por medio de mis propios métodos; pero el asunto es de los más delicados, porque tenemos que habérnoslas con un individuo resuelto a todo y muy hábil, que cuenta además con la ayuda de otro tan inteligente como él, como ya lo he experimentado yo mismo. Mientras este hombre no tenga idea de que alguno sabe lo ocurrido, hay proba-

bilidades de aprehenderlo; pero, en el momento que concibiera la menor sospecha, cambiaría de nombre y en un instante desaparecería entre los cuatro millones de habitantes de esta gran ciudad.

Sin que esto signifique lastimar los sentimientos de ninguno de ustedes, tengo derecho a decir que considero a ese par de individuos capaces de vencer con su astucia al cuerpo de policía entero, y por eso no he solicitado la ayuda de ustedes.

Si fracaso, natural es que incurra en los reproches que merece esta omisión; pero, también para esto estoy preparado. Les prometo a ustedes comunicarles todo en el momento en que pueda hacerlo sin comprometer mi combinación.

Gregson y Lestrade parecían todo menos que satisfechos de esta promesa, y tampoco podían estarlo a la despreciativa alusión de Holmes a la policía. El primero se había ruborizado hasta la raíz de sus rubicundos cabellos y los ojos del otro chispeaban de curiosidad y resentimiento. Pero antes de que ninguno de los dos tuviera tiempo de hablar, oímos un golpe en la puerta, y el orador de la banda de pilletes, el joven Wiggins, introdujo en el cuarto su insignificante y poco decente persona.

—Con permiso, señor—dijo tocándose la gorra.—El cochero está abajo.

—¡Buen muchacho!—le dijo Holmes con cariño.—¿Por qué no usan esta marca en la Scotland Yard?—continuó sacando de un cajón de la mesa un par de esposas.—Vean qué bien funcionan los resortes. Se ajustan instantáneamente.

—Las antiguas son bastante buenas—murmuró Lestrade,—con tal de que encontremos al hombre para ponérselas.

—Muy bien, muy bien—dijo Holmes sonriéndose.—Ese cochero podría perfectamente ayudarme a cerrar mis baúles. Dígale usted que suba, Wiggins.

Mi sorpresa fue grande al oírle hablar de baúles, pues no me había dicho que iba a emprender un viaje.

Había en el cuarto un pequeño portamantas que Holmes sacó de su sitio y se puso a arreglarlo. Ocupadísimo estaba en esto, cuando el cochero apareció en la puerta.

—Venga usted a ayudarme a ajustar esta hebilla, cochero— le dijo Holmes poniendo la rodilla sobre el bulto y sin siquiera volver la cabeza.

El hombre avanzó con paso tardo y algo desconfiado se inclinó para prestar la ayuda que se le pedía, y en el mismo instante oímos un rápido chasquido, un choque de metal, y Sherlock Holmes se puso en pie de un salto.

—¡Señores!—exclamó; y los ojos le echaban chispas.—¡Les presento al señor Jefferson Hope el asesino de Enoch F. Drebber y Joseph Stangerson!

Todo eso ocurrió en un momento y con tanta rapidez, que yo no tuve siquiera tiempo de fijarme en los detalles. Conservo, sí, el recuerdo vívido de la triunfante expresión de Holmes y del tono estridente de su voz; así como recuerdo la cara iracunda y feroz con que el cochero miró las relucientes esposas, que parecían haberle aprisionado las muñecas como por obra de magia.

Durante uno o dos segundos, podría habérsenos tomado por un grupo de estatuas, pero el preso se desprendió de las manos de Holmes, lanzando un rugido inarticulado, y se precipitó hacia la ventana.

Vidrios y maderas volaron en pedazos; pero antes de que el cuerpo del fugitivo hubiera pasado enteramente al otro lado, Gregson, Lestrade y Holmes, saltaron sobre él como otros tantos perros de presa, y lo arrastraron hacia el medio del cuarto, donde comenzó entonces una terrible lucha.

Era tan vigoroso el hombre y estaba tan enfurecido, que a todos cuatro nos echaba lejos a cada rato de un golpe o de una sacudida. Parecía atacado de epilepsia: tan grande era su fuerza convulsiva. La cara y las manos se habían destrozado al pasar por los vidrios, pero la pérdida de sangre no disminuía

su resistencia. Solo cuando Lestrade consiguió agarrarlo del cuello de la camisa y casi estrangularlo, pareció convencerse de que estaba luchando en vano; pero, hasta que le atamos los pies con tanta solidez como las manos, no nos sentimos completamente seguros.

—Su mismo coche, que está abajo—dijo Sherlock Holmes,—va a servirnos para llevarlo a Scotland Yard. Y ahora, caballeros—continuó, sonriéndose amablemente,—ya hemos llegado al fin de nuestro pequeño misterio. Pueden preguntarme ustedes todo lo que gusten, pues ya no tengo motivo para negarme a contestarles.

Segunda parte

El país de los santos

I. En la gran llanura de álcali

En la parte central del continente norte-americano existe un árido y pavoroso desierto, que durante largos años ha servido de barrera contra el avance de la civilización.

Desde la Sierra Nevada hasta Nebraska, y desde el río Yellowstone por el Norte hasta el Colorado por el Sur, reinan la desolación y el silencio. La Naturaleza no es igual en toda la región, pues comprende montañas nevadas de gran elevación y valles oscuros profundos. Ríos impetuosos corren por las estrechas cañadas, y, enormes planicies cubiertas en el invierno por la nieve, están en verano grises de sales alcalinas.

Pero, si el terreno no es igual en todas partes, en todas ellas conserva un común aspecto inhospitalario, ingrato, miserable.

Esa tierra de la desesperación no tiene habitantes. Alguna partida Pawnees, o de Pies Negros, puede cruzarla una que otra vez en dirección a otros lugares; pero el más bravo entre los bravos se siente contento cuando pierde de vista esas áridas llanuras y se encuentra otra vez en las praderas verdes. La lagartija se desliza por entre las piedras, el buitre se cierne pesadamente en el espacio, y el zorro va errante por las oscuras quebradas, arrancando de entre las junturas de las piedras su mezquino alimento. Esos son los únicos seres vivientes en aquel desierto.

En ninguna parte del mundo puede haber una vista más desconsoladora que la de la falda norte de la Sierra Blanca. El ojo humano percibe, hasta donde puede abarcar, una llanura jamás interrumpida por una eminencia y toda cubierta de mantos enormes de sales alcalinas, a trechos interceptados por matorrales resecos. En el límite extremo del horizonte hay una larga cadena de montañas cuyos agudos picos están siempre coronados por la nieve. En esa porción del país no hay el menor signo de vida ni nada que pertenezca a la vida. Ni un solo pájaro cruza el acerado azul del cielo, nada se mueve en la tierra gris y sombría: el silencio es absoluto. Por más que se aguce el oído, nunca se llega a percibir en aquella tierra de la inmovilidad, ni la sombra de un sonido; silencioso, completo y abrumador silencio.

Hemos dicho que la llanura no presenta nada que pertenezca a la vida. La afirmación no es absoluta. Mirando de la Sierra Blanca se ve un camino que atraviesa el desierto y se pierde a la distancia, y este camino está surcado por ruedas y conserva impresas las huellas de numerosos pies humanos. Aquí y allá, blancos objetos brillan bajo el sol, destacándose en la sombría capa de álcali. ¡Aproximaos, examinadlos! Son huesos; los unos grandes y toscos, los otros más pequeños y delicados. Aquellos son huesos de animales, estos son huesos de hombre. En una extensión de mil quinientas millas el curso del ca-

mino está señalado por los restos de los que han caído intentando atravesarlo.

El cuatro de mayo de 1847, un solitario viajero contemplaba ese panorama; su aspecto era tal, que bien podría habérsele tomado por el genio o por el demonio de la región. Habría sido difícil decir si tenía cuarenta o sesenta años. El cutis de su rostro flaco y macilento, se pegaba a los huesos, moreno y apergaminado. Sus largos cabellos y su abundante barba, sembrados de canas, era una inextricable maraña. Los ojos, hundidos en el cráneo, brillaban con fulgor sobrenatural, y la mano con que empuñaba el rifle, parecía no tener más carne que la de un esqueleto. El hombre se apoyaba pesadamente en su arma como agobiado por el cansancio; pero su elevada estatura y sus abultados huesos indicaban una vigorosa naturaleza. En la demacración de sus facciones, en sus ropas, que pendían sueltas de los flacos miembros, se leía la causa de su aspecto senil y decrépito; ese hombre se moría, se moría de hambre y de sed.

Después de haber escudriñado penosamente en el fondo de la barranca, había subido a aquella pequeña eminencia con la vana esperanza de ver alguna señal de agua. La gran llanura de sal se extendía a su vista, limitada allá lejos por las abruptas montañas, y en ninguna dirección aparecía un indicio de plantas o árboles que supusieran la existencia de agua. Nada, ni un pequeño rayo de esperanza en el inmenso panorama. Miraba al Norte, al Este, al Oeste, con angustiosos y escrutadores ojos, y se convencía más y más de que el fin de su peregrinación se acercaba, de que la muerte iba a apoderarse de él, allí, en ese desierto espantoso.

—¿Y por qué no aquí, como podría ser dentro de veinte años, en un colchón de plumas?—murmuró el hombre; y se sentó en una piedra.

Antes de sentarse, depositó en el suelo su inútil fusil y también un gran bulto envuelto en una manta gris, que llevaba colgado del hombro. El atado era sin duda demasiado pesado

para sus fuerzas, pues, al bajarlo, lo dejó caer con alguna violencia. Del bulto gris salió un ligero grito y por una de sus aberturas asomaron una carita enflaquecida, iluminada por dos ojos oscuros y brillantes, y dos manos muy pequeñas.

—¡Me has golpeado!—dijo una voz infantil en tono de reproche.

—¿Te he golpeado, de veras? No lo he hecho de intento.

Y mientras contestaba, desataba el hombre la manta gris y sacaba de ella una linda niña de cinco años, más o menos; sus limpios zapatitos, su gracioso vestido rojo, y el fino delantalito, indicaban los recientes cuidados de una madre.

La niña estaba pálida y demacrada; pero sus brazos y piernas, todavía carnudos, denotaban que había sufrido menos que su compañero.

—¿Pero, qué tienes?—le preguntó él con ansiedad, viendo que seguía frotándose los hermosos y rubios rizos en la parte posterior de la cabeza.

—Bésalo para que sane—dijo la niña con perfecta gravedad, indicándole con el dedo el sitio que había sufrido el golpe.—Así hacía mamá. ¿Dónde está mamá?

—Se ha ido; pero va a volver pronto.

—¿Se ha ido, eh?—dijo la niña.—¡Qué curioso que no se despidiera! Cuando iba a ver a tía para tomar el té siempre se despedía; y ahora ya van tres días que se fue. Oye, ¡qué sed hace! ¿no? ¿No hay agua ni nada que comer?

—No, no hay nada, queridita. Vas a tener un poco más de paciencia y después te sentirás bien. Recuesta tu cabeza contra mí, así; y verás cómo te sientes mejor. No conviene que hables, porque tienes la boca seca como un cuero; pero creo que lo mejor será decirte la verdad. ¿Qué es eso?

—¡Cosas lindas, lindas!—gritó la niñita con entusiasmo, enseñándole dos brillantes fragmentos de mica.—Cuando volvamos a casa, se los daré a mi hermanito Bob.

—Pronto vas a ver cosas más lindas que esas—contestó el hombre en tono confiado.—No tienes más que esperar un poquito. Lo que quería decirte es que… ¿te acuerdas de cuando nos apartamos del río?

—¡Oh, sí!

—Bueno. Nosotros creíamos encontrar pronto otro río ¿sabes? Pero nos habíamos equivocado, las brújulas, el mapa o algo estaba mal, y no hemos encontrado el río. El agua se nos acabó. Apenas quedó una gota para que tú bebieras y… y…

—¡Y tú no podías lavarte!—le interrumpió su compañerita, gravemente, fijando los ojos en su demacrado rostro.

—No; ni beber. Y el señor Bender fue el primero en irse; y el indio Pete, y después la señora Mc. Gregor, y después Juanito Hones, y después, queridita, tu mamá.

—¡Entonces mamá también se ha muerto!—gimió la niña, escondiendo la cara en su delantal y llorando amargamente.

—Sí; todos han muerto, menos tú y yo. Después pensé que en esta dirección podía haber agua, y te cargué en hombros, y echamos por este lado. Pero parece que nada hemos ganado. ¡Muy pequeña es ya la esperanza que nos queda!

—¿Quiere decir que nosotros también vamos a morir?—preguntó la niña, conteniendo los sollozos y levantando la cara empapada en lágrimas.

—Poco falta, linda mía.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?—exclamó la pequeñuela, soltando alegremente la risa.—¡Me has dado un susto! ¡Vaya! ¡Pues si nos morimos, vamos a ver otra vez a mamá!

—Sí; vas a verla otra vez, querida.

—Y tú también. Yo le diré qué bueno has sido conmigo. Apuesto a que nos va a esperar en la puerta del cielo con una gran jarra de agua y con un montón de bizcochitos calientes y

tostaditos por los dos lados, como nos gustan a Bob y a mí. ¿Falta mucho todavía?

—No sé… no mucho.

El hombre tenía los ojos fijos en el horizonte por el lado del Norte, y por allí aparecieron, de improviso, tres pequeños puntos que fueron creciendo en tamaño a medida que se iban acercando. Muy pronto los tres puntos se convirtieron en tres grandes pájaros, que se pusieron a describir círculos por sobre las cabezas de los viajeros y fueron, por último, a posarse sobre una roca que dominaba el sitio donde estos se encontraban. Eran tres milanos, tres de esos buitres del Oeste, cuya presencia es el presagio de la muerte.

—¡Gallos y gallinas!—gritó la niña, señalando con el dedo las amenazadoras formas y batiendo las manos para espantarlas.—Di, ¿este país ha sido hecho por Dios?

—Sí; este también lo ha hecho Él—contestó el hombre, sorprendido por la inesperada pregunta.

—Dios hizo la tierra del Illinois y Él también hizo el Missourí —continuó la criatura;—pero a mí me parece que este país de aquí debe haber sido hecho por algún otro, porque no veo que esté muy bien hecho. ¡Se han olvidado de poner agua y árboles!

—¿No te parece que sería bueno rezarle a Dios?—preguntó el hombre, desesperado ya.

—¡Pero, si todavía no es de noche!—replicó la niña.

—No importa. Esta no es tu costumbre, pero Dios no se enojará, puedes estar segura. Reza una de esas oraciones que rezabas en el carro todas las noches, cuando estábamos en la llanura.

—¿Y por qué no rezas tú también?—preguntó la niña con ojos interrogadores.

—Ya no me acuerdo de rezar. No he vuelto a decir una oración desde que estaba del alto de esta carabina. Pero nunca es

tarde. Reza tú en voz alta, y yo te seguiré y te haré coro.

—Pues entonces tienes que arrodillarte, y yo también—dijo la chica, tendiendo la manta en el suelo.—Alza tus dos manos así. Vas a ver qué bueno es rezar.

El espectáculo era extraño, pero no tenía más testigos que los tres milanos. Lado a lado estaban, de rodillas sobre la manta, la niña parlanchina e inocente, y el rudo y pecador aventurero.

La carita fresca de la niña y el enflaquecido anguloso rostro del hombre, se alzaban juntos hacia el nublado cielo, buscando amparo contra el ser temido con quien se encontraban cara a cara: y las dos voces—delgada y clara la una, profunda y bronca la otra—se unían para pedir gracia y perdón.

Terminó la plegaria, y ambos volvieron a sentarse a la sombra de la roca, hasta que la niña se quedó dormida, reclinada sobre el ancho pecho de su protector. Este veló su sueño durante un rato, pero, al fin, la Naturaleza venció. Tres días y tres noches hacía que no se daba un solo instante de reposo. Las pestañas fueron inclinándose poco a poco sobre los cansados ojos, y la cabeza, cayendo sobre el pecho hasta mezclarse la encanecida y revuelta barba del hombre con los dorados rizos de la niña; y ambos durmieron con el mismo sueño profundo y sin sobresaltos.

Con media hora más que se hubiera quedado despierto el aventurero, habría visto algo muy raro. Allá lejos, en el confín extremo de la llanura del álcali, se levantó una pequeña nube de polvo, muy ligera al principio y apenas visible a la distancia; pero, poco a poco, fue creciendo hasta formar una nube compacta y bien definida.

Ya se iba acercando y entonces fue evidente que no podía provenir sino de una multitud de cuerpos en movimiento. En un paraje más fértil, el observador habría pensado que era algún rebaño de bisontes; pero la suposición era imposible en un terreno tan árido.

A medida que el torbellino de polvo iba aproximándose al solitario montículo en que descansaban los dos viajeros extraviados, comenzaron a destacarse por entre la nube los toldos de tela de los carros y figuras de hombres armados y a caballo; era, sin duda, una gran caravana en viaje al Oeste.

¡Pero, qué caravana! La cabeza llegaba ya a la base de la colina, y todavía la cola no aparecía en el horizonte. La enorme planicie estaba cruzada de principio a fin por aquel extraño conjunto de coches y carros, de hombres a caballo y de hombres a pie. Innumerables mujeres, agobiadas bajo pesadas cargas, avanzaban también a pie, y numerosos niños trotaban al lado de los vehículos o asomaban la cabeza por entre los blancos toldos.

Aquello no podía ser una partida de inmigrantes, sino más bien algún pueblo nómada que se veía obligado por las circunstancias a buscar un nuevo país. Un confuso rumor de voces, mezclado con el chirrido de las ruedas y el piafar de los caballos, fue alzándose en el espacio. Pero ni ese estruendo fue suficiente para despertar a los dos viajeros perdidos.

A la cabeza de la columna cabalgaban una veintena de hombres graves, de color moreno, vestidos con trajes sombríos e iguales, y armados de carabinas. Al llegar al pie del montículo, hicieron alto y celebraron consejo.

—Los pozos están a la derecha, hermanos míos—dijo uno todo afeitado, de abultada boca y cabellos grises.

—Por la derecha de la Sierra Blanca llegaremos al Río Grande —dijo otro.

—No temáis la falta de agua—exclamó un tercero.—Aquel que pudo sacar agua de las peñas no abandonará a su pueblo predilecto.

—¡Amén! ¡Amén!—respondió la multitud.

Iban a continuar la marcha, cuando uno de los más jóvenes y de mejor vista, lanzó una exclamación y señaló con el dedo algo que había allá arriba. Una pequeña mancha roja se desta-

caba sobre el sombrío color de las peñas, en lo alto de la colina. A su vista hubo un confuso refrenar de caballos y desenfundar de carabinas, y numerosos jinetes avanzaron al galope a reforzar la vanguardia. La palabra «Pieles Rojas» corría de boca en boca.

—Si hay indios aquí, su número no puede ser muy grande—dijo el de más edad, que parecía ser el jefe.—Ya hemos pasado a los Pawnees, y hasta que crucemos las grandes montañas no encontraremos otra tribu.

—¿Quiere usted que vaya a ver, hermano Stangerson?—preguntó uno de la partida.

—¡Y yo! ¡Y yo!—gritaron una docena de voces.

—Dejen aquí sus caballos. Nosotros los esperaremos—contestó el Mayor.

Los jóvenes se apearon rápidamente, ataron sus caballos, y en seguida comenzaron a subir la escarpada falda, en dirección al objeto que había excitado su curiosidad.

Avanzaban con rapidez y sin ruido, con la confianza y destreza de los exploradores prácticos. Los que los observaban desde abajo, los vieron saltar de roca en roca y llegar a un punto en que ya sus cabezas se destacaban sobre el firmamento. El joven que había sido el primero en dar la voz de alarma, iba por delante, y sus compañeros lo vieron de pronto alzar los brazos, como embargado por el asombro. Corrieron a reunírsele, y todos sintieron la misma impresión ante el cuadro que se ofrecía a su vista.

En la pequeña meseta que coronaba el montículo, había una peña gigantesca, y contra ella estaba recostado un hombre de estatura elevada, de barba larga y facciones toscas: estaba excesivamente flaco. La placidez de su rostro y la regularidad de su respiración indicaban que dormía profundamente. A su lado estaba echada una pequeña criatura, los blancos y redondos bracitos abrazados de su curtido cuello, y la dorada cabeza descansando sobre su huesudo pecho. Las carnudas

piernecitas de la niña, calzadas con calcetines blancos y lindos zapatitos de brillante hebilla, ofrecían un extraño contraste con los largos y descarnados miembros de su compañero. En la cresta de la roca que dominaba este extraño grupo, estaban posados tres solemnes buitres, los que, a la vista de los recién venidos, lanzaron roncos gritos de despecho y se alejaron furiosos.

Los gritos de los pájaros los despertaron a los dos: ambos miraron en torno suyo con asombro. El hombre se paró de un salto y volvió los ojos hacia la llanura que al dormirse había dejado desierta y ahora se le presentaba poblada por esa enorme multitud de hombres y animales. Su rostro asumió una expresión de incredulidad. Se pasó la huesuda mano por los ojos y: «Esto es lo que llaman delirio»—murmuró.

La niña se levantó también, y se apretó contra él sin pronunciar palabra; pero mirando a un lado y otro con la curiosidad y asombro propios de su edad.

Los que iban a salvarlos pudieron convencerlos fácilmente de que su presencia no era una ilusión. Uno de ellos tomó a la niñita y se la sentó en el hombro, y otros dos ayudaron a su gigantesco compañero a bajar hasta el lugar donde estaban los vehículos.

—Yo me llamo Juan Ferrier—explicó el viajero extraviado.—Yo y esta criatura somos los únicos que hemos quedado de un grupo de veintiuno. Todos los demás han muerto de hambre y de sed allá por el lado del Sur.

—¿Esta niñita es hija suya?—le preguntó uno de ellos.

—Ya lo creo que ahora lo es—exclamó el otro, con acento de desconfianza.—Es mía porque yo la he salvado. No hay hombre que pueda quitármela. De hoy en adelante se llama Lucía Ferrier. Y ustedes, ¿quiénes son?—continuó, mirando con curiosidad los tostados rostros de sus robustos salvadores.—¡Parece que son muchos, ustedes!

—No menos de diez mil—contestó uno de los jóvenes.—Somos los perseguidos hijos de Dios,—los escogidos del ángel Merona.

—Nunca he oído hablar de él—observó el viajero;—pero parece que no ha escogido mal.

—No se burle usted de lo que es sagrado—dijo el otro severamente.—Nosotros somos de aquellos que creemos en las Sagradas Escrituras, grabadas en letras egipcias sobre planchas de oro batido, que fueron entregadas al Santo José Smith, en Palmira. Venimos de Navoo, del Estado de Illinois, donde hemos fundado nuestro templo. Venimos en busca de refugio contra el hombre violento y contra el impío, aun cuando lo tengamos que encontrarlo en el corazón del desierto.

El nombre de Navoo evocó evidentemente algún recuerdo en la mente de Juan Ferrier.

—Ya veo—les dijo,—que ustedes son los mormones.

—Sí; somos los mormones—contestaron todos a una voz.

—¿Y adónde van?

—No lo sabemos. La mano de Dios nos guía, en la persona de nuestro Profeta. Tiene usted que presentarse al Profeta, para que él diga lo que debemos hacer con ustedes.

En ese momento llegaban a la base del montículo, y se vieron rodeados por una multitud de peregrinos: mujeres pálidas y de aspecto sufrido; fuertes y risueñas muchachas y hombres en cuyos ojos brillaba el entusiasmo fanático.

Todos lanzaban gritos de asombro y conmiseración al ver a los dos viajeros extraviados, tan linda y pequeñuela la una, tan flaco y extenuado el otro. Pero los que los escoltaban no hicieron alto: se abrieron paso por entre la muchedumbre, y seguidos por ella, llegaron a un vehículo que se destacaba entre los demás por su gran tamaño y por su pomposo aspecto. Seis caballos lo tiraban mientras que los demás solo tenían dos o cuando mucho cuatro. Al lado del cochero estaba senta-

do un hombre que no podía tener más de treinta años, pero que en su levantada frente y resuelta expresión revelaba ser el jefe. Estaba leyendo un libro de pasta oscura, pero al acercarse la muchedumbre lo dejó a un lado y se puso a escuchar atentamente el relato del episodio. Luego se volvió hacia Ferrier y la niña.

—Nosotros no podemos aceptarlos a ustedes en nuestra compañía—dijo con voz solemne,—sino como creyentes en nuestro credo. No podemos admitir en nuestro rebaño una sola oveja extraña. Que vuestros huesos blanqueen mil veces en este desierto, antes de consentir en que vengáis como el fruto podrido a malear toda la cosecha. ¿Aceptáis nuestras condiciones?

—Me parece que hemos de aceptar cualquier cosa para salir de aquí—contestó Ferrier, con tal énfasis, que los graves Mayores no pudieron contener una sonrisa.—Solo el jefe conservó su expresión severa e imponente.

—Llévelos usted, hermano Stangerson—dijo,—y déles de comer y de beber. Encárguese también de enseñarles nuestro credo sagrado. Y ya nos hemos detenido más de lo que debíamos. ¡Adelante! ¡A Sión!

—¡A Sión! ¡A Sión!—gritó la muchedumbre de mormones y la frase corrió a lo largo de la inmensa caravana, pasando de boca en boca hasta perderse como un murmullo a lo lejos.

Chasquearon los látigos, crujieron las ruedas, el gran vehículo se puso en movimiento y la caravana siguió avanzando.

El Mayor encargado de cuidar y dirigir a los dos nuevos prosélitos, los condujo a su propio carro, donde ya los esperaba la comida.

—Este es el alojamiento de ustedes—les dijo.—En pocos días se repondrán ustedes de sus fatigas. Mientras tanto, recuerden que ahora y para siempre, pertenecen ustedes a

nuestra religión. Brigham Young lo ha dicho, hablando con la voz de José Smith, que es la voz de Dios.

II. La flor de Utah

No es este un lugar para consignar los trabajos y privaciones sufridos por los mormones hasta que llegaron a su etapa final. Desde las riberas del Mississipí hasta la vertiente occidental de las montañas Rocallosas, habían luchado con una constancia que casi no tenía paralelo en la historia. El hombre salvaje y la bestia feroz, el hambre, la sed, el cansancio, las enfermedades, todos los obstáculos que la Naturaleza podía colocar en su camino, habían sido vencidos con tenacidad anglosajona. Pero el largo viaje y ese cúmulo de pruebas habían conmovido hasta los corazones de los más fuertes, y no hubo uno que no cayera de rodillas rezando fervorosamente, al encontrarse en presencia del anchuroso valle de Utah, lleno de sol y de vida, y oír de los labios del jefe que esa era la tierra prometida, que aquellos terrenos vírgenes iban a ser por siempre suyos.

Young probó muy pronto ser tan hábil administrador como jefe enérgico. Hizo trazar mapas y preparar los planos de la futura ciudad. En torno del sitio que esta iba a ocupar se señalaron los terrenos para las granjas, que fueron adjudicados conforme a la importancia del individuo. Al comerciante se le dedicó a su comercio y al artesano a su oficio. Las calles de la ciudad brotaron como por obra de magia, y los campos fueron abiertos y arados, y la semilla cayó en los surcos, y en el próximo verano relucieron infinitas las doradas espigas de trigo.

Todo progresaba en la extraña colonia. Las paredes del templo que, situado en el centro de la ciudad, se alzaban altas y corpulentas sobre todos los demás edificios, y desde el primer albor de la mañana hasta que llegaban las sombras de la

noche, el golpe del martillo y el roce del badilejo no cesaban en el monumento que los inmigrantes erigían a Aquel que los había sacado sanos y salvos de tantos peligros.

Juan Ferrier y la pequeña niña que había participado de su fortuna, adoptada por él como su hija, acompañaron a los mormones hasta el término de su peregrinación.

La linda Lucía Ferrier era la alegría del carro de Stangerson el Mayor, alojamiento que compartía con las tres esposas del mormón y con el hijo de este, un robusto muchacho de doce años. Con la elasticidad propia de la niñez se repuso prontamente de la pena que le causaba la muerte de su madre; y desde el primer día fue la niña mimada de las tres mujeres, encontrándose por su parte muy contenta de su nueva vida dentro de aquella casa ambulante y con techo de lona.

Ferrier, restablecido de sus privaciones, se distinguió pronto como un útil guía e infatigable cazador. Con tanta rapidez ganó la estima de sus nuevos compañeros, que al llegar al término del viaje, fue unánime el acuerdo de que se le diera un lote de tierras tan grande y fértil como a cualquiera de los fundadores, con la sola excepción de Young, Stangerson, Kimbal, Johnston y Drebber, que eran los Mayores principales.

En la granja adquirida en esa forma construyó Juan Ferrier con sus propias manos, una cómoda casa, y fue agregándole habitaciones año por año hasta convertirla en una espaciosa villa. Era hombre de gran sentido práctico, hábil en sus planes y muy inteligente en las faenas manuales. Su robustez de hierro le permitía trabajar de la mañana a la noche en el cultivo y mejoramiento de sus tierras, de donde resultó que su granja y todo cuanto le pertenecía prosperase rápidamente. A los tres años estaba en mejores condiciones que cualquiera de sus vecinos, a los seis disponía de abundantes medios de trabajo, a los nueve era rico, y a los doce no había en toda la ciudad del Lago Salado media docena de personas que pudieran igualársele. El nombre más conocido en el inmenso territorio que separa las Montañas Wahsatch del mar, era el de Juan Ferrier.

Sus correligionarios lo miraban, sin embargo, con recelo, porque había un punto, uno solo, en que ofendía sus susceptibilidades: ningún argumento o persuasión podía inducirlo a dar entrada en su casa a las mujeres en la forma en que ellos lo hacían. Nunca explicó las razones de su persistente negativa, bastándole con sostener inflexible y resueltamente su resolución.

Algunos lo acusaban de repugnancia por la religión que había adoptado, y otros atribuían su decisión a la avaricia, al deseo de no incurrir en gastos. Otros también hablaban de la existencia de un amor antiguo, de una rubia muchacha dejada allá, en las playas del Atlántico. Fuere lo que fuere, Ferrier se mantenía en el más estricto celibato, conformándose en todo lo demás a la religión de la joven colonia, hasta el punto de que nadie le negaba la reputación de hombre ortodoxo y recto.

Lucía Ferrier fue creciendo en la casa de su padre adoptivo y ayudando a este en todos sus trabajos. El aire puro de las montañas y el balsámico olor de los pinos hicieron para ella las veces de nodriza y madre. A medida que pasaban los años iba ganando en tamaño y en robustez, y el color de sus mejillas era más rosado y su paso más elástico. Los transeuntes que pasaban por el camino a cuya orilla estaba la granja de Ferrier, sintieron revivir en su mente recuerdos adormecidos desde hacía tiempo, al verla esbelta y ágil, cruzando a pie los campos de trigo, o montada en el caballo de su padre, manejándolo con la destreza y la gracia de una verdadera hija del Oeste. Y así fue el botón convirtiéndose en flor, y el día que su padre llegó a ser el más rico de los agricultores, ella fue el espécimen más puro de la muchacha americana en toda la vertiente del Pacífico.

No fue el padre el primero en descubrir que la niña se había convertido en mujer. Rara vez sucede que el padre lo descubra, porque ese misterioso cambio es demasiado sutil y gradual para ser medido por fechas. La misma doncella no lo conoce hasta que el sonido de una voz y el contacto de una

mano le hace palpitar el corazón; entonces se da cuenta, con una mezcla de orgullo y temor, de que dentro de su ser se ha despertado una nueva naturaleza, más grande y vigorosa. Pocas serán las que no puedan recordar el pequeño incidente que marcó en ellas el principio de esa nueva vida. Para Lucía Ferrier la ocasión fue por sí misma bastante seria, por la influencia que tuvo en su destino y por otras muchas circunstancias.

Era una mañana de junio, y los Santos estaban tan ocupados como las abejas cuyo panal habían escogido para emblema. El mismo soplo de industria humana corría por la ciudad y por los campos. Por los polvorientos caminos desfilaban largas partidas de mulas cargadas, todas en dirección al Oeste, pues la fiebre del oro había estallado ya en California y el camino al Pacífico pasaba por la ciudad del Elegido. Rebaños de carneros y vacas llegaban de los terrenos de pastoreo y las caravanas de inmigrantes se sucedían sin interrupción: hombres y caballos cansados del interminable viaje.

Por entre ese abigarrado conjunto, abriéndose paso con la destreza de un consumado jinete, galopaba Lucía Ferrier, el blanco rostro encendido por el ejercicio y la larga cabellera castaña flotando sobre la espalda. Su padre la enviaba a la ciudad con unos encargos, y ella no se preocupaba de otra cosa que de cumplir su comisión, mientras hendía la multitud con una valentía de que ya había dado pruebas en ocasiones semejantes. Los aventureros, empolvados y jadeantes, la miraban con asombro, y hasta los indios, tan difíciles de conmover, abandonaban por un momento su habitual estoicismo para admirar la belleza de la doncella de cara blanca.

Ya estaba en los suburbios de la ciudad cuando se encontró con el camino obstruido por un gran rebaño de bueyes, conducido por media docena de ganaderos de las llanuras, de aspecto poco menos que salvaje. En su impaciencia trató de abrirse paso al través de la barrera, lanzando su caballo por entre el ganado.

Pero apenas había avanzado unos pasos, notó que las filas de animales iban apartándose detrás de ella, y pronto se vio enteramente presa en el agitado tropel, amenazada por los agudos cuernos. Acostumbrada como estaba a manejar ganado, no se alarmó de su situación, y trató de aprovechar todas las oportunidades para hacer que su caballo siguiera adelante, en la esperanza de poder atravesar ilesa el rebaño.

Desgraciadamente, uno de los animales, por casualidad o intencionalmente, dio una violenta cornada al caballo, que se encabritó enloquecido de dolor. Parándose en dos patas, comenzó a ir de un lado para otro y a dar saltos que habrían desmontado a un jinete menos diestro. La situación era peligrosísima, pues cada movimiento del caballo enfurecido lo arrojaba nuevamente sobre los cuernos de las vacas, y el dolor aumentaba su desesperación. Todo lo que la joven podía hacer era sostenerse en la silla, sabiendo que su caída significaba la muerte inmediata bajo las pezuñas de los aterrorizados animales.

Lucía no estaba habituada a hacer frente a emergencias tan peligrosas y repentinas; la cabeza comenzó a darle vueltas, y su mano iba aflojando poco a poco la brida. Sofocada por la nube de polvo que levantaban las bestias y por el vapor que despedían tantos cuerpos agitados, habría renunciado a todo esfuerzo, a no haber oído una voz que se le acercaba y le ofrecía ayuda. Una mano morena y robusta sujetó en el mismo instante al caballo por el freno, y guiándolo al través del rebaño, lo sacó hasta el espacio libre.

—¿Confío en que no esté herida usted, señorita?—le dijo respetuosamente su salvador.

Lucía miró aquella cara enérgica y quemada por el sol, y se echó a reír como una loca.

—¡Todavía estoy muerta de miedo!—dijo con toda ingenuidad.—¿Quién se iba a imaginar que Poncho se asustaría tanto de las vacas?

—Gracias a que ha podido mantenerse usted en la silla—observó el otro, todavía lleno de ansiedad.

Era un joven alto y de aspecto montaraz: estaba montado en un robusto caballo, y vestido con un grosero traje de cazador. Llevaba una carabina colgada del hombro.

—Creo que es usted la hija de Juan Ferrier—continuó,—porque he visto a usted salir de su casa. Cuando vuelva, pregúntele si se acuerda de los Jefferson Hope, de Saint Louis. Si es el mismo Ferrier que yo supongo, ha sido íntimo amigo de mi padre.

—¿Por qué no va a casa, para que usted mismo le pregunte?—se apresuró a decir Lucía.

El joven pareció muy complacido con la indicación, pues los oscuros ojos le brillaron de placer.

—Sí, voy a ir—contestó.—Pero como ahora venimos de las montañas, donde hemos estado dos meses, y no nos encontramos precisamente en traje de visita, el señor Ferrier tendrá que dispensarnos.

—Mucho es lo que mi padre tiene que agradecerle, tanto como yo misma, pues me quiere con toda su alma. Si las vacas me hubieran pisoteado, él se habría muerto de pena.

—Y yo también—dijo el joven.

—¿Usted? Pues de veras no sé por qué podría haberlo sentido hasta ese punto. Usted no me conoce.

El moreno rostro del cazador se puso tan triste, que Lucía Ferrier soltó una carcajada.

—¡Bueno, bueno! No era eso lo que yo quería decir—exclamó.—Por supuesto que ahora es usted nuestro amigo. Y yo me voy, pues si me tardo, papá no me confiará más encargos. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!—dijo el joven, quitándose el sombrero de anchas alas e inclinándose sobre su manecita. Lucía refrenó el

caballo, le dio un latigazo, y se alejó al galope, en medio de una nube de polvo.

El joven Jefferson Hope se unió a sus compañeros, sombrío y taciturno. Eran varios, y regresaban de las Montañas Nevadas donde habían estado buscando minas de plata, a la ciudad del Lago Salado, con la esperanza de conseguir capitales para explotar las riquezas que habían descubierto.

Ninguno de sus compañeros había estado tan atento al negocio como él, hasta que aquel incidente fue a distraer su atención. La vista de esa linda joven, tan fresca y pura como las brisas de la sierra, lo había conmovido hasta lo más profundo de su ardiente corazón; y cuando la vio alejarse, comprendió que su vida había llegado a una crisis y que nada, ni los negocios de minas ni otras cuestiones por importantes que fueran, podían serlo para él tanto como esa que ya lo absorbía por completo. El amor que había brotado de su corazón, no era la repentina y variable fantasía del niño, sino la avasalladora pasión de un hombre de fuerte voluntad y carácter impetuoso. Acostumbrado a conseguir cuanto se había propuesto, juró en el fondo de su corazón hacer cuanto pudieran el esfuerzo humano y la perseverancia, para obtener también esa vez el objeto de sus anhelos.

Esa misma noche, fue a visitar a Juan Ferrier, y siguió yendo con frecuencia, hasta que su rostro fue familiar a todos en la granja. Juan, confinado en el valle y absorbido por el trabajo, había tenido pocas oportunidades durante los últimos doce años de saber lo que ocurría en el mundo: y Jefferson Hope lo informó de todo, en forma y estilo que interesaron tanto a Lucía como a su padre. Había estado en las minas de oro de California, y podía relatar extrañas historias de fortunas ganadas y perdidas en aquellos días de fiebre. Había sido también soldado, y explorador de minas de plata, y cazador de animales salvajes, y también agricultor. Allí donde había aventuras riesgosas que correr, estaba Jefferson Hope, ansioso de ser el primero en afrontar el peligro.

Pronto logró el joven conquistarse el cariño de Juan Ferrier, que no perdía ocasión de elogiarlo ilimitadamente. Cuando el anciano hablaba de esta suerte, Lucía guardaba silencio, pero sus mejillas se enrojecían y sus hermosos ojos demostraban a las claras que su corazón había encontrado dueño. El honrado padre no se daba tal vez cuenta de esos síntomas, que por cierto no pasaban inadvertidos para el hombre que los originaba.

Jefferson Hope llegó a la casa una tarde de verano, galopando en su caballo, y se detuvo delante de la verja. Lucía estaba en la puerta, y se adelantó a recibirlo.

El joven enganchó la brida en la verja y entró.

—Hoy me marcho, Lucía—le dijo tomándole ambas manos y mirándola tiernamente en los ojos.—No vengo a pedirle a usted que me acompañe ahora mismo; pero ¿está usted dispuesta a hacerlo la próxima vez que vuelva?

—¿Y, cuándo será eso?—preguntó ella, ruborizándose y riéndose al mismo tiempo.

—Dentro de un par de meses. Entonces vendré en busca de mi tesoro, y nadie podrá impedirme que me lo lleve.

—¿Y papá?

—Me ha dado ya su consentimiento, con la condición de que el trabajo de las minas sea seguro. Por ese lado no hay cuidado.

—¡Oh! ¡Bueno! Si usted y papá se han arreglado, nada más hay que hablar—murmuró la joven, acercando la cabeza al robusto pecho de su amado.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó este con ronca voz; e inclinándose, la besó.—Pero cuanto más tiempo estemos juntos, más difícil me será separarme de usted. Mis compañeros me esperan en la cañada. ¡Hasta la vista, amada mía, mía, mía! ¡Hasta la vista! Dentro de dos meses estaré aquí.

Y arrancándose de su lado, saltó sobre el caballo y partió en un furioso galope, sin siquiera volver la vista, como si temiera flaquear en su resolución al ver otra vez a la que quedaba esperándolo.

Lucía, de pie delante de la verja, lo contemplaba alejarse; y cuando lo perdió de vista y entró en la casa, era la muchacha más feliz de todo el Utah.

III. Juan Ferrier habla con el Profeta

Tres semanas habían pasado desde la partida de Jefferson Hope y sus compañeros de la ciudad del Lago Salado, y Juan Ferrier sentía oprimírsele el corazón cada vez que pensaba en el regreso del joven y en la separación de su hija adoptiva. Pero la vista del rostro luminoso y feliz de la niña le hacía inmediatamente ratificar en el fondo de su corazón el convenio, mejor que lo hubieran hecho los más poderosos argumentos. Siempre había abrigado la resolución secreta de no consentir por motivo alguno en que Lucía se casase con un mormón, porque semejante matrimonio no era en su concepto un matrimonio, sino un delito y una vergüenza. Cualesquiera que fuesen sus ideas sobre las otras doctrinas de los mormones, en ese punto era inflexible. Tenía, sin embargo, que guardar silencio, porque en esa época era muy peligroso en la Tierra de los Santos expresar una opinión cualquiera.

Sí; era peligroso, y tanto, que hasta los que tenían mejor reputación en la Iglesia, no se atrevían a emitir sus ideas religiosas sino por lo bajo y en secreto, temerosos de que sus palabras fueran mal interpretadas y les ocasionaran contratiempo. Las víctimas de la persecución se habían convertido en perseguidores, y de los más terribles. Jamás la inquisición de Sevilla, ni los *Femgerichte* alemanes, ni las sociedades se-

cretas de Italia, pusieron en movimiento una maquinaria más poderosa que la que funcionaba en el territorio de Utah.

Esta organización era doblemente terrible, por su invisibilidad y por el consiguiente misterio. Parecía ser omnisciente y omnipotente, y sin embargo, no se dejaba ver ni oír. Aquel que atacaba a la Iglesia desaparecía de improviso, y nadie sabía si se había marchado, o qué había sido de él. Su esposa e hijos seguían esperándolo en la casa, pero jamás el desaparecido volvía ni siquiera a decirles en qué forma había sido juzgado por sus secretos jueces. La consecuencia inmediata de una palabra violenta o de un acto premeditado era la aniquilación, y nadie sabía de qué naturaleza era aquel terrible poder suspendido sobre las cabezas de todos. No era extraño, pues, que todos temblaran perpetuamente de miedo, y fueran incapaces de atreverse a expresar las dudas que los atormentaban aunque estuvieran en medio de un desierto.

Al principio, este vago y terrible poder se ejerció solamente sobre los recalcitrantes que, habiendo abrazado la fe mormona, trataban de abandonarla o de desviar de ella a otros; pero pronto asumió caracteres violentísimos. La provisión de mujeres adultas iba disminuyendo, y la poligamia era una doctrina inútil sin una abundante población femenina. Extraños rumores comenzaron a circular; rumores de inmigrantes asesinados, de campos devastados en los que jamás se había visto a los indios. Nuevas mujeres aparecieron en los harenes de los Mayores, y esas mujeres lloraban y se lamentaban, y conservaban en sus rostros las señales de un terror inextinguible. Los viajeros que habían pasado por las montañas, hablaban de partidas de hombres armados y enmascarados, que se deslizaban por los caminos, silenciosos y mudos, en la oscuridad de la noche. Esos relatos y rumores iban tomando forma y substancia, y se corroboraban hasta condensarse en un nombre definido. Hoy mismo es un siniestro y ominoso recuerdo entre los campesinos del Oeste, el de la Partida de los Danitas, llamada también de los Ángeles Vengadores.

El mejor conocimiento de la organización que producía tan terribles resultados, contribuía a aumentar más bien que a disminuir el horror que esta inspiraba a los hombres. Nadie sabía quiénes eran los miembros de la temible sociedad. Los nombres de los participantes en los sangrientos delitos o actos de violencia que se practicaban en nombre de la religión, permanecían en profundo secreto.

El amigo a quien se comunicaba una opinión sobre el Profeta y su misión, podía ser uno de los mismos que iban después, en medio de la noche, a poner en práctica la terrible represión por el fuego y por el hierro. De ahí que cada cual desconfiara de sus vecinos y nadie comunicara a nadie los secretos de su corazón.

Una mañana, en el momento en que Juan Ferrier iba a salir a recorrer sus trigales, oyó el ruido de la verja al abrirse, y mirando por la ventana, vio a un hombre alto y de edad madura, que atravesaba el jardín en dirección a la casa. El corazón le dio un salto, pues el visitante no era otro que el gran Brigham Young en persona. Temblando de emoción, porque ya se imaginaba que semejante visita no le llevaría nada de bueno, corrió a la puerta a recibir al jefe de los mormones.

Young acogió con frialdad su bienvenida y lo siguió con severo gesto al salón.

—Hermano Ferrier—le dijo, sentándose y mirando fijamente al agricultor;—los verdaderos creyentes han sido buenos amigos suyos. Usted iba a morirse de hambre en el desierto, y nosotros lo recogimos y compartimos nuestros alimentos con usted, y lo condujimos salvo al Valle Escogido: le dimos buenas tierras y le hemos permitido que se enriquezca bajo nuestra protección. ¿No es verdad?

—Es verdad—contestó Juan Ferrier.

—En cambio de todo esto, no le impusimos a usted más que una condición: que abrazara usted la verdadera fe y se conformara en todo a sus usos. Usted nos lo prometió, pero, si la

voz corriente dice la verdad, usted no ha cumplido su promesa.

—¿Y de qué manera la he quebrantado?—preguntó Ferrier, alzando la mano en señal de solemne protesta.—¿No he dado dinero para el fondo común? ¿No voy al templo? ¿No he?…

—¿Dónde están sus esposas?—preguntó Young mirando en torno suyo.—Llámelas usted; deseo saludarlas.

—Cierto es que no me he casado—contestó Ferrier,—pero aquí son escasas las mujeres, y había otros que tenían a ellas más derecho que yo, que no estoy solo, pues tengo a mi hija para que me cuide.

—De esa hija he venido a hablarle a usted—dijo el jefe de los mormones.—La niña es hoy la flor de Utah, y muchos que gozan de alta posición en esta comarca han puesto sus ojos en ella.

Juan Ferrier sintió un agudo dolor en el corazón.

—Corren, respecto a ella, historias que yo tendría gusto en no creer, historias que la dan como comprometida con un gentil. Esto debe ser habladuría de algunas lenguas ociosas. ¿Qué dice el precepto decimotercio del código del santo Joseph Smith? «Que cada doncella perteneciente a la verdadera fe, se case con uno de los elegidos, pues si se une a un gentil comete un grave pecado.» Por consiguiente, es imposible que usted, que profesa el credo sagrado, tolere que su hija lo viole.

Juan Ferrier no contestó; pero se puso a jugar nerviosamente con el látigo que tenía en la mano.

—En este punto va a probarse si la fe de usted es sincera; así lo ha decidido el Sagrado Consejo de los Cuatro. La joven está todavía en edad muy tierna, y no la vamos a obligar a que se case con un viejo, ni tampoco pensamos privarla enteramente del derecho de elegir. Nosotros, los Mayores, tenemos cada uno numerosas vaquillas; pero necesitamos también proveer de mujeres a nuestros hijos. Stangerson tiene un hijo

y Drebber tiene otro, y cualquiera de los dos recibiría contento en su casa a la joven. Que ella elija entre los dos. Ambos son jóvenes y ricos y pertenecen a la verdadera fe. ¿Qué dice usted?

Ferrier permaneció un momento en silencio, con el entrecejo arrugado.

—Denos usted un plazo—dijo por fin.—Mi hija es demasiado joven, apenas si tiene edad para casarse.

—Le concedemos un mes para que elija—contestó Young, levantándose de su asiento.—Terminado este plazo, tendrá que darnos una respuesta.

Ya estaba en la puerta, cuando se volvió, enrojecido el rostro y los ojos encendidos por la ira.

—¡Para vosotros mismos, Juan Ferrier—gritó con voz potente,—habría sido mejor que vuestros huesos yacieran ahora en la Sierra Blanca! ¡Eso valdría más que resistir ahora a las órdenes de los Sagrados Cuatro!

Hizo un ademán amenazador, y salió de la casa. Ferrier oyó sus fuertes pisadas que se alejaban por el jardín.

Todavía seguía sentado y con los codos sobre las rodillas, pensando en la manera de revelar a su hija lo que ocurría, cuando una delicada mano se posó sobre una de las suyas, y al alzar la cabeza, vio a la joven parada junto a él.

Una sola mirada que dirigió a su pálido y asustado rostro, bastó para demostrarle que todo lo había oído.

—No podía dejar de oírlo—explicó Lucía, contestando a una mirada de su padre.—Su voz resonaba por toda la casa. ¡Oh! ¡Padre, padre! ¿Qué vamos a hacer?

—No te asustes—le contestó Ferrier, atrayéndola hacia él y acariciándole los cabellos con su ancha y tosca mano.—Ya arreglaremos las cosas de cualquier modo. ¿Quiere decir que no has olvidado a ese joven, eh?

Un sollozo y un apretón de manos fueron la única respuesta.

—No, yo sé que no; ni tampoco me gustaría que lo hubieras olvidado. Es un buen muchacho, y es cristiano, suficiente para que valga más que todos los mozos de aquí, a pesar de tanta prédica y tantas oraciones. Conozco una persona que sale mañana para Nevada, y voy a tratar de enviarle con ella una carta en que le hará conocer el atolladero en que estamos metidos. O mucho me engaño respecto de él, o vamos a tenerlo aquí con una rapidez mayor que la del telégrafo eléctrico.

Lucía se rió, al través de sus lágrimas, al oír la comparación que hacía su padre.

—Sí; y cuando llegue nos aconsejará lo mejor que se pueda hacer. Pero mi miedo es por ti, mi querido papá. ¡Oye uno decir tanto, tantas historias horrendas sobre los que se oponen a lo dispuesto por el Profeta! Siempre les pasa algo terrible.

—Pero todavía no nos hemos opuesto a nada—contestó el padre.—Ya tendremos tiempo, cuando lo hagamos, de tomar nuestras precauciones. Tenemos un mes a nuestra disposición: y me parece que antes de que terminemos estaremos lejos de Utah.

—¿Irnos de Utah?

—Ni más ni menos.

—¿Y nuestra granja?

—Sacaremos de ella lo que más podamos en dinero y dejaremos que el resto se pierda. Te diré la verdad, Lucía, esta no es la primera vez que he pensado en salir de aquí. No soy hombre para prosternarme ante otro hombre, como esta gente se prosterna ante su Profeta. Soy un americano nacido en la libertad, y este servilismo es nuevo para mí. Me parece también que ya soy demasiado viejo para aprender. Si el tal Profeta se empeñara en seguir viniendo a esta casa, podría suceder que se encontrara con una descarga de mi escopeta enviada en dirección opuesta a la suya.

—Pero no van a dejar que nos marchemos—objetó la joven.

—Esperemos la venida de Jefferson, y ya verás cómo arreglamos pronto la cosa. Mientras tanto, no tengas miedo, queridita mía, ni llores porque se te hincharán los ojos y cuando Jefferson venga, será capaz de matarme. No hay por qué asustarse, no creas que estemos en peligro.

Juan Ferrier pronunció estas palabras en tono de la mayor confianza; pero la joven no pudo dejar de observar que esa noche ponía especial cuidado en que las puertas estuvieran bien cerradas, y limpiaba y cargaba cuidadosamente la mohosa escopeta que pendía de la pared en su dormitorio.

IV. En fuga para salvar la vida

A la mañana siguiente de su entrevista con el profeta mormón, fue Juan Ferrier a la ciudad del Lago Salado y encontrando a la persona que iba a salir para las montañas de Nevada, le confió su carta para Jefferson Hope. En la carta anunciaba al joven el inminente peligro que los amenazaba, y le hacía ver la necesidad de que volviera en el acto.

Hecho esto, se sintió más tranquilo, y recuperando en parte su buen humor, se puso en camino para la casa.

Al acercarse vio con sorpresa dos caballos atados uno a cada lado de la entrada de la verja, y mayor fue su sorpresa al entrar en el salón y encontrar a dos jóvenes que habían tomado posesión del lugar. El uno, de cara larga y pálida, estaba recostado en el sillón y tenía puestos los pies en la chimenea. El otro, de cuello de toro y facciones vulgares, estaba parado junto a la ventana, con las manos en los bolsillos, y silbando un himno popular. Ambos saludaron con la cabeza a Ferrier al verlo entrar, y el que estaba sentado comenzó la conversación.

—Tal vez usted no nos conozca —dijo—. Este es el hijo de Drebber el Mayor, y yo soy Joseph Stangerson, el mismo que usted conoció en el desierto cuando el Señor extendió su mano para ponerlo a usted dentro de su rebaño.

—Como lo hará a su tiempo con todas las naciones —dijo el otro con voz nasal—. El Señor muele muy despacio, pero también muy menudo.

Juan Ferrier saludó con frialdad. Desde el primer instante había adivinado quiénes eran sus visitantes.

—Hemos venido —continuó Stangerson— por consejo de nuestros padres, a solicitar la mano de la hija de usted para aquel de los dos que usted y ella escojan. Como yo no tengo más que cuatro mujeres, y el hermano Drebber tiene siete, me parece que mi derecho es superior al suyo.

—¡Alto, alto, hermano Stangerson! —exclamó el otro—. La cuestión no está en cuántas esposas tenemos, sino en cuántas podemos mantener. Mi padre me ha entregado ya sus molinos, de modo que yo soy el más rico de los dos.

—Pero mi porvenir es mejor —dijo el otro, con calor—. Cuando el Señor llame a mi padre a su seno, la tenería y su fábrica de cueros pasarán a mi poder. Además, yo soy mayor que usted, y tengo rango más alto en la Iglesia.

—La joven decidirá —concluyó Drebber, contemplándose en el espejo—. Dejémosla elegir libremente.

Juan Ferrier había permanecido durante todo este diálogo recostado contra la puerta, conteniéndose a duras penas para no dejar caer su látigo sobre las espaldas de sus dos visitantes.

—Oigan ustedes —les dijo por fin—. Cuando mi hija los llame, pueden venir; pero de aquí hasta entonces, no quiero volver a verles las caras.

Los dos jóvenes mormones lo miraron con sorpresa. Esa competencia por la mano de la doncella era en su concepto el

más alto honor, para ella y para el padre.

—Este cuarto tiene dos salidas —gritó Ferrier—; allí está la ventana, y aquí está la puerta. ¿Cuál prefieren ustedes?

La expresión de su quemado rostro era tan fiera, y sus enormes manos se alzaban tan amenazadoras, que los dos visitantes se precipitaron hacia la puerta. El viejo los siguió hasta la verja.

—Avísenme cuando hayan arreglado cuál será el novio —les dijo con acento sardónico.

—Usted la pagará —gritó Stangerson, lívido de rabia—. Ha desafiado usted al Profeta y al Consejo de los Cuatro, y va a tener que recordarlo hasta el fin de sus días.

—¡La mano del Señor pesará sobre ti —gritó el joven Drebber— y se alzará, y te aplastará!

—Yo voy a empezar a aplastar ahora mismo a alguien —exclamó Ferrier con furia, y habría corrido arriba en busca de su escopeta, a no ser por Lucía que lo tomó del brazo y lo contuvo. Antes de que pudiera desasirse de ella, el galope de los caballos le hizo comprender que los dos jóvenes estaban ya fuera de su alcance.

—¡Infames! ¡Bribones! —exclamó, enjugándose el sudor de la frente—. Preferiría verte en la tumba, hija mía, antes que casada con uno ni otro.

—¡Y yo también, padre! —contestó con resolución la joven —; pero Jefferson no puede tardar en venir.

—Sí; no ha de pasar mucho tiempo antes de que esté aquí. Tanto más pronto mejor, pues no sabemos lo que puede suceder.

En verdad, era urgentísimo que alguien capaz de dar un consejo llegara en ayuda del testarudo viejo y de su hija adoptiva. Jamás se había presentado en la colonia, desde su fundación, semejante caso de franca desobediencia a la autoridad de los Mayores. Si se castigaban con tanta severidad los

errores de pequeña importancia, ¿qué suerte podía esperar a aquel espíritu rebelde?

Ferrier se daba cuenta de que ni sus riquezas ni su posición podían valerle, pues otros tan reputados y tan ricos como él habían sido ya suprimidos, y sus bienes habían pasado a la Iglesia. Era valeroso y arrojado, y, sin embargo, temblaba ante los temores vagos y sombríos que pasaban por sobre su cabeza. Se sentía capaz de afrontar a pie firme cualquier peligro visible; pero aquella ansiedad lo desesperaba; y aunque ponía todo su empeño en ocultar a su hija sus temores y fingía no dar importancia al asunto, ella, con la perspicacia del afecto, veía claro lo que pasaba en su interior.

El anciano esperaba recibir alguna reprimenda de Young por su conducta, y pronto vio que no se engañaba. La advertencia le llegó en forma por demás inesperada. A la mañana siguiente, al levantarse de la cama, encontró con sorpresa, prendido con un alfiler en su sobrecama, exactamente encima de su pecho, un pequeño trozo cuadrado de papel, en el cual había estas palabras impresas en letras grandes y abultadas:

«Se te conceden veintinueve días para que te enmiendes, y después…»

Ninguna amenaza podía inspirarle tanto miedo como esta notificación, y el desdichado no atinaba a comprender cómo había podido entrar este papel en su cuarto, pues los criados dormían fuera de la casa y todas las puertas y ventanas habían estado herméticamente cerradas. Desgarró el papel y nada dijo a Lucía; pero el incidente le heló el corazón. Esos veintinueve días eran los que faltaban del plazo que Young le había dado. ¿Qué fuerzas ni valor podían servir contra un enemigo armado de un poder tan misterioso? La mano que prendió el papel en la sobrecama podía haberle partido el corazón de una puñalada, sin que jamás se hubiera sabido quién había sido el matador.

Pero más aterradora fue todavía la impresión que recibió a la mañana siguiente: él y Lucía acababan de sentarse a tomar

el desayuno, cuando la joven lanzó un grito de sorpresa y señaló con el dedo hacia arriba. En medio del cielo raso había un número 28, escrito, según parecía, con un palo carbonizado.

Lucía no comprendía el significado de la inscripción, ni él se la explicó. Esa noche, en vez de acostarse, la pasó sentado, con su escopeta cargada, y atento al menor ruido. Nada vio ni oyó en toda la noche, pero cuando llegó el día, el número 27 estaba pintado en la parte exterior de la puerta de su cuarto.

Fueron pasando los días y Ferrier estaba cada mañana tan seguro de que el día había llegado, como de ver que sus misteriosos enemigos habían hecho su anotación cotidiana, marcando en algún lugar visible cuántos días faltaban del mes de gracia. Los fatales números aparecían a veces en las paredes, otras en el suelo, y, de vez en cuando, en pequeños carteles pegados en la verja del jardín o en las puertas de la casa.

La extremada vigilancia de Juan Ferrier era impotente para descubrir la procedencia de aquellos avisos matinales, cuya vista había llegado a inspirarle un horror casi supersticioso.

Diariamente iba enflaqueciéndose, ya no permanecía tranquilo ni un instante, y sus ojos adquirían la expresión azorada de los que padecen el delirio de las persecuciones. Su única esperanza era que llegase de Nevada el joven cazador.

Los veinte se redujeron a quince y los quince a diez, y el ausente no enviaba noticias de su persona. Los números iban disminuyendo de uno en uno, pero no había el menor indicio de salvación próxima. Cada vez que pasaba por el camino algún jinete o carruaje, corría el anciano a la verja, esperanzado en que por fin llegara el deseado auxilio. Pero, cuando vio que detrás del cinco venía el cuatro, y en seguida de este el tres, perdió completamente la energía y abandonó toda esperanza de escape. Casi ignorante como estaba de los caminos de la montaña que rodeaba a la colonia, no podía pensar en la fuga sin auxilio extraño. En cuanto a los grandes caminos, todos estaban estrictamente custodiados y vigilados, y nadie podía pasar por ellos sin una orden del Consejo. A cualquier lado

que se volviera, no había manera de evitar el golpe que lo amenazaba. Pero no por eso flaqueó un solo momento, decidido a morir antes que aceptar lo que en su concepto era el deshonor de su hija.

Una noche estaba entregado a sus cavilaciones y tratando, en vano, de encontrar una solución. El número dos había aparecido esa mañana en una pared de la casa, y el día siguiente era el único que le quedaba. ¿Qué iba a suceder? Por su mente daban vuelta tantas clases de terribles fantasmas… ¿Y su hija? ¿Qué iba a ser de la infeliz cuando él hubiese muerto? ¿No había, entonces, medio de escaparse de la invisible red que iba estrechándolos? Convencido una vez más de su impotencia, dejó caer la frente sobre la mesa, y rompió a llorar.

Pero, ¿qué era eso? En medio del profundo silencio había oído un ligero ruido, como si alguien raspara algo, quedo, muy quedo, pero con perfecta claridad.

El rumor procedía de la puerta de la casa. Ferrier salió al vestíbulo y escuchó atentamente. Hubo una pausa de algunos momentos, y el insidioso ruido volvió a hacerse oír.

No cabía duda de que alguien golpeaba ligeramente en una de las dos hojas de la puerta. ¿Sería algún nocturno asesino que iba a ejecutar las órdenes del tribunal secreto? ¿O tal vez algún agente que marcaba la llegada del último día?

Juan Ferrier se dijo que la muerte inmediata era preferible a esa ansiedad, que le irritaba los nervios y le oprimía el corazón; y de un salto llegó a la puerta, corrió el cerrojo y la abrió de par en par.

Afuera reinaba completa calma. La noche era hermosa y las estrellas brillaban en el firmamento. El anciano abarcaba con la mirada el jardincito y un gran trecho del camino, y no distinguió alma viviente. Con un suspiro de alivio miró a derecha e izquierda, y ya iba a retirarse, cuando sus ojos se fijaron casualmente en el suelo, y entonces vio con asombro, que allí, a

sus pies, había un hombre tendido largo a largo, la cara contra el suelo, y los brazos y piernas abiertos.

Su emoción fue tan grande al ver aquello, que tuvo que apoyarse en la pared y oprimirse la garganta con la mano para no gritar.

Lo primero que se le ocurrió fue que el hombre estaba moribundo o muerto ya, pero luego vio que se iba deslizando por el suelo hasta entrar en el vestíbulo, con la rapidez y el silencio de una serpiente.

Una vez dentro de la casa, el hombre se puso en pie de un salto, cerró la puerta, y el asombrado anciano se encontró con las enérgicas facciones y resuelta mirada de Jefferson Hope.

—¡Gran Dios! —balbuceó Juan Ferrier—. ¡Qué susto me ha dado usted! ¿Por qué viene usted de esa manera?

—Déme usted algo de comer —dijo el otro con voz ronca—. Hace cuarenta y ocho horas que no como por falta de tiempo.

Y viendo que en la mesa, todavía puesta desde la hora de la comida, había pan y carne, se precipitó sobre esos alimentos y los devoró.

—¿Y Lucía? ¿Está bien? —preguntó una vez hubo satisfecho su hambre.

—Sí. No sabe todavía en qué peligro nos hallamos.

—Bueno. La casa está vigilada por todas partes. Por eso he venido arrastrándome. Muy vivos serán, pero no lo suficiente para cazar a un cazador de Wahsatch.

Juan Ferrier se sintió otro al ver que ya contaba con un fiel aliado. Tomó la encallecida mano del joven y la estrechó cordialmente.

—Es un motivo de orgullo ser amigo de usted —le dijo—. No hay muchos hombres que acudiesen así a compartir nuestras penas y peligros.

—Se equivoca usted, amigo —contestó el joven cazador—. Yo lo respeto a usted mucho; pero si usted fuera el único en peligro, habría pensado dos veces antes de meter la cabeza en este avispero. Lo que me atrae aquí es Lucía, y me parece que antes que le suceda algo a ella, la familia Hope tendrá en Utah un miembro menos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Mañana es el último día, y si no nos vamos esta noche, están ustedes perdidos. Tengo una mula y dos caballos esperándome en el paso del Águila. ¿Cuánto tiene usted en dinero?

—Dos mil pesos en oro y cinco mil en billetes.

—Es suficiente. Yo tengo más o menos otro tanto. Vamos a dirigirnos a Carson City por las montañas. Despierte usted a Lucía. Es una ventaja que los criados no duerman en la casa.

Mientras Ferrier preparaba a su hija para el viaje, Jefferson Hope hacía un paquete de todos los comestibles que encontraba y llenaba de agua una jarra de loza, pues sabía por experiencia que en la montaña había pocos pozos y estaban muy lejos unos de otros.

Cuando terminaba sus preparativos volvió Ferrier con su hija, vestida ya y lista para partir. Los novios se saludaron, amorosa, pero brevemente, pues los momentos eran preciosos y faltaba todavía mucho que hacer.

—Tenemos que ponernos ahora mismo en camino —dijo Jefferson Hope, hablando en voz baja, pero resuelta, como hombre que se daba cuenta del peligro y se había preparado para afrontarlo—. Las dos puertas, la de adelante y la de atrás, están vigiladas; pero tomando nuestras precauciones, podemos salir por una ventana lateral y alejarnos por entre los potreros. Una vez en el camino, no estaremos ya más que a dos millas del paso donde nos aguardan las cabalgaduras. Al amanecer estaremos a medio camino de las montañas.

—¿Y si nos detienen? —preguntó Ferrier.

Jefferson Hope golpeó la empuñadura de su revólver, que asomaba por entre su saco.

—Si son demasiado numerosos para nosotros, por lo menos nos llevaremos dos o tres —dijo con siniestra sonrisa.

Apagaron todas las luces de la casa, y Ferrier contempló desde las ventanas las tierras que habían sido suyas e iba a abandonar para siempre. Pero estaba preparado para el sacrificio, y el pensamiento del honor y felicidad de su hija era superior a todo sentimiento por la pérdida de su fortuna.

La tranquilidad era tan completa afuera, los coposos árboles y el silencioso césped parecían despedir un perfume tal de felicidad, que era difícil creer que un espíritu homicida se cernía sobre aquella casa. Pero el pálido rostro y la severa expresión del joven cazador, demostraban que este había visto al acercarse a la casa lo suficiente para saber lo que les esperaba si no huían.

Ferrier llevaba la bolsa con el oro y los billetes; Jefferson Hope el paquete de provisiones y el agua, y Lucía un pequeño atado con sus objetos de más valor.

Abrieron la ventana lentamente y sin ruido, esperaron luego a que una negra nube hubiera oscurecido la noche, y, por fin, pasaron, uno por uno, al otro lado. Conteniendo la respiración y encogiéndose lo más que podían, atravesaron el jardín y llegaron a la tapia, siguiendo después a lo largo de ella hasta encontrarse con el portón que daba paso a los trigales. Acababan de llegar allí, cuando el joven tomó a sus compañeros por el brazo y los empujó hacia la sombra, donde permanecieron temblorosos y en silencio.

No en balde la vida de los bosques había dado a Jefferson Hope un oído de lince. Acababan él y sus compañeros de echarse en la sombra, cuando se oyó muy cerca de ellos el melancólico grito de un buho, seguido inmediatamente por otro, que sonó a corta distancia. Una vaga forma surgió del

mismo portón adonde se dirigían los fugitivos, y se repitió el clamoroso grito. Otra sombra salió de la oscuridad.

—Mañana a media noche —dijo el primero, que parecía ser el que mandaba—. El buho gritará tres veces.

—Está bien —contestó el otro—. ¿Debo decírselo al hermano Drebber?

—Dígaselo a él y después a los otros. ¡Nueve a siete!

—¡Siete a cinco! —repitió el segundo—; y las dos formas se alejaron en distintas direcciones.

Sus últimas palabras habían sido evidentemente alguna fórmula de seña y contraseña. En el mismo instante en que el ruido de los pasos se perdía a la distancia, se paró Jefferson Hope de un salto, y ayudando a sus compañeros a salir por el portón, los guió a través de los sembrados, con paso rápido, sosteniendo a la joven y medio llevándola en brazos cuando parecía que las fuerzas comenzaban a faltarle.

—¡De prisa! ¡De prisa! —les decía de rato en rato—. Todavía estamos dentro de la línea de centinelas. Todo depende ahora de la ligereza de nuestros pies. ¡Pronto!

Ya en el camino principal, comenzaron a avanzar con mayor rapidez. Solo una vez encontraron a alguien, pero pudieron hacerse a un lado a tiempo para evitar que se les reconociera. Antes de llegar a la ciudad, se apartó el cazador, y sus compañeros lo siguieron por una senda estrecha y áspera que conducía a las montañas. Dos sombrías y elevadas cadenas de montañas se alzaban sobre sus cabezas. El desfiladero que los separaba era la cañada del Águila, donde las cabalgaduras esperaban.

Con la seguridad de su infalible instinto, se dirigió Jefferson Hope por entre unas grandes peñas y siguió después a lo largo del antiguo lecho de un río, por el que no corría ni una gota de agua, hasta que, por fin, llegaron a un rincón escondido en que estaban atados los obedientes animales. La joven montó en la mula, Juan Ferrier, con su bolsa de dinero, en uno

de los caballos, y Jefferson Hope rompió la marcha en el otro por la senda llena de obstáculos y peligros.

El camino que seguían era aterrador para cualquiera que no estuviese acostumbrado a afrontar la Naturaleza en sus peores fases.

Por un lado, la montaña negra, amenazadora, se elevaba a mil o más pies, y enormes columnas basálticas corrían por sus faldas parecidas a la armazón de un monstruo petrificado. Un estupendo caos de peñascos y escombros hacía imposible el tránsito por el otro lado y entre una y otra cadena avanzaba la senda irregular, tan estrecha en algunos lugares, que al llegar a ellos tenían los tres viajeros que desfilar de uno en fondo, tan abrupta, que solo buenos jinetes como ellos podían seguirla sin desbarrancarse.

Pero, no obstante todos esos peligros y dificultades, los fugitivos sentían aligerárseles el corazón a cada paso que daban, porque cada paso aumentaba la distancia entre ellos y el terrible despotismo a que habían escapado.

En breve tuvieron, sin embargo, una prueba de que todavía se encontraban dentro de la jurisdicción de los Santos. Habían llegado a la parte más áspera y asolada del camino, cuando la joven dio un grito ahogado, y señaló hacia arriba. En una roca que dominaba la senda, se destacaba sobre el fondo del firmamento un solitario centinela.

También él los vio, y el grito militar de «¡Quién vive!» resonó en la silenciosa cañada.

—Viajeros para Nevada —dijo Jefferson Hope, empuñando la carabina que pendía de su silla.

Los tres pudieron ver que el celoso vigilante preparaba su fusil, como si la respuesta no lo hubiera satisfecho.

—¿Con permiso de quién? —preguntó.

—De los Sagrados Cuatro —contestó Ferrier. La experiencia le había enseñado que era la mayor autoridad que podía

invocar.

—¡Nueve de siete! —gritó el centinela.

—¡Siete de cinco! —replicó instantáneamente Jefferson Hope, acordándose de la contraseña que había oído en el jardín.

—Pasad, y que el Señor vaya con vosotros —dijo la voz de arriba.

Saliendo de ese lugar, el camino ya se ensanchaba, y entonces pudieron los caballos emprender el trote. Miraron atrás los viajeros, vieron al guardián solitario apoyado en su arma, y comprendieron que acababan de pasar el último reducto del Pueblo Elegido. La libertad estaba adelante.

V. Los ángeles vengadores

Toda la noche caminaron por entre intrincados desfiladeros e irregulares sendas abiertas entre las rocas. Más de una vez se extraviaron, pero el conocimiento profundo que Hope tenía de las montañas, les permitía volver pronto al camino.

Llegó la luz del día, y un espectáculo hermosísimo, aunque salvaje, apareció ante sus ojos. Los nevados picos se encadenaban y se alejaban en todas direcciones, recostados los unos contra los otros hasta perderse en el horizonte. Tan escarpadas eran las faldas de las montañas a un lado y otro, que los pinos y los matorrales parecían estar colgando, y requerir solamente que un ligero viento los empujase, para desplomarse sobre el camino. El temor de que alguno de esos árboles les cayera encima no era injustificado, pues el valle entero estaba lleno de troncos y peñas desprendidas de lo alto, y precisamente cuando ellos pasaban, una roca enorme rodó hasta el fondo: el estrépito repercutió por las silenciosas gargantas, haciendo que los caballos, espantados, partieran al galope.

A medida que el sol se iba alzando por el Oriente, los picos de las montañas se encendían uno a uno, como las lámparas de un festival, y, por fin, brillaron todos, refulgentes. El magnífico espectáculo reconfortó los corazones de los tres fugitivos y les comunicó nuevas energías.

Al llegar a un torrente impetuoso que atravesaba la cañada, se detuvieron para dar de beber a los caballos y desayunarse ellos a prisa. Lucía y su padre manifestaron el deseo de descansar un rato más largo; pero Jefferson Hope fue inexorable.

—Ya a estas horas deben haber salido a perseguirnos —les dijo—, y nuestra salvación depende de la rapidez con que nos alejemos. Una vez que nos encontremos en salvo en Carson, podremos descansar por el resto de nuestros días.

Caminaron durante el día entero por entre los desfiladeros, y al anochecer calculaban estar ya a más de treinta millas de sus enemigos. Cerrada la noche, escogieron un lugar donde las rocas ofrecían un abrigo contra el helado viento, y allí, apretados el uno contra el otro para tener menos frío, durmieron algunas horas.

Antes de amanecer estaban levantados y se ponían en marcha otra vez. No habían visto señal alguna de sus perseguidores, y Jefferson Hope comenzaba a creer que ya se encontraban fuera del alcance de la terrible organización en cuyo enojo habían incurrido. No se imaginaba hasta dónde podía llegar aquella garra de hierro, ni cuán pronto iba a caer sobre ellos y aplastarlos.

Como a la mitad del segundo día de su fuga, las escasas provisiones comenzaron a agotarse, pero esto no alarmó al cazador, pues esperaba encontrar caza en las montañas y estaba acostumbrado a apelar a su fusil para satisfacer las necesidades de la vida. Buscó un rincón escondido, e hizo una pila de ramas secas a las que puso fuego para que sus compañeros se calentasen, pues se encontraba a unos cinco mil pies sobre el nivel del mar y hacía mucho frío. Ató luego los caballos, se despidió de Lucía, se echó el arma al hombro, y salió

en busca de lo que la casualidad le hiciese encontrar. Ya estaba algo lejos, cuando volvió la cara y vio al anciano y a la joven sentados frente al fuego: los tres animales estaban parados e inmóviles. Después se interpusieron unas vacas, y ya no pudo volver a verlos.

De cañada en cañada anduvo como dos millas, sin el menor resultado, por más que ciertas señales en la corteza de los árboles y otros indicios le hicieron comprender que había en la región muchos venados. Por fin, al cabo de dos o tres horas de infructuosas pesquisas, pensaba ya en volverse desesperado, cuando, alzando la vista, notó algo que le hizo estremecer de gozo el corazón. En la cresta misma de un pináculo situado a tres o cuatrocientos pies sobre su cabeza, estaba un animal que en el cuerpo se parecía algo al carnero, pero tenía la cabeza armada de un par de gigantescos cuernos.

El Cuerno Grande (ese es el nombre que se le da), ejercía probablemente las funciones de guardián de un rebaño invisible para el cazador; pero felizmente miraba en otra dirección y no lo vio. Jefferson Hope se echó de espaldas, apoyó su carabina sobre una piedra, y apuntó con calma antes de rastrillar el gatillo. El animal dio un gran salto, vaciló un momento en el borde del precipicio, y luego rodó hasta el valle.

Era demasiado pesado para llevarlo a cuestas, y el cazador tuvo que contentarse con cortarle una pierna y parte del costado. Con este trofeo al hombro, se apresuró a desandar el camino, pues la noche se acercaba; pero, apenas se había puesto en marcha, se encontró con una imprevista dificultad. En sus afanosas investigaciones, se había desviado de las cañadas que le eran conocidas, y no podía encontrar de nuevo el camino.

El valle se dividía y subdivía en numerosas gargantas, todas tan parecidas, que era imposible distinguirlas una de otra. Jefferson Hope avanzó algo más de una milla por una de ellas, hasta que llegó a un torrente por donde estaba seguro de no

haber pasado. Convencido de su error, echó por otro lado, pero con el mismo resultado. La noche avanzaba rápidamente.

Por fin, se encontró en una quebrada que le era familiar; pero ni entonces pudo hallar la senda que debía seguir, pues la luna no había salido todavía y la elevación de las montañas a ambos lados hacía más profunda la oscuridad. Agobiado por la carga que llevaba y cansado de tanto andar, se tiró en el suelo, diciéndose para no desesperar, que cada paso lo acercaba a Lucía, y que la carga que llevaba era para alimentarla a ella.

El lugar en que se encontraba era la misma boca de la cañada en cuyo fondo había dejado a sus compañeros. A pesar de la oscuridad, po día reconocer las formas de la montaña en esa parte, y se decía que Ferrier y la joven debían estarlo esperando con impaciencia, pues hacía cerca de cinco horas que se había separado de ellos. Contento al pensar que iba pronto a verlos, se puso las manos en la boca a guisa de bocina e hizo resonar en el espacio un ruidoso ¡*halióoo*! para que supieran que estaba allí.

En seguida escuchó atentamente; pero lo único que le contestó era el eco de su propio grito, que recorría las silenciosas cañadas y volvía a sus oídos mil veces repetido. Volvió a gritar más alto aún, y tampoco esa vez le contestaron sus amigos ni con un suspiro. Un temor vago e indefinido lo asaltó y le hizo echar a correr, frenético. Tal era su agitación, que ni siquiera llevó consigo su preciosa carga, el alimento indispensable para Lucía.

Al volver un recodo, se encontró enfrente del sitio en que él mismo había encendido el fuego. Todavía ardían los leños entre las cenizas, pero era evidente que desde su partida nadie los había atizado. El mismo silencio de muerte reinaba en todos los alrededores. Jefferson Hope sintió aumentar sus temores, y corrió todavía más a prisa. En torno del fuego, a un lado y otro, en ninguna parte quedaba un ser viviente: los animales, el hombre, la joven, todo había desaparecido.

Claro estaba que algún desastre repentino había ocurrido durante su ausencia, desastre que los había arrastrado a todos sin dejar huella.

Aturdido, enloquecido por ese golpe, Jefferson Hope sintió que la cabeza le daba vueltas, y tuvo que apoyarse sobre su fusil para no caerse. Pero, antes que todo, era hombre de acción, y se rehizo rápidamente de su momentánea impotencia. Tomando un trozo de leña medio consumido por el fuego, lo sopló hasta reavivar la llama y procedió a examinar el lugar.

Numerosas huellas de caballos impresas en el suelo demostraban que una numerosa partida de jinetes había alcanzado a los fugitivos, y por la dirección en que se alejaban se veía que la partida entera, había vuelto a la ciudad del Lago Salado.

¿Se habían llevado a sus dos compañeros? Jefferson Hope estaba ya casi convencido de que sí, cuando sus ojos se encontraron con un objeto que lo sacudió de pies a cabeza.

Hacia un lado de la plazoleta en que el fuego seguía consumiéndose, había un montón de tierra, largo y angosto, que seguramente no existía antes allí. Era imposible dejar de comprender que aquella era una tumba recién cavada y vuelta a cubrir. Se aproximó, y vio un palo plantado sobre el montón de tierra, y una hoja de papel sujeta a la punta del palo. En el papel había esta inscripción, breve pero suficiente:

JUAN FERRIER

QUE VIVIÓ EN LA CIUDAD DEL LAGO SALADO

Murió el 4 de agosto—1860.

¡Muerto el robusto anciano que Jefferson Hope había dejado allí unas horas antes lleno de salud y de vida!

El cazador echó en torno suyo una mirada de loco, temiendo ver otra tumba, pero no encontró signo alguno que la indicase. Lucía había sido arrebatada por sus terribles perseguido-

res para que cumpliera su fatal destino, para que formase parte del harén del hijo de uno de los Mayores…

Cuando el joven llegó a convencerse de la certeza de su desgracia y de su impotencia para impedirla, se dijo que para él también habría sido mejor acompañar al anciano en su última y silenciosa morada.

Pero su activo espíritu sacudió otra vez ese letargo nacido de la desesperación. Ya no le quedaba nada en el mundo, pero, por lo menos, podía dedicar su vida a la venganza.

A su paciencia limitada, paciencia y perseverancia infatigables, unía Jefferson Hope un espíritu rencoroso, que sin duda adquirió durante el tiempo que había vivido entre los indios. Parado, inmóvil, contemplaba fijamente el fuego, y se decía que lo único que podría mitigar su pena era el castigo de sus enemigos, infligido por su propia mano. Y a ese solo fin juró dedicar su poderosa voluntad y su incomparable energía.

Pálido, las facciones horriblemente contraídas, volvió al lugar en que había abandonado la carne, regresó junto al fuego, y atizando las brasas, asó la cantidad suficiente para alimentarse por unos días. Hizo un paquete de ella, y a pesar de lo cansado que estaba, se puso en camino por entre las montañas, en busca de los Ángeles Vengadores.

Cinco días tardó, fatigado y con los pies hechos pedazos, en desandar el camino que acababa de recorrer a caballo.

Cuando llegaba la noche, se echaba en algún rincón entre las rocas y dormía durante algunas horas, pero antes de que amaneciese ya estaba otra vez en marcha. El sexto día llegó a la Cañada del Águila, punto de partida de su desventurada fuga. Desde allí se veía el hogar de los Santos. Estaba exhausto, muriéndose de fatiga, pero apoyándose en su arma, alzó la nervuda mano y con terrorífico ademán dejó caer su maldición y su amenaza sobre la ciudad que se extendía a sus pies.

Mirando atentamente, observó que en algunas de las principales calles había banderas y otros emblemas de fiesta. Toda-

vía estaba tratando de adivinar lo que aquello podía significar, cuando sonó el trote de un caballo y apareció un jinete, que avanzaba hacia el sitio donde él se hallaba. Al aproximarse el hombre, reconoció en él a un mormón llamado Cowper, al cual había prestado servicios en varias ocasiones. Entonces resolvió salirle al encuentro para pedirle noticias de la suerte que había tocado a Lucía Ferrier.

—Yo soy Jefferson Hope —le dijo—; usted debe acordarse de mí.

El mormón lo miró sin disimular su asombro; era, en realidad, difícil reconocer en aquel individuo hirsuto y harapiento, en la lividez mortal de aquella cara y en la horrible expresión de sus ojos, al apuesto cazador de antes. Pero cuando desapareció la duda respecto a la identidad, la sorpresa del hombre se convirtió en consternación.

—¿Está usted loco para venir por acá? —exclamó—. Debe usted saber que mi propia vida está ahora en peligro, si me ven hablándole. Hay orden de prisión contra usted, expedida por los Sagrados Cuatro, como cómplice de la fuga de los Ferrier.

—No tengo miedo de ellos ni de su orden de prisión —dijo Hope con vehemencia—; usted debe estar al corriente de lo que ocurre, Cowper, y le ruego por cuanto más quiera, me conteste algunas preguntas. Acuérdese usted de que siempre hemos sido amigos. ¡Por Dios, no me niegue usted este favor!

—¿Qué desea usted? —preguntó el mormón, lleno de inquietud—. Hable pronto. Aquí, hasta las rocas tienen oídos y los árboles tienen ojos.

—¿Qué es de Lucía Ferrier?

—Se casó ayer con el joven Drebber. Pero ¡cálmese usted, hombre, cálmese! Tiene usted cara de muerto.

—No se ocupe usted de mí —contestó Hope desfalleciente —. ¿Dice usted que se ha casado?

Se había dejado caer en una piedra. Su rostro parecía, efectivamente, el de un cadáver.

—Ayer se casó, y por eso han puesto tantas banderas en la casa de la comunidad. Hubo una disputa entre el joven Drebber y el joven Stangerson, porque los dos la querían para sí. Ambos habían ido en la partida perseguidora, y Stangerson fue quien mató de un tiro al padre, lo que pareció favorecer su pretensión; pero, cuando se discutió el asunto en consejo, el partido de Drebber fue el más fuerte, y el Profeta decidió en su favor. Pero, ni él ni nadie poseerán a la joven por mucho tiempo, pues ayer, cuando la vi tenía la muerte reflejada en el semblante. Más parece una aparición que una mujer. ¿Necesita usted algo más?

—No, nada más —dijo Jefferson Hope, levantándose. Su cara parecía de mármol, tan dura e inmóvil era su expresión; pero los ojos le brillaban con fulgor siniestro.

—¿Adónde va usted?

—No me lo pregunte usted —contestó Jefferson Hope, y echándose el arma al hombro, se encaminó hacia el corazón de las montañas. Se habría dicho que iba a buscar a las fieras en sus propios antros, pero entre todas ellas no podía haber una sola que fuera tan feroz y peligrosa como él.

La predicción del mormón se cumplió con demasiada exactitud.

Fuera a consecuencia de la terrible muerte de su padre o por efecto del odioso matrimonio a que la habían obligado, la pobre Lucía no volvió a levantar la cabeza y fue perdiendo más y más fuerzas, y al cabo de un mes murió.

Su marido, que la había solicitado principalmente por heredar la fortuna de Juan Ferrier, no experimentó el menor sentimiento; pero las otras esposas del mismo Drebber se vistieron de luto, y velaron el cadáver la víspera del entierro, como se acostumbra entre los mormones.

En las primeras horas de la mañana estaban todos reunidos en torno del cadáver, cuando con terror y sorpresa vieron que la puerta se abría bruscamente y un hombre de aspecto feroz, curtido por el sol y vestido de harapos, entraba en el cuarto.

Sin dirigir una mirada ni una palabra a las atemorizadas mujeres, el hombre se acercó al blanco y silencioso cuerpo que antes encerrara el alma pura de Lucía Ferrier, e inclinándose sobre ella posó reverentemente sus labios sobre la helada frente. Luego, tomó la mano izquierda del cadáver, le sacó del dedo el anillo de matrimonio, y:

—¡No la enterrarán con esto! —gritó con voz ronca y amenazadora; y antes de que nadie diera la alarma, se precipitó por la escalera y salió de la casa.

Tan extraño fue el episodio y ocurrió tan rápidamente, que tal vez las mujeres no habrían creído en lo que sus ojos habían visto, ni menos habrían convencido a los demás, a no ser por la desaparición del anillo.

Jefferson Hope vagó todavía algunos meses por las montañas, llevando una vida extraña y casi salvaje, y alimentando en su corazón el inextinguible deseo de venganza que lo devoraba.

En la ciudad circulaban diversas historias respecto a un ser desconocido y temible que había sido visto merodeando por los suburbios y que, al parecer, vivía en las montañas. Un día, entró por la ventana de Stangerson una bala y fue a aplastarse en la pared, a un pie de distancia de este. En otra ocasión, al pasar Drebber por un desfiladero rodó una enorme peña de lo alto de la montaña y lo habría aplastado, si no fuera que el instinto lo hizo echarse de cara en el suelo.

No tardaron mucho los dos jóvenes mormones en descubrir la razón de esos atentados contra sus vidas, y organizaron varias expediciones a las montañas para capturar y matar a su enemigo, pero nunca pudieron encontrarlo. Entonces adoptaron la precaución de no salir jamás al campo solos o después

del anochecer y establecieron una guardia permanente en sus casas. Pero pasaron unos meses, y fueron poco a poco descuidando sus precauciones, pues ya no se oía ni se sabía nada del invisible enemigo, y uno y otro creyeron que el tiempo había enfriado sus deseos de venganza.

Lejos de ser así, el tiempo había aumentado el rencor de Jefferson Hope. Era el espíritu de este de naturaleza dura e inflexible, y la idea predominante de la venganza se había posesionado de él hasta el punto de no dejar lugar para ninguna otra emoción. Pero, hombre práctico antes que todo, se convenció pronto de que, a pesar de su robustez de hierro, le iba a ser imposible soportar tanto incesante esfuerzo y tanta fatiga. La exposición al peligro y la falta de alimentos en cantidad suficiente estaban minando su salud. Poco le importaba morirse como un perro entre las montañas; pero ¿qué iba a ser entonces de su venganza? Persistir era buscar la muerte, y eso era lo que querían sus enemigos. Dominando, pues, su impaciencia, regresó a las minas de Nevada, con el objeto de recuperar la salud y reunir dinero para perseguir sin privaciones el fin que se proponía.

Su intención era estar ausente por un año cuando más, pero, una combinación de imprevistas circunstancias le impidió salir de las minas antes de cinco años. Al finalizar ese plazo, el recuerdo de sus sufrimientos y su deseo de venganza eran tan intensos como en la memorable noche en que se había encontrado con la tumba de Juan Ferrier. Disfrazado bajo un nombre supuesto volvió a la ciudad del Lago Salado, sin preocuparse del peligro que pudiera correr, con tal de obtener lo que en su concepto era la satisfacción de la justicia.

En la ciudad lo aguardaban muchas sorpresas. Meses antes había ocurrido un cisma entre el Pueblo Elegido: algunos de los miembros más jóvenes de la Iglesia se habían rebelado contra la autoridad de los Mayores, y el resultado era la separación de un grupo de descontentos que habían abandonado Utah para convertirse al catolicismo. Entre estos se contaban Drebber y Stangerson, y nadie sabía dónde estaban. Según un

rumor, Drebber había reducido a dinero una gran parte de sus propiedades, y se había puesto en viaje con su compañero Stangerson que, comparado con él, era pobre. Pero no había el menor indicio del paradero de ambos. En presencia de semejante dificultad, cualquier otro hombre, por vengativo que fuese, habría abandonado su idea; pero Jefferson Hope no desmayó por un momento.

Con el pequeño capital que poseía y ayudado por el dinero que podía ganar trabajando aquí y allá, fue recorriendo los Estados Unidos de ciudad en ciudad, en busca de sus enemigos. Pasaban los años y los años; su cabeza encanecía, pero él seguía adelante, con la tenacidad de un perro de caza y la persistencia de un hombre que ha dedicado su vida entera a un solo objeto.

Por fin recogió el fruto de su perseverancia. Un día, vio una cara en una ventana, y esa sola mirada le dijo que la ciudad de Cleveland, en el estado de Ohio, contenía en su recinto al hombre que desde tanto tiempo atrás perseguía. Volvió, pues, contento a su miserable alojamiento, llevando preparado ya su plan de venganza.

Pero, la casualidad quiso que Drebber viera desde su ventana al vagabundo que lo miraba, lo reconociera, y leyera en sus miradas sus deseos homicidas. Llamó a Stangerson, que estaba con él en calidad de secretario privado, y juntos corrieron en busca de un juez de paz, a quien explicaron que se hallaban en peligro de muerte por causa de los celos y el odio de un antiguo rival. Jefferson Hope fue arrestado esa misma noche, y como no tuviera un fiador, permaneció detenido varias semanas. Cuando salió, por fin, en libertad, fue solo para saber que la casa ocupada por Drebber estaba vacía, y que este y su secretario se habían marchado a Europa.

El vengador había sido burlado otra vez, y otra vez su odio concentrado lo impulsaba a continuar la persecución. Pero estaba sin dinero, y tuvo que volver a trabajar por algunas semanas y a economizar peso por peso hasta reunir lo necesario

para el viaje. Por fin, cuando tuvo lo necesario para no morirse de hambre, salió para Europa, y allí siguió la pista a sus enemigos, de ciudad en ciudad, trabajando para vivir, en todas las ocupaciones que se le presentaban, pero sin perder jamás la pista a los fugitivos.

Al llegar a San Petersburgo, supo que se habían ido a París, y en esta ciudad se informó de que acababan de partir para Copenhague. También a la capital dinamarquesa llegó con algunos días de atraso, pues Drebber y Stangerson se encontraban ya en Londres. Y allí pudo, por fin, alcanzarlos y darles muerte.

VI. Continuación de los recuerdos de John H. Watson, doctor en medicina

La furiosa resistencia de nuestro prisionero no parecía indicar ferocidad en sus disposiciones respecto a nosotros, pues, al verse reducido a la impotencia, se sonrió con afabilidad y expresó la esperanza de no habernos herido o golpeado.

—Supongo que ahora van ustedes a llevarme al puesto de policía—dijo dirigiéndose a Sherlock Holmes.—Mi coche está en la puerta. Si ustedes me aflojan un poco las ligaduras de los pies, no necesitarán bajarme cargado. Ahora peso mucho más que antes.

Gregson y Lestrade se miraron como diciéndose que la proposición era extravagante; pero Holmes, sin vacilar, aceptó la palabra del preso, y desató la toalla que lo sujetaba por los tobillos.

Jefferson Hope se levantó y estiró las piernas, como para asegurarse de que, en realidad, se las habían desatado. Recuerdo haber pensado en este momento, al verlo parado en medio del cuarto, que rara vez había visto un hombre más

fuerte ni una expresión de energía y decisión como la que se leía en su rostro moreno y tostado por el sol, expresión tanto más temible hallándose acompañada de su fuerza personal.

—Si hay en alguna parte una vacante de jefe de policía, yo garantizo que usted es el hombre apropiado para el puesto—dijo, mirando a mi compañero sin ocultar su admiración.—La manera como ha conseguido usted descubrirme es sorprendente.

—Vámonos todos juntos—dijo Holmes a los dos *detectives*.

—Yo puedo hacer las veces de cochero—insinuó Lestrade.

—Bueno. Y Gregson irá dentro del carruaje conmigo; y usted también, doctor. Veo que el asunto le interesa a usted; no hay inconveniente en que lo siga hasta el último.

Acepté con mucho gusto, y bajamos todos juntos. El preso no hizo tentativa alguna de escaparse: con la mayor tranquilidad se metió en el coche y nosotros detrás de él.

Lestrade subió al pescante, azotó el caballo, y en pocos momentos nos condujo a nuestro destino.

Entramos en un pequeño cuarto, donde había un inspector de policía que tomó razón del nombre del preso y de los que se le acusaba de haber asesinado.

Era el oficial un hombre pálido, frío, inconmovible, que ejecutaba su deber mecánicamente y en monótona forma.

—El preso comparecerá ante los magistrados en el curso de la semana—dijo;—y entretanto, ¿tiene usted algo que decir, señor Jefferson Hope? Debo prevenirle que todas sus palabras serán anotadas y pueden ser empleadas en su contra.

—Mucho es lo que tengo que decir—contestó lentamente el preso.—Deseo contarles a ustedes todo.

—¿No sería mejor que se reservara usted para el juicio?—le preguntó el inspector.

—Puede ser que ese juicio no llegue nunca—replicó Hope.—No hay necesidad de que ustedes me miren tan asombrados. No crean que pienso suicidarme. ¿Usted es médico?

Y volvió hacia mí sus oscuros y amenazadores ojos para hacerme esta pregunta.

—Sí.

—Pues entonces ponga usted su mano aquí—continuó sonriéndose, y señalando el pecho con sus maniatadas manos.

Hice lo que me decía, y en el instante noté extraordinarias palpitaciones y conmociones en la región del corazón. Las paredes del pecho se estremecían y resonaban como las de un frágil edificio dentro del cual funciona una poderosa maquinaria. En medio del silencio que reinaba en el cuarto, se percibía el ruido sordo y descompasado de algo que se movía dentro.

—¡Cómo!—exclamé.—¡Usted tiene un aneurisma aórtico!

—Así parece que se llama—me contestó con placidez.—La semana pasada fui a ver un médico para que me dijera lo que tenía, y su respuesta fue que mi corazón estaba expedito para estallar antes de que pasaran muchos días. Tengo esa enfermedad hace años, y va de mal en peor. La adquirí en el largo tiempo que estuve a la intemperie en las montañas del Lago Salado, y por causa de sufrimientos morales. Ahora que ya he hecho lo que tenía que hacer, no me importa el día en que me marcharé, pero, sí deseo que se sepa la verdad antes de mi muerte, porque no quiero que se me recuerde como a un degollador vulgar.

Entre el inspector y los dos secretarios hubo una rápida discusión acerca de la conveniencia de dejarle hablar.

—¿Cree usted, doctor, que hay peligro inminente?—me preguntó el primero.

—Lo hay, con toda seguridad—contesté.

—En ese caso, es deber nuestro, en interés de la justicia, tomarle declaración ahora mismo—repuso el inspector.—Está

usted en libertad, señor, de decir lo que quiera; pero le advierto nuevamente que cuanto diga va a ser anotado.

—Con permiso de ustedes voy a sentarme—dijo el preso, uniendo la acción a la palabra.—Este aneurisma hace que me canse fácilmente, y el desacuerdo que tuvimos hace una hora no era para mejorar la situación. Estoy en el borde de la tumba, y no tengo interés en mentir. Lo que voy a decir es la pura verdad, palabra por palabra, y poco me importa el empleo que hagan ustedes de ello.

Diciendo esas palabras, Jefferson Hope se echó para atrás en la silla, y comenzó su extraordinario relato. Hablaba con calma y metódicamente, como si los sucesos que narraba fueran de los más comunes. Puedo garantizar la exactitud de mi copia, porque la he sacado del libro de apuntes de Lestrade, en el cual fueron anotadas las palabras del preso tal como salieron de su boca.

No necesito decirles a ustedes la causa de mi odio por esos hombres—dijo.—Básteles saber que ambos eran culpables de la muerte de dos seres humanos, padre e hija, y que, por consiguiente, habían rifado sus propias vidas al cometer su crimen. Después del lapso de tiempo transcurrido, me habría sido imposible conseguir que un tribunal los condenase. Pero yo conocía su culpabilidad, y resolví ser a la vez jurado, juez y ejecutor de la sentencia. Ustedes habrían hecho otro tanto en mi lugar, a no ser que hubieran perdido su carácter de hombres.

La niña a que me he referido, debió casarse conmigo hace veinte años. La casaron por la fuerza con ese Drebber, y el dolor la mató. Yo tomé del dedo del cadáver el anillo de matrimonio, e hice votos de obligar al bandido a morir con los ojos fijos en ese mismo anillo, para que su último pensamiento fuera el recuerdo del crimen que había cometido. Sin separarme del anillo un instante, seguí al criminal y a su cómplice a través de dos continentes, y

no pararé hasta encontrarlos. Se habían imaginado que podrían cansarme, pero no lo consiguieron.

Si me muero mañana, como es probable, me moriré con la seguridad de haber realizado mi misión en este mundo, y de haberla realizado bien. Los dos han perecido, y los dos a mis manos. Nada tengo ya que esperar ni que desear.

Ellos eran ricos y yo pobre, de modo que no me era tan fácil seguirlos. Al llegar a Londres mi bolsa estaba poco menos que vacía, y lo primero que hice fue buscar alguna ocupación para ganarme la vida. Guiar un carruaje o adiestrar un caballo son para mí cosas tan fáciles como andar: me dirigí a un alquilador de coches, quien me empleó al cabo de unos cuantos días. El trato era pagarle tanto por semana, y lo demás para mí. Poco era lo que sobraba, pero, de cualquier modo, fui pasándolo.

Lo que más trabajo me costó fue aprender a conocer las calles, pues entre todos los laberintos que pueden existir en el mundo, esta ciudad es el más confuso. Pronto llegué, sin embargo, con ayuda de un plano, a conocer la ubicación de los principales hoteles y estaciones, y desde entonces no temí perderme.

Pasó algún tiempo antes de que pudiera descubrir el lugar donde vivían mis dos señores; pero preguntando y preguntando llegué a encontrarlos. Estaban alojados en una casa de huéspedes en Camberwell, al otro lado del río.

Una vez que supe su paradero, vi que ya los tenía en mis manos. Me había dejado crecer la barba, y no podía temer que me reconocieran. El plan era seguirlos y espiarlos hasta que se me presentara una oportunidad. Estaba resuelto a que no se me escaparan otra vez.

Y no se me escaparon. Cualquiera que fuese la dirección que llevaban, siempre estaba yo detrás de ellos. A veces

los seguía a pie y otras veces en mi coche, lo que era mejor, pues de esta manera no podían dejarme atrás. Solo por la mañana muy temprano o tarde de la noche podía ganar algo, y comencé a atrasarme en mis pagos a mi patrón. Pero eso no me importaba, con tal de poder echar mano a mis dos hombres.

Estos eran bastante astutos y tal vez pensaron en la posibilidad de que alguien los siguiera, pues nunca salían el uno sin el otro, ni se les veía afuera después de cerrada la noche. Dos semanas pasé en su persecución, y nunca los vi separarse. Drebber estaba casi siempre borracho, pero a Stangerson no podía sorprendérsele en el menor descuido.

A toda hora los espiaba, y aunque no se me presentaba ni la sombra de una oportunidad, mis esperanzas no se desvanecían: algo me decía que la hora se acercaba. Mi único temor era que esto que tengo en el pecho reventara demasiado pronto y mi obra quedase sin efectuarse.

Por fin, una noche que pasaba con mi carruaje por Torquay Terrace (así se llama la calle en que estaban alojados), vi que otro coche se paraba en la puerta, bajaron luego algunos bultos de equipaje, y al cabo de un rato llegaron Drebber y Stangerson, y el carruaje se alejó con ellos.

Yo azoté mi caballo, y me mantuve a una distancia que me permitiera no perderlos de vista. No me sentía muy tranquilo al verlos de viaje.

Se bajaron en la estación Euston, y los seguí hasta la plataforma, habiendo encargado a un muchacho que me cuidase mi caballo. Oí que preguntaban por el tren de Liverpool, y que el guardián les contestaba que uno acababa de partir y el otro no saldría hasta dentro de algunas horas. Stangerson pareció muy contrariado, pero Drebber se puso, más bien, contento. Aprovechando la baraúnda, me acerqué a ellos y pude oír hasta la última palabra de

su conversación. Drebber decía que tenía un pequeño asunto que arreglar, y que, si el otro quería esperarlo, no tardaría en volver. Su compañero le reprochó su cambio de intenciones, recordándole el compromiso mutuo que tenían de no separarse; pero él le contestó que el asunto era delicado y que para arreglarlo necesitaba ir solo. No alcancé a oír lo que replicaba Stangerson, pero Drebber lo colmó de improperios, recordándole que no era más que un servidor suyo pagado para servirlo, y que, por consiguiente, no debía pretender darle órdenes. El secretario abandonó entonces la partida, y se limitó a decirle que, si perdía el último tren, fuese a buscarlo al Hotel Holliday. Drebber contestó que antes de las once estaría de regreso en la plataforma, y salió de la estación.

Por fin, había llegado el momento tan largo tiempo esperado por mí. Tenía en mi poder a mis dos enemigos. Juntos, podían prestarse recíproca ayuda, pero uno por uno, estaban en mis manos.

Sin embargo, no me precipité, pues tenía mis planes bien preparados. No puede haber satisfacción en la venganza sino cuando el ofensor tiene tiempo de saber quién es el que lo castiga. Yo me había trazado ya la manera de hacer que el hombre que tanto daño me había hecho supiera que su crimen había sido descubierto.

La casualidad había hecho que algunos días antes, un caballero que buscaba casa por la avenida Brixton y había recorrido ya algunas, perdiera en mi coche la llave de una de ellas. Esa misma noche fue a reclamármela y yo se la devolví, pero mientras tanto había tomado un molde de ella, y luego hice fabricar una igual. Por ese medio conseguía tener acceso, en esta gran ciudad, por lo menos a un lugar en que estuviera seguro de hallarme libre de molestias. La dificultad del problema no consistía ya más que en la manera de atraer a Drebber a esa casa.

Se alejó este a pie de la estación, y entró en varias tabernas, permaneciendo en la última cerca de media hora. De allí salió dando traspiés; se hallaba borracho como una cuba. Un *hansom* estaba parado enfrente y él lo llamó. Yo lo seguí en mi coche y tan de cerca, que el hocico de mi caballo casi tocaba el otro carruaje.

Pasaron el puente de Waterloo y calles y más calles, hasta que, después de haber andado algunas millas, llegamos, con asombro de mi parte, a la casa en que Drebber había estado alojado. Sin alcanzar a imaginarme siquiera cuales eran sus intenciones al volver a la casa, fui a parar mi coche unas cien yardas más allá. Drebber entró, y el *hansom* se fue.

—Hágame el favor de darme un vaso de agua. La boca se me seca de hablar.

Le alcancé el vaso de agua y se lo bebió de un trago.

—Ahora me siento mejor—dijo.—Bueno.

Esperé un cuarto de hora o más, y de improviso oí un ruido de gente que luchaba en el interior de la casa. Un instante después se abrió la puerta y aparecieron dos hombres, uno de los cuales era Drebber y el otro un joven que yo no había visto antes. Tenía a Drebber agarrado por el cuello, y cuando llegaron a la parte alta de la escalinata, de un bofetón y un puntapié lo tiró al medio de la calle.

—¡Perro! ¡Infame!—le gritó, amenazándolo con un bastón.—¡Yo te enseñaré a insultar a una niña honrada!

Estaba tan exaltado el joven, que yo creo que lo habría molido a palos, a no haber salido el otro a escape con toda la velocidad que le permitían sus piernas. Corrió hasta la esquina, y viendo mi coche, me llamó y se metió adentro.

—Lléveme usted al Hotel Holliday—me dijo.

Cuando lo vi encerrado en mi coche, el corazón me dio un salto tan grande de gozo, que temí que en ese instante mi aneurisma me traicionase.

Puse mi caballo al paso, reflexionando sobre lo que sería mejor hacer. Podía llevarlo al campo y tener en algún solitario rincón nuestra última entrevista. Casi decidido estaba ya a esto, cuando él resolvió el problema por mí. Movido por su afición a la bebida, me hizo detener el coche en la puerta de un bar, y diciéndome que lo esperase, entró. Hasta la hora de cerrar el establecimiento no lo volví a ver. Cuando se presentó en la puerta estaba tan ebrio, que ya no me quedó duda de que la partida era mía.

No se imaginen ustedes que mi intención era matarlo a sangre fría. Si así lo hubiera hecho, habría cumplido un acto de recta justicia; pero yo no podía resolverme a ello, y desde tiempo atrás había decidido dejarle una probabilidad de salvar la vida.

Entre las muchas ocupaciones que he desempeñado en América en el curso de mi vagabunda existencia, está la de portero y mozo de servicio en el laboratorio químico del colegio de York. El profesor daba un día una lección sobre venenos, y enseñaba a los estudiantes un alcaloide extraído por él mismo de una flecha envenenada procedente del Sud-América: el veneno era tan poderoso que una ínfima porción bastaba para producir la muerte instantánea.

Yo me fijé en el lugar donde se hallaba colocado el frasco, y cuando todos se fueron, saqué un poco para mí. Había aprendido bien el manejo de las drogas, y pude fácilmente poner el alcaloide en pequeñas píldoras solubles: después tomé dos cajitas, y en cada una puse una de esas píldoras y otra igual en apariencia, pero sin ningún veneno. Mi objeto era, cuando llegara la oportunidad, obligar a cada uno de mis dos señores a tomar una píldora de una cajita, y tomar yo después la otra. Era un medio tan

seguro y menos ruidoso que el conocido sistema de hacerse fuego al mismo tiempo a través de un pañuelo. Desde ese día llevé siempre conmigo las píldoras, y por fin llegó el momento de emplearlas.

Eran cerca de las doce, y la noche estaba lóbrega, horrible: el viento soplaba fuertemente y caía una lluvia torrencial. Pero, si la tristeza reinaba afuera, yo estaba alegre interiormente, tan alegre, que tenía que contenerme para no exhalar a gritos mi gozo.

Si alguno de ustedes, señores, ha penado por algo durante veinte años y no ha vivido más que para eso, y por fin lo ha encontrado a su alcance, comprenderá lo que yo sentía en esos momentos. Encendí un cigarro, y me puse a fumar para calmar mis nervios, pero las manos me temblaban y las sienes me latían con violencia. En medio de las tinieblas, se me aparecían el viejo Juan Ferrier y mi Lucía adorada, mirándome y sonriéndome. Los veía con toda claridad como los veo a ustedes ahora, y durante todo el trayecto iban por delante del coche, uno a cada lado del caballo. Así llegamos a la casa de la avenida Brixton.

No había una alma en los alrededores, ni se oía otro sonido que el chasquido de la lluvia al caer. Miré por la ventanilla, y vi a Drebber todo encogido y profundamente dormido.

—Ya llegamos, salga usted—le dije, sacudiéndole el brazo.

—Bueno, cochero—me contestó.

Supongo que su idea fue que habíamos llegado al hotel, pues salió del coche sin decir una palabra y me siguió al través del jardín. Yo tenía que andar a su lado para sostenerlo, pues todavía le quedaba algo de su embriaguez. Llegamos a la puerta, la abrí, y le hice entrar en el primer cuarto. Les doy a ustedes mi palabra de que el padre y la hija seguían andando por delante de nosotros.

—Esto está oscuro como un infierno—dijo Drebber, dando traspiés.

—Ya vamos a tener luz—le dije, encendiendo un fósforo y con él una vela de cera de que me había provisto.—Y ahora, Enoch J. Drebber—continué, volviéndome hacia él y acercándome la luz a la cara;—¿quién soy yo?

Al principio me miró con ojos vacíos de borracho, pero luego adquirieron estos una expresión de horror y todas sus facciones se agitaron en horrible convulsión: me había reconocido. Retrocedió unos pasos; tenía lívido el rostro, de la frente le brotaba un sudor copioso, y los dientes le castañeteaban. Yo me recosté contra la puerta y solté una ruidosa carcajada. Por más dulce que me hubiera parecido siempre la venganza, jamás me imaginé que el contento producido por ella fuera tan grande como el que me inundaba el alma en esos momentos.

—¡Perro inmundo!—le dije.—Te he perseguido desde el Lago Salado hasta San Petersburgo, y siempre te me has escapado. Pero el fin de tus carreras ha llegado ya, pues uno de nosotros dos tiene que haber muerto antes de que amanezca el día.

Drebber seguía retrocediendo mientras yo hablaba, y sus ojos decían que me creía loco. Y en realidad lo estaba. Mis sienes latían como dos martillos de fragua, y estoy seguro de que en ese instante me habría acometido algún accidente, a no ser porque comencé a sangrar por la nariz.

—¿Qué me dices ahora de Lucía Ferrier?—le grité, al mismo tiempo que cerraba la puerta.—¡El castigo ha tardado en venir, pero por fin ha llegado!

Era tan cobarde que el miedo lo embargaba por completo. Los labios le temblaban. Se había arrodillado a suplicarme que no lo matase; pero bien sabía que los ruegos eran ya inútiles.

—¿Va usted a asesinarme?—balbució.

—¡Aquí no hay asesinato!—le contesté.—¿Quién habla de asesinato, cuando se trata de matar un perro rabioso? ¿Tuviste acaso compasión por mi pobre Lucía, cuando la separaste de su padre asesinado y la arrastraste a tu maldecido e inmundo harén?

—¡No fui yo quien mató al padre!—exclamó él.

—¡Pero tú destrozaste el inocente corazón de la hija!—grité furioso, y le puse por delante la caja.—¡Que Dios decida entre nosotros! Escoge una y trágala. En la una está la muerte, en la otra la vida. Yo tomaré la que tú dejes. Vamos a ver si hay justicia, o si solo la casualidad nos gobierna.

Se puso entonces a dar gritos y a pedir perdón con mil súplicas, pero yo saqué mi cuchillo y se lo apoyé en la garganta, hasta que me obedeció. En seguida me tragué la otra píldora, y durante un minuto o poco más, permanecimos mirándonos uno a otro, esperando ver quién moría y quién iba a vivir.

¿Olvidaré alguna vez la expresión que adquirieron sus facciones, cuando las primeras angustias del dolor le advirtieron la presencia del veneno en su cuerpo? Yo me eché a reír y le puse delante de los ojos el anillo de matrimonio de Lucía. Eso no duró más que un momento, pues la acción de aquel alcaloide es rápida. Sus facciones se contrajeron en un espasmo de dolor. Alargó los brazos hacia adelante, se tambaleó, y en seguida, lanzando un ronco grito, cayó pesadamente, la cara contra el suelo. Con la punta del pie lo volví al otro lado, y le puse la mano sobre el corazón. Estaba muerto.

La sangre había continuado brotándome de la nariz sin que yo lo notase. No podría decir lo que me inspiró la idea de escribir algo en la pared con ella. Tal vez sería la tra-

viesa idea de poner a la policía sobre una falsa pista, pues me sentía tranquilo y contento.

Recordé que en la pared, junto al cadáver de un alemán muerto en Nueva York, habían escrito la palabra *Rache*, y dijeron los diarios que las sociedades secretas habían colocado esa inscripción. Supuse que lo que desorientara a los neoyorquinos despistaría también a los londinenses, y me mojé el dedo en mi propia sangre, escribiendo esa misma palabra en el sitio adecuado del muro.

Regresé en seguida a mi coche sin encontrar a nadie, envuelto por la oscuridad de la noche.

Había andado un largo trecho, y ocurrióseme meter la mano en el bolsillo en que acostumbraba guardar el anillo de Lucía, y no lo hallé.

Me estremecí, porque era el único recuerdo que conservaba de ella. Pensé que se me habría caído cuando estuve sobre el cadáver de Drebber, y regresé, dejando el coche en una calle próxima. Subí a la casa con la resolución del que todo lo sacrifica a un propósito, y el mío era recuperar el anillo. Cuando llegué, me di de manos a boca con un oficial de policía que salía de la casa, y no tuve otro recurso, para desarmar sus sospechas, que hacerme el borracho.

Así fue cómo terminaron los días de Enoch J. Drebber. Faltaba hacer lo mismo con Stangerson, cancelando así la deuda de John Ferrier. Supe que paraba en el Hotel Holliday y pasé todo el día atisbando su salida.

Temí que algo sospechara por la tardanza de Drebber. Stangerson era sumamente listo: jamás se dormía en las pajas. Con todo, esta vez erraron sus cálculos, porque no se libraría de mí por el hecho de no salir. No tardé en conocer la ventana de su dormitorio, y a la mañana siguiente, a las primeras luces del amanecer, y valiéndome de unas escaleras que había en la callejuela detrás del hotel,

pude llegar hasta su cuarto. Lo desperté y le dije que había llegado la hora en que debía dar cuenta de la vida que arrebatara hacía tiempo. Le describí la muerte de Drebber, y le obligué a que eligiera las píldoras. En lugar de aprovechar ese resquicio de salvación que le ofrecía, saltó de la cama y logró tomarme del cuello. En defensa propia, le atravesé el corazón de una puñalada. Siempre le hubiese sucedido lo mismo, porque no habría permitido la Providencia que su mano criminal hubiese tomado las píldoras que no tenían veneno.

Poco me resta ya que decir, y me alegro, porque me siento sin fuerzas. Seguí de cochero por unos días más, con la intención de hacerme de recursos para regresar a América, cuando estando en el sitio de parada, me preguntó un mozo andrajoso por un cochero llamado Jefferson Hope, cuyo carruaje necesitaba un caballero que ocupaba la casa núm. 221 B de Baker Street. Lo seguí hasta ella sin sospechar el menor peligro, y una vez arriba, este joven me colocó esposas en los puños, aprisionándome como nunca lo había sido en mi vida.

Esta es, señores, mi completa historia. Seré para ustedes un asesino, pero sostengo que soy tan oficial de justicia como ustedes mismos.

Fue tan conmovedora la relación y su modo de ser tan impresionable, que nos sentimos silenciosos y absortos.

Hasta los *detectives* de profesión, que ya no se impresionaban por los mayores crímenes, parecieron vivamente interesados con esta narración.

Aun después que hubo terminado de hablar, continuamos en profundo silencio, solo interrumpido por la rascadura del lápiz de Lestrade al dar los últimos toques a su parte taquigráfico.

—Hay un solo punto sobre el que desearía mayores datos— dijo al cabo de un rato Sherlock Holmes.—¿Quién fue el cóm-

plice de usted que vino por el anillo, en vista del aviso puesto por mí?

El preso, haciendo una guiñada a mi amigo, y en tono alegre, le dijo:

—No tengo inconveniente en confesar mis propios secretos, pero no acostumbro perjudicar a nadie. Vi su aviso, y pensé que podía ser, o bien un ardid o realmente el deseado anillo. Mi amigo se prestó a ir, y reconocerá usted que se portó hábilmente.

—Sin duda ninguna—dijo Holmes con sinceridad.

—Ahora, caballeros—hizo notar el inspector con la gravedad del caso,—deben cumplirse todas las formalidades de la ley. El jueves se hará comparecer al preso ante los jueces, y se requiere la presencia de ustedes. Hasta entonces, de él soy yo responsable. Al decir esto, tocó la campanilla y Jefferson Hope fue llevado por dos guardias, mientras mi amigo y yo nos dirigimos a la estación, regresando en un carruaje a Baker Street.

VII. La conclusión

Se nos previno comparecer a todos ante los jueces el jueves, pero, cuando este día llegó no hubo necesidad de nuestras declaraciones. Un juez supremo se había avocado el conocimiento de la causa, y Jefferson Hope había sido citado a otro tribunal que le haría justicia estricta.

La misma noche después de su captura, el aneurisma estalló, y se le encontró tendido en el suelo de la celda, con una plácida sonrisa en el rostro, como si en sus postreros momentos hubiese podido convertir la mirada a una vida útil y a una obra perfectamente consumada.

—Gregson y Lestrade se van a desesperar cuando sepan que ha muerto—observó Holmes, cuando discurríamos sobre este suceso la noche siguiente.—¿De qué les sirve ahora el famoso aviso?

—No veo qué participación puede atribuírseles en la captura —respondí.

—Nada vale en este mundo lo que uno hace—replicó mi compañero con amargura;—todo estriba en que podamos convencer a la gente de ser autores de tal o cual cosa. No importa—continuó más animado, después de una breve pausa.—No hubiera perdido la pesquisa por nada… No hay en mis recuerdos un caso mejor: sencillo como era, había en él muchos detalles instructivos.

—¡Cómo, sencillo!—le interrumpí.

—En efecto, no se lo podría calificar de otro modo—dijo Sherlock Holmes, sonriéndose de mi asombro.—La prueba de su intrínseca sencillez está en que sin ayuda ninguna, salvo unas cuantas deducciones pude descargar mi mano sobre el criminal en el espacio de tres días.

—Es cierto—dije yo.

—Ya le he explicado que lo que sale de lo común, en vez de ser un obstáculo es un derrotero seguro. Al resolver un problema de esta clase, lo principal, es poder raciocinar retrospectivamente. Es un medio utilísimo y muy fácil, pero que la generalidad, en vez de emplearlo, lo desdeña, prefiriendo predecir, calcular para lo futuro en los asuntos ordinarios de la vida. Hay cincuenta que pueden raciocinar sintéticamente por uno que lo hace de un modo analítico.

—Declaro—le dije,—que no soy de su opinión.

—Así me lo suponía. Déjeme ver si me puedo explicar con mayor claridad. Por lo general, a quien describa usted una serie de hechos, o sea otras tantas premisas, le dirá, indudablemente, cuál será la consecuencia o el resultado de ellos.

Los enlazará en su mente y podrá deducir lo que tendrá que realizarse. Pero hay muy pocos que, al decirles usted el resultado, sean capaces de desentrañar las causas que provocaron el desenlace. A esta facultad me refiero al hablar de raciocinio retrospectivo o analítico.

—Comprendo—le dije.

—Pues bien, este era un caso que, conocido el resultado, había que descubrir, por propio esfuerzo, todos los antecedentes. Ahora, permítame que le haga conocer los diferentes grados de mi raciocinio. Para comenzar por el principio, me acerqué a la casa, como usted sabe, a pie, y con la mente exenta de toda idea preconcebida. Como era natural, principié por examinar la calzada, y en ella, como ya le he explicado, advertí muy claras las huellas de un coche de alquiler, que, según averigüé después, había permanecido allí toda la noche. Quedé convencido de que era un carruaje de plaza, y no particular, por las angostas llantas de las ruedas. Aquellos son menos anchos que los de la gente acomodada.

Este fue el primer triunfo. En seguida, caminé lentamente por la vereda del jardín, cuyo suelo, felizmente, era de tierra crasa y pegajosa, a propósito para marcar las pisadas.

A usted le pareció, sin duda, una mera línea de barro, pero, para mis ojos adiestrados, tenía su significado la marca más imperceptible sobre la superficie. La rama más importante y más descuidada de la ciencia del *detective*, es el arte de descubrir las pisadas.

Por fortuna, he puesto en poseerla mis cinco sentidos, y la práctica ha constituido en mí una segunda naturaleza.

Vi las pesadas huellas de los condestables, pero advertí también las de dos individuos que habían pasado antes que aquellos a través del jardín. Fácil era comprenderlo así, porque en algunos sitios las huellas de sus pies habían sido completamente borradas por los otros que pasaron sobre ellas. De este modo llegué a la conclusión de que los visitantes noctur-

nos habían sido dos; uno, notable por su elevada estatura, y el otro elegantemente vestido, a juzgar por la pequeña y delicada huella dejada por sus botas.

Al entrar en la casa, esta última deducción fue confirmada. El hombre bien calzado yacía tendido delante de mí.

Luego, pues, el alto había sido el autor del asesinato, si es que lo había habido. El cadáver no mostraba herida ninguna, pero la angustiosa expresión que había quedado impresa en su rostro, me persuadió de que la víctima previó su suerte fatal antes de caer bajo la acción de sus golpes. Los que mueren de enfermedades cardíacas, o por cualquiera otra causa violenta, pero natural, nunca revelan en sus facciones espanto ni angustia.

Al oler entre los labios del cadáver, percibí un leve hedor ácido y llegué a la conclusión de que se le había obligado a tomar un veneno. Deduje de nuevo que se había empleado la violencia, a causa del odio y del miedo pintados en su cara. Por el método de exclusión llegué a este resultado, porque ninguna otra hipótesis admitían los hechos. No se imagine usted que hubiese novedad en la ocurrencia. En los anales del crimen, propinar veneno valiéndose de la fuerza, es un hecho conocido. Los casos de Dolsky en Odessa, y de Leturiero en Montpellier, acuden, al punto, a la mente de cualquier toxicólogo.

Viene ahora la gran cuestión: el móvil del crimen. No era el robo, porque nada faltaba. ¿Sería entonces la política o quizás una mujer?

He aquí lo que me confundió. Desde el primer momento me incliné a la última suposición. Los asesinos políticos se consideran muy dichosos cuando consuman el crimen, y al terminar la obra huyen sin tardanza.

Pero este asesinato se hizo con la mayor premeditación, habiendo permanecido el criminal en el cuarto mucho tiempo después de haberlo perpetrado, como lo comprueban las hue-

llas de sus pies por todos lados de la habitación. Debió haber sido una ofensa privada y no política al haber exigido tan metódica venganza. Cuando se descubrió la inscripción en el muro, me aferré más que nunca a mi opinión. Aquello era evidentemente un engaño, un ardid. Al descubrirse el anillo, el problema quedó resuelto. El asesino lo había llevado consigo para recordar a su víctima alguna mujer muerta o ausente.

En esta estación de mis investigaciones, le pregunté a Gregson si había averiguado algo en su telegrama a Cleveland acerca de algún hecho de carácter privado en relación con la vida de Mr. Drebber en tiempos pasados. Como recuerda usted, contestó negativamente.

Entonces procedí a practicar un examen minucioso de la habitación, que me confirmó en la idea que tenía formada sobre la estatura del asesino, suministrándomela el detalle del cigarro Trichinópolis y el largo de sus uñas.

Como no había huellas de lucha, llegué a la conclusión de que la sangre derramada en el suelo había provenido de las narices del asesino a causa de la excitación en que estuvo, porque noté que la mancha de sangre coincidía con el rastro de sus pies.

Muy rara vez se produce esa hemorragia por la excitación. Es necesario que la persona sea en extremo pletórica; de manera que se me ocurrió que el asesino tenía que ser un hombre robusto y de rostro encendido.

Los sucesos demostraron que no me había equivocado.

Cuando salí de la casa, procedí a ejecutar lo que Gregson había dejado de hacer. Telegrafié al jefe de policía de Cleveland, limitando mi investigación a las circunstancias relacionadas con el matrimonio de Enoch J. Drebber. La respuesta fue concluyente. Me dijo que Drebber había pedido la protección de la ley contra un antiguo rival llamado Jefferson Hope, que se encontraba actualmente en Europa. Con este seguro

aviso, comprendí que tenía en mis manos el hilo del misterio, y lo que restaba por hacer era capturar al asesino.

Ya se me había ocurrido que la persona que había entrado a la casa con Drebber no podía ser otra sino el cochero. Las huellas dejadas por las ruedas en la calle, demostraban que había abandonado el carruaje, porque a no haber sido así, el caballo no se hubiera movido. ¿Dónde, pues, pudo haber estado el cochero sino dentro de la casa? Además, no era admisible que un hombre, con el deliberado propósito de cometer un crimen, estando en el pleno uso de su razón, lo consumase en presencia de una tercera persona, que lo traicionaría a la fija.

Por último, nada más conveniente para quien desea sentar plaza de asesino en Londres, que hacerse cochero público.

Todas estas consideraciones me llevaron a la irresistible conclusión de que era preciso buscar a Jefferson Hope entre el gremio de los aurigas de la metrópoli.

Si realmente había entrado en el gremio, no era presumible que hubiera abandonado el oficio. Al contrario, debía tener en cuenta que le era muy perjudicial cambiar súbitamente de ocupación.

Tampoco era presumible que hubiera cambiado de nombre. ¿Con qué objeto, en un país en que no era conocido por el verdadero?

Sin pérdida de tiempo recurrí al cuerpo de *detectives* callejeros, y los mandé a todas las cocherías de Londres en busca del hombre a quien era forzoso encontrar. Cuál fue el éxito de esta medida y con cuánta prontitud conseguí mi objeto, lo recuerda usted muy bien. El asesinato de Stangerson fue un incidente inesperado, y en todo caso, muy difícil de haberse podido evitar. Por él, como usted sabe, conseguí las píldoras, de cuya existencia tenía ya vehementes sospechas.

Es este caso, como usted ve, una cadena en que los hechos se han sucedido lógicamente y sin la más pequeña

interrupción.

—¡Es maravilloso!—exclamé.—Merece usted un premio y debe usted publicar una minuciosa relación del suceso. Si usted gusta, lo haré yo en su nombre.

—Puede hacer lo que quiera, doctor—y alcanzándome un papel:—Vea esto—añadió.—Léalo.

Era el *Echo* del día y el párrafo que me señalaba se ocupaba del asunto.

> El público—rezaba el artículo,—ha perdido una fiesta de sensación en la súbita muerte de Hope, acusado de ser el asesino de Enoch J. Drebber y de Mr. Joseph Stangerson. Los detalles del crimen es probable que no se lleguen a saber; aunque, según informes autorizados, fue el resultado de un antiguo y romántico feudo en que el amor y el mormonismo entraron por mucho. Parece que las dos víctimas pertenecieron en su juventud a aquella secta, y que Hope, el extinto, fue iniciado también en sus misterios. Tenga o no ulteriores efectos, el hecho demuestra, por lo menos, la eficacia de los servicios del cuerpo de *detectives*, y servirá de lección a los extranjeros enseñándoles que obrarán sabiamente en arreglar sus querellas en su propia tierra, en vez de hacerlo en territorio británico. Es un secreto a voces que esta hábil captura se debe exclusivamente a los reputados oficiales del Scotland Yard, Messrs. Lestrade y Gregson. El criminal fue capturado, según parece, en la casa habitación de un tal Sherlock Holmes, que ha revelado, como simple *amateur*, ciertas disposiciones para el oficio. Es de esperar que con el tiempo y con tan buenos maestros, llegue a ser un *detective* inmejorable. En cuanto a los dos oficiales, no tardarán en recibir la recompensa de sus servicios.

—¿No se lo dije a usted cuando comenzamos nuestros trabajos?—exclamó Sherlock Holmes, riéndose.—Este tenía que

ser el resultado: conseguirles un certificado, una ejecutoria de sus méritos.

—No importa—respondí.—Tengo todos los hechos consignados en mi diario, y el público los conocerá. Respecto a usted quédele la satisfacción del éxito alcanzado como el romano avariento:

Populus me sibilat, at mihi plaudo
Ipse domi simul ac nummos contemptu in arca.

FIN

---

1. Tribunales secretos en la antigua Alemania.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web